



Dejaria

TODO POR TI

ALISON MINGOT

Dejaría todo por ti

ALISON MINGOT

CONTENIDO DE LA NOVELA

Capítulo 1: Carla

Capítulo 2: Antonia

Capítulo 3: Carla

Capítulo 4: Ignacio

Capítulo 5: Carla

Capítulo 6: Josefa

Capítulo 7: Ignacio

Capítulo 8: Carla

Capítulo 9: Antonia

Capítulo 10: Carla

Capítulo 11: Ignacio

Capítulo 12: Antonia

Capítulo 13: Carla

Capítulo 14: Ignacio

Capítulo 15: Carla

Capítulo 16: Josefa

Capítulo 17: Ignacio

Capítulo 18: Carla

Capítulo 19: Josefa

Capítulo 20: Carla

Capítulo 21: Epilogo

Capítulo 1: Carla

Puedo jurar que vi como los casi doscientos mini dulces se fueron cayendo al suelo lentamente mientras que perdía el equilibrio. Sentía la arena —la que levanté con los pies— aterrizar en mi espalda al mismo tiempo en que, por alguna estúpida razón, intenté agarrarme de la bandeja como si fuera la única cosa estable que tenía a la mano. De mis labios se escapó un «¡Maldita sea!», que tal vez resonó en toda la playa, aunque creo que solamente me escuchó el sujeto que se me atravesó en el camino, los que estaban al lado y a quienes le cayeron tantos dulces de coco sin previo aviso.

La bandeja terminó golpeándome en la cabeza, mis pies se enredaron con la toalla del hombre y mi cuerpo se depositó como un saco de cemento sobre él, quien escupió todo el aire en sus pulmones, completamente sorprendido. Era obvio que no se lo esperaba porque parecía asustado. Seguro estaba dormido.

Vaya forma de despertarse.

Con una voz rasposa que me hizo suponer que se trataba de un sujeto mayor, todo un adulto con canas y demasiado viejo para que una chica como yo le cayera encima, exclamó, o, mejor dicho «chilló» mientras que trataba de liberarse de un saco de cincuenta y cinco kilos.

“¿Qué demonios?”

De inmediato, intenté levantarme, pero mis pies seguían enredados en el paño y la bandeja cayó sobre él después de que me golpeó en la cabeza, unos cuantos dulces aparecieron entre mi cabello y en mis manos, —lo único que pude alcanzar— tal vez porque quería protegerlos, aunque no sirvió de mucho porque los enterré en la arena cuando intenté levantarme.

Fue un completo desastre.

“Disculpé señor, yo...” Traté de responsabilizarme por mis actos, pero seguía peleando con la arena, con el paño y con mi cabello. “Lo siento, lo siento, no lo vi.”

No me había disculpado tanto en mi vida por algo, como lo hice ese día. Pero nada superaba la sensación de culpa que tenía al haber botado tantos dulces de

coco, sí, sé que eso era una fantasía mía, pero ¡No esperaba que sucediera en realidad! De repente, sentí cómo el hombre este me levantó sin ningún problema, dejando caer los dulces que había sobre nosotros, la bandeja y el montón de arena que había levantado yo al caer.

Antes de darme cuenta, ya estaba como a un metro del suelo, más humillada que nunca.

“¿Qué pasó?” Parecía preocupado. Mientras, me daba la vuelta para depositarme en el suelo “¿Estás bien? ¿Te hiciste daño?”

No tenía el valor suficiente para levantar la mirada y verlo a los ojos para decirle por qué estaba ahí o qué había pasado, porque, para serle honesta, yo tampoco lo sabía, así que hice un recuento corto de lo que había sucedido. Todo mental, claro está.

~~~~~ Un par de horas antes ~~~~~

Aquel día, estaba todo normal. Es curioso porque en el camino, se me ocurrió que podría botarlos esta vez, no lo sé, a veces fantaseo con eso a pesar de que no sería capaz de hacerlo. —aunque no esperaba que sucediera en realidad—. Bueno, luego de caminar suficientes calles hasta la playa como para decir que era realmente lejos, y sabiendo que era la mejor forma de llevarlas, me coloqué la bandeja en la cabeza, lo que limita un poco mi campo de visión.

Me acomodé el delantal y me quité las sandalias que llevaba puestas para andar mejor por la arena. Luego de ello, comencé a caminar como siempre, evitando las zonas en donde todos se acostaban, a la vez que anunciaba mi presencia gritando: «¡Dulces de coco! ¡Llévese sus dulces de coco!»

A todos esos que vi, los evadí.

“¡Dulces de coco! ¡Dulces de coco!” continué gritando, entrando en el papel de chica vendedora.

Y hasta ahí todo marchaba bien. Poco a poco comencé a mirar a mi alrededor, a estudiar más y más la zona con cuidado para evaluar posibles clientes y evitar problemas. Ya quería irme y comencé a pensar que al día siguiente debería dejar de lado mi orgullo y montarme en una buseta para llegar más temprano y menos cansada. Ya hasta me había comenzado a doler el cuello.

Caminé unos treinta metros promocionando el producto, evitando toldos y

mujeres bronceándose. En ese momento, comencé a sentirme bien, una sensación que a veces llegaba en los días que todo marchaba relativamente normal —no vendí nada todavía pero el día parecía prometedor—. Como pude, miré a mi alrededor para detallar aquella hermosa playa que, pese a que era un lugar de trabajo que me deprimía, como paisaje, no tenía nada de deprimente.

Me tomé un momento para cerrar los ojos y respirar profundo el olor a mar y la sensación de libertad que te permite un lugar como este. No podía negar que ya me había enamorado de esas aguas, a pesar de que me daba miedo sumergirme demasiado en ellas. Qué loco ¿no?

Acto seguido, me caí.

“¿Segura que estás bien?” Su voz me trajo de nuevo al presente.

De repente todo se hizo claro de nuevo, lo que me recordó que estaba apenada por lo sucedido. Por su parte, él se escuchaba preocupado. Miré mis manos llenas de arena y pensé: «¿Qué si estaba bien? Pues no, no lo estaba».

“Este, sí... eso creo” mentí. Uno no dice lo que piensa y yo no estaba ahí para dar razones, sino para disculparme. “De verdad lo siento, señor, no era mi intención, no sé qué pasó... yo...”

Continuaba quitándome la arena del cuerpo pensando cómo iba a salir de esa.

“Yo me disculpo, creo que no debía acostarme en el suelo y...”

“No tienes por qué disculparte... estamos en una playa, yo soy quien debió verlo acostado.” Seguía sin levantar la mirada, no quería verlo y sentirme más humillada.

Me arrodillé a recoger los dulces, a pesar de saber que era un caso perdido.

“Pero...” Suspiré desganada, “maldición, ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas a mí?” murmuré, mientras que cogía la bandeja para colocar los dulces que estaban menos llenos de arena “¿Ahora qué le voy a decir a mi mamá? No puedo volver así... ¡Maldita sea! ¿Por qué me tiene que pasar a mí?”

“Espera, espera” intervino él, acercándose a mí.

Yo mantuve la mirada fija en el suelo.

“No tranquilo, no tienes que hacer nada, fue mi culpa. Yo puedo sola. Usted,

mejor quédese tranquilo”

“¿Qué estás haciendo? No tienes por qué recogerlo... están arruinados” insistió, pero yo no me detuve.

“Lo sé, pero es que... tengo qué” Estaba atravesando una serie de sentimientos caóticos, uno colisionando con el otro que partían desde vergüenza hasta culpa. No lo veía, pero sabía que estaba roja.

“Olvídalo, no fue nada”, insistió de nuevo, con un tono de voz comprensivo que la verdad no sabía si sentía en verdad. ¿Qué va a saber él de perder la mercancía en la playa?

Él comenzó a imitarme como si fuera necesario realmente recogerlo todo. Ambos sabíamos que era una causa perdida, incluso las personas a nuestro alrededor —que simplemente se sacudieron lo que les cayó y siguieron con sus vidas—, ni siquiera le dieron importancia a que una chica trabajadora se cayera. Los únicos dos idiotas que realmente creían que salvarían algo, éramos nosotros dos.

“Claro que sí, seguro lo desperté, y de paso, arruiné todos mis putos dulces. Ahora no sé qué demonios le voy a decir a mi mamá, ni de donde carajos voy a sacar el dinero de los dulces.”

Comencé a hablar sin medir que realmente a él no le importaba eso, pero ¿Qué más da? Creo que lo hice para drenar la ira que me carcomía.

“Oye, no...” continuó diciendo él, “no vas a lograr nada sacándolos de la arena, ya se arruinaron todos.” Comenzó a interponerse entre yo y mi objetivo, tratando de evitar que siguiera recogiendo. Pero seguía sin detenerme.

De repente, el sujeto me toma por los hombros como si intentara hacerme recapacitar a la vez que me levanta sin mucho esfuerzo —de nuevo—, lo que me obligó a subir la mirada y verlo al fin.

Él tardó unos segundos en dejar de hablar. A este punto, ya ni lo estaba escuchando, lo que me mantuvo un poco fuera de mi zona de confort. En ese momento me di cuenta que, en definitiva, el tono de su voz no iba acorde a cómo se veía en realidad. Mucho más joven, apuesto y firme en todos los sentidos.

Estaba acostumbrada a ver hombres así, siempre hay alguien apuesto en la

playa haciendo algo para llamar la atención, ¡Incluso he intercambiado palabras con algunos! Y es hasta posible que tal vez él ni siquiera fuese la excepción, pero, a diferencia de los demás, no había caído sobre ninguno de ellos.

“No tienes que disculparte” continuó, mirando el desastre a su alrededor para luego comenzar a evaluarme como si estuviera buscando alguna herida, lo que me hacía sentir expuesta. “No te voy a culpar, seguro estaba en tu camino y por eso no me viste yo...”

Y todo estaba bien hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Justo ahí dejó de hablar. No tengo idea de qué pasó por su cabeza mientras que nuestras miradas se encontraron la una con la otra, pero sí me di cuenta que vio algo en mí. Me sentí observada.

Pero esta vez no era algo sexual, como estaba acostumbrada a ser vista por ahí, ni mucho menos me sentía juzgada. Sus ojos de color azul se enterraron en los míos de tal forma que parecía que nos íbamos a perder por años en el otro. De inmediato se me quitaron las ganas de hablar, de recoger los dulces. Ya ni me acordaba por qué demonios estaba en la playa en primer lugar.

“Me llamo Ignacio.” Su tono de voz era suave. Pese a que tenía cierto timbre ronco, lo dijo con tanta ternura que me derritió de inmediato.

“Y yo Carla”, respondí con la misma ternura y suavidad que él.

“Lamento haberme atravesado en tu camino”

“Y yo lamento haberte llenado de arena y coco”

En su rostro se dibujó una sonrisa dulce, lo que me hizo sonreír a mí también.

Dicen que una forma para agradarle a los demás, sin importar qué, es imitar sus gestos. Es curioso porque es algo que algunos hacen por reflejo. Eso de acercarse a alguien y comenzar a hacer las más sutiles imitaciones con el fin de demostrarle al otro que están en la misma página, conseguir que esa otra persona se sienta cómoda contigo. El asunto es que este no era el caso.

No sonreí al mismo tiempo que él porque quisiera hacerlo sentirse cómodo y que yo le agradase más. No, lo hice porque quería sonreír, porque de alguna forma u otra me hizo sentir realmente bien que él me estuviera mirando. Justo ahora, no sé ni siquiera por qué estoy dejando que me toque un completo

desconocido.

“Eres hermosa” aseveró, sin apartar la mirada de mí.

De repente, comencé a sentir un hormigueo en las mejillas. Creo que me estoy sonrojando.

“¿Eso crees?” No solo me alagó, sino que me hizo sentir mejor que nunca. “¿En verdad crees que soy hermosa?” Sentía que las preguntas que estaba haciendo eran propias de una niña.

No dejaba de verlo tampoco, me perdí en sus ojos, en el movimiento de sus labios, en la forma en que sus dientes brillaban con la luz del sol y en que sus firmes manos me sostenían aun los hombros. Estaba encantada por la manera en que se veía, en que sonaba, en que me tocaba. Estaba segura que me estaba idiotizando por él.

“Claro que lo pienso” aseguró de nuevo, antes de que un silencio embriagante se apoderara de nosotros.

Solo podía escuchar su respiración perdiéndose en el bramido del viento, las olas, las voces de los demás turistas y paisanos que iban a perder su tiempo en la playa. Sonidos que poco a poco se iban haciendo cada vez más presente, obligándome a regresar a la realidad que me tocaba vivir todo el tiempo: «Debería estar vendiendo dulces de coco.» Ese recuerdo tan repentino, me ayudó a apartar la mirada de él.

A penas lo hice, dejó de apretar mis hombros y se apartó un poco, regresándome el espacio personal que me había quitado tan rápidamente. Mientras que apartaba mi mirada, aproveché para evaluarlo. Alto, de cuerpo escultural a su justa medida. Y, en cuestión de segundos, me encontré con la mayor revelación del día.

Tiene dinero.

Mucho dinero.

Con exactitud, no puedo decir cuánto «mucho» tiene, pero en el poco tiempo en que lo vi, me parecía que este libro debía juzgarlo por su portada. Me agaché para coger la bandeja que había vuelto a caer al suelo, y mientras lo hice, le di una ojeada a su «puesto» en la playa. La toalla que estaba en el suelo se veía tan delicadamente tejida, que me daba la impresión de que era un

crimen colocarla en la arena.

Todo lo que tenía al lado, por muy simple que se viera, parecía que costaba más que todos los dulces que ahora se encontraban enterrados en la arena. Junto a todo eso, se encontraban unas zapatillas que tenían bordado algo en el centro; algo que no había visto jamás, por lo que, o era algo costoso, o solo un bordado pretencioso de una prenda de bajo precio. Pero, dada las apariencias, me incliné por la primera.

De repente, sentí todo el peso de mi existencia frente a Ignacio. Sentía la piel pegajosa, más marrón de lo normal, más quemada por el sol de lo que se considera «sano»; el cabello sucio, la ropa me pesaba por fea y desgastada; el olor al coco en mi piel me llevaba a recuerdos tristes... en fin, me sentí miserable. La verdad, hasta me pareció ridículo aquel intercambio de miradas que tuvimos hace unos segundos.

“En serio lamento haberme caído sobre usted.” Mi tono de voz cambió por completo. Ya no quería hablar como una jovencita dulce, ni mirarlo a los hermosos ojos azules que se gastaba.

“No tienes por qué hacerlo” sonrió mientras que se sacudía la arena. “No fue tu culpa. Además, no fue tan malo que lo hicieras” agregó.

Reprimí todos mis deseos de derretirme de nuevo. No podía, simplemente no podía.

“Es que acabo de caer sobre usted.” Vacilé.

“¿Y eso que tiene que ver?” Sonrió de nuevo.

Parecía que Ignacio estaba teniendo un gran día a costas del mío. Y simplemente no puedo dejarlo pasar.

“¿Qué es tan gracioso?”

“¡Oh! No. Nada, nada. En lo absoluto. Solamente estoy viendo lo bien que te ves”

En respuesta automática a sus palabras, bajé la mirada y me detallé de nuevo.

Y, en contradicción a lo que me hizo sentir cuando me dijo hermosa, pensé: ¿Verme bien? ¿Yo? ¿Acaso este sujeto está ciego?

Abrí mis brazos para verme mejor. ¿Quién sabe? Tal vez yo no estoy viendo el

panorama completo. Sin embargo, no encontré nada que se pudiera decir que me hacía ver «bien».

“No debería estar diciéndole esas cosas a los demás.” En mi mente eso tenía sentido.

Él respondió a eso con una sonrisa.

“Vente, siéntate conmigo.” Me extendió la mano, aun con la sonrisa en el rostro e hizo un gesto como si se fuera a sentar. Me estaba invitando a que lo acompañara.

“No, no puedo; tengo que recoger los dulces” Ya no sabía si era una necesidad o una excusa para evitar seguir hablando con él.

Mi plan, en sí era sencillo: hacerlo y luego irme, pero ¿Qué iba a hacer cuando los recogiera todos? No los puedo vender cubiertos de arena, tampoco puedo correr el riesgo de regresar con ellos y decirle a mi mamá. El estrés me estaba matando.

“Vamos...” insistió. Su mirada, sus gestos, su sonrisa; todo me estaba invitando a estar con él y yo, no tenía la fuerza de voluntad suficiente para resistirme a eso.

No apartaba su mirada, se notaba que realmente quería hacerlo. Tampoco habló más, ni me dijo de nuevo que lo hiciera. Sus ojos eran lo suficientemente insistentes e intensos como para obligarme a hacer algo que obviamente quería.

“Está bien” desistí al final y me senté a su lado, apartando la bandeja.

Y ahí nos encontramos, mirando al horizonte aun comportándonos como desconocidos.

“Entonces... vendes dulces” agregó él.

“Sí, eso hago... este... todos los días vendo dulces en esta misma playa.” Estaba nerviosa.

“Ya veo” vacila. “Y... ¿Te gusta lo que haces?”

“Bueno, no diría que «me gusta, me gusta», no me queda de otra, la verdad.” Bajé de nuevo la mirada para notar que los dulces seguían exactamente como cayeron. Cubiertos de arenas y destrozados. “La verdad, ni siquiera me gustan

los dulces de coco.”

“¿Y por qué los vendes entonces? Parecía que te gustaban por la forma en que gritabas.” Cuando dijo eso, levanté la mirada, intrigada.

Con que ya sabía que estaba ahí.

“¡Ey!, entonces me habías escuchado antes de caerme” le reclamé “Pudiste haberte hecho a un lado.”

Se rio.

“¿Qué?” Rio de nuevo. “No... solamente te escuché... estabas gritando... sería imposible no saber que estabas en la playa” agregó. “Además, no era como que estuviera prestando mucha atención.”

De repente me hizo sentir mal. Sabía que esa afirmación no debía de importarme, pero el que él lo dijera cambiaba todo.

“Claro...” dije afligida. “Tiene sentido”

Y enterré la cabeza en la arena —metafóricamente—, bajando la mirada y concentrándome en no verlo a él. De repente, me invadió la necesidad de levantarme e irme de ahí. Pensé que no fui muy evidente.

¿Para qué me pidió sentarme si de todos modos iba a decirme eso?

“Solamente cerré los ojos y seguí escuchando, sin darle mucha importancia a lo que decías” agregó. “Tu voz tiene cierto calmante. Además, me pareció tan parte de la naturaleza que me relajé.”

Eso cambia todo.

“Pero dijiste que...”

“Que no estaba prestándole mucha atención... y creo que por eso es que no me di cuenta cuando me caíste encima.” Me miró y sonrió. “Pero me alegro de que haya pasado...”

“¿Por qué?”

“Porque de no hacerlo, no estarías aquí sentada”

Me comenzaron a temblar las mejillas. Tuve que controlar la sonrisa que se me dibujó en el rostro. No sé, quería tener cierto aire de seriedad, pero era obvio que no lo estaba logrando. Miré al frente para darme más terreno en esa

conversación, y dije:

“No deberías decir eso. Además, por culpa de eso ahora no pude vender ningún dulce.” Suspiré “Vaya comienzo de semana” me quejé.

“Si quieres te los compro todos” clamó de repente.

Emocionada por eso, mi primer impulso fue decirle:

“¿En serio?” Y lo hice. Pero una vez que salió de mi boca, me di cuenta de algo muy importante.

“Sí... yo.” Intentó decir él, antes de que lo interrumpiera con mi ataque de moralidad.

“Pero no deberías.” Suspiré, contemplativa. “No”, declaré, decepcionada por mi propia epifanía. “No puedo aceptarlo.”

“¿Por qué no?”

“Porque no... y ya, la idea es que los venda.”

“Pero eso estarías haciendo, solamente que a una sola persona... porque, o sea ¿Y si a alguien le gustan mucho y los quiere comprar todos? ¿Le vas a decir que no?... a como yo lo veo, no estás contemplando el panorama completo y...”

“No” repetí, resaltando mi convicción en no hacerlo. “No importa. No se siente igual. Lo estás haciendo por lastima, y no quiero.”

Y por un momento me sentí superior. Estaba evitando que me trataran con caridad. Tal vez no tenía en donde caerme muerta, pero no iba a dejar que me vieran con lastima. Pero, ese instante de gloria desapareció tan rápido como llegó.

Se anunciaron con una risa burlona.

“Ah no... nada que ver. Solamente es una vendedora.” Dijo de repente una mujer. Yo me giré para verla.

Me deslumbró lo espectacular que se veía en su traje de baño de dos piezas. Justo al lado de otra mujer que tampoco tenía mucho que envidiarle a la primera.

“Creí que estabas coqueteando con otra” agregó la primera, a lo que la segunda se mofó.

“Si claro. Por poco te pones a llorar”, dijo la segunda, pero riéndose de la primera.

“Josefa, Antonia ¿De qué carajos hablan?” intervino Ignacio. Lo que me hizo entender de inmediato que las conocía.

“Amor... ¿Por qué estás molesto?, solamente creí que estabas coqueteando con esta cualquiera” Agregó la primera, despreciando mi presencia. “Y creí que me estabas intentando ser infiel con una negra vendedora.” Me señaló apretando los labios y acercándose demasiado a Ignacio.

Y aquella revelación me golpeó como un millón de olas. Ignacio tenía una novia.

¡Qué estúpida soy!

## Capítulo 2: Antonia

Ignacio es todo para mí, incluso después de todas las cosas por las que hemos pasado, él es lo que quiero para mi vida. Es por eso que cuando lo vi desde lejos con una chica, me hirvió la sangre.

“Josi... Josi...” Reaccioné de inmediato. Josefa tenía que ver lo que yo estaba viendo. Pero ella estaba muy concentrada en su móvil.

“¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasó?” dijo, levantando la mirada, pero viéndome a mí.

“A mí no... eso” gemí de ira. “Iggi está hablando con una estúpida.”

“¿Dónde?” Comenzó a buscarlo con la mirada mientras que yo me tragaba y vomitaba a esa estúpida que estaba con él.

Convencida de que no los iba a encontrar, me puse en medio de ella y le señalé en donde estaba.

“¡Ahí! Míralos.”

“¡Ay, santo cristo! Sí está con alguien.”

Desde donde nos encontrábamos no se podía ver bien quien era, pero parecía que estaban teniendo una conversación muy interesante sobre algo que yo necesitaba saber. No sé qué era, o si se trataba de mí, pero mi Ignacio no podía estar por ahí hablándole a cualquiera.

“De dónde habrá salido”, señaló Josefa de repente.

“No lo sé. Creí que iba a estar aquí solo. ¡Se supone que iba a estarlo!” Yo no podía controlarme; necesitaba saber quién era.

“¡Hum!”

“¿Hum?... ¿Hum qué? ¿Qué intentas decir con eso?” Estaba a la defensiva.

“Tal vez es solo una amiga” reflexionó Josefa. Por un segundo me hizo sentir bien.

Tal vez es una amiga, tal vez no es nadie importante —me dije, más para consolarme que para convencerme—. Sé que es un poco exagerado de mi parte preocuparme por asuntos como esos, más que todo si se trata de algo así,

pero no podía tolerar el verlo con alguien que no fuera yo; nunca lo he hecho. Desde que lo conozco, siento que deberíamos estar juntos, que nuestra felicidad depende únicamente del otro, pero últimamente las cosas no me han estado saliendo como quería.

Creo que ya han pasado más o menos unos diez años desde que soy amiga de Josefa, y creo que desde antes de eso, he estado enamorada de su hermano. Pero ahora, siento que lo estoy perdiendo —algo que me ha estado preocupando desde hace unos cuantos meses ya—, y el verlo con otra, justo ahora, me hace suponer que tal vez está buscando reemplazarme.

“Uy, Antonia... cálmate” resaltó ella, al verme hiperventilando.

“Es... qué... se supone que iba a estar solo... se supone que iba a estar conmigo...”

“Te dije que tenías que tener paciencia.”

“Pero es que...”

Josefa, rodeó su brazo alrededor de mi cuello para sostenerme por los hombros y comenzó a inclinarnos a ambas hacia abajo. La cabeza me quería estallar, el corazón me palpitaba a millón y, cuando respiraba por la nariz, sentía que mis pulmones no se expandían, así que comencé a respirar por la boca, e, incluso así, tampoco sentía estuviera logrando algo.

“Vamos, querida... respira... solo tienes que calmarte un poco.”

“Pero... Ignacio... él...” No podía hablar bien sin que la respiración separara por sílabas cada una de mis oraciones.

“Sí, sí... yo sé. Pero no tienes por qué ponerte así” dijo, mientras susurraba cada vez más, tratando de relajarme. También estaba siseando suavemente. Creo que lo estaba logrando.

“¿Y qué voy a hacer entonces?” La miré a los ojos tratando de calmarme, de hacerle caso a su petición.

“No lo sé, querida, pero no lo vamos a averiguar si sigues así.”

Y cualquiera puede decir que tuvo un ataque de pánico, o algún tipo de episodio de ansiedad, y se relajó luego de que alguien, amablemente, le resaltó algo obvio. Pero yo no. Estuvimos ahí varios minutos. Incluso, se me complicó un poco más cuando vi que la tomó de la mano para que se sentara a

su lado. Casi muero en ese lugar.

Josefa no me dejó sola ni por un segundo —es una gran amiga—, y para ayudarme, nos sentamos en la arena.

“Vamos, querida. Tienes que calmarte. No puedes ponerte así cada vez que lo veas con otra.”

“Pero no es cada vez que lo veo con otra”, repetí, defendiéndome. “Esta vez es diferente. Lo siento.” Y levanté la mirada. “Es que míralos, parece que la están pasando de maravilla.”

Josefa hizo lo que le pedí y, al regresarse a mí, disintió:

“Oh, vamos... no puedes asegurar eso tan solo con verlos.” Me apretó el hombro. “A penas y podemos ver que es él. Capaz ni hablando están”

“Pero no lo sabes.” No podía dejar de verlos.

Ellos estaban de espaldas a nosotros, así que, por lo pronto, solo veía el cabello largo de aquella mujer y la parte de atrás de la camisa de Ignacio. De hecho, sabía que era él porque lo habías visto salir del hotel en la mañana luego del desayuno.

“Lo que tienes que hacer es relajarte y luego ir para allá y averiguar por ti misma qué está pasando” apuntó con mucho cuidado. “Además, no puedes simplemente dejarte dominar por este estilo de cosas. Tienes que ser fuerte, amiga”

“No puedo ser fuerte” aseveré. “No cuando Ignacio se me escapa de las manos.” Enterré más mis pies en la arena y dejé que el calor del sol me abrazase. Era difícil retomar el control. “Y yo que creí que todo se iba a arreglar en este viaje.”

La verdad lo creí, pero Josefa no desaprovechó esa oportunidad para decirme: «te lo dije».

“Querida, te dije que dejaras de ilusionarte. Sabes muy bien que lo que hay entre ustedes no se iba a solucionar así de fácil.” Apartó su brazo de mi hombro, pero se acercó más a mí, sentada a mi lado abrazando sus piernas. Y, mirando al horizonte —justo hacia donde estaban sentados ellos dos—, agregó: “Todas las parejas pasan por algo como esto. A veces hasta sienten que el amor se acaba, pero no por eso tienen que rendirse, o esperar que las

cosas se resuelvan de la noche a la mañana.” Suspiró.

Yo no dejaba de verla, esperando que, en su inmensa sabiduría, pudiera decirme algo que me calmase de una vez por todas.

“Además, Ignacio... bueno, él a veces puede ser un poco difícil. Pero no por eso es alguien malo.”

“Eso lo sé” confirmé, enterrando la mirada en la arena. “Pero tal vez ya no sienta lo mismo por mí.”

“Sí... tal vez” minimizó. “Pero eso no lo sabes. Y no lo vas a averiguar aquí sentada como una tonta viéndolo como se te escapa de las manos. La Antonia que conozco, no puede estar por ahí portándose como una perdedora.”

Se levantó con entusiasmo, alzando arena sobre mí y haciéndome cerrar los ojos por reflejo, para agregar con la misma emoción:

“¡Así que levántate y pon tu mierda en orden, porque no vas a perderlo hoy!”

Y tenía razón. Sus palabras me devolvieron el valor que tenía, recordándome que la guerra aún no estaba perdida, y que, mientras hubiera amor entre los dos, no habría razón alguna para tirarlo todo a la basura.

Así que me levanté, y nos acercamos a donde estaban ellos dos. Lentamente aquellas dos pequeñas personitas comenzaban a tomar su tamaño real, lo que me permitió detallarlos mejor. Alrededor de Ignacio y la tonta esa, había unas cosas enterradas en la arena. Junto a ellos, una bandeja de metal —algo que, desde donde estábamos, no se veía—, y de ipso facto contemple la situación desde otro ángulo, literal y figurativamente.

La detallé más y más, y, cuando me di cuenta, todas mis preocupaciones desaparecieron. En lo que vi el delantal, todo me pareció un mal chiste, así que comencé a reírme.

“Ah no... nada que ver. Solamente es una vendedora” le dije a Josefa. Me molestó tanto el hecho de que casi entro en crisis por verlos juntos cuando en realidad solo se trata de una tipa cualquiera. “Creí que estabas coqueteando con otra” agregué, dirigiéndome a Ignacio.

“Si claro. Por poco te pones a llorar” se burló Josefa. Le enterré la mirada en el entrecejo, queriéndole decir que no me estaba ayudando al exponerme de esa forma.

Pero Ignacio nos interrumpió.

“Josefa, Antonia ¿De qué carajos hablan?”

Bajé mi mirada, y haciendo puchero, para acercarme a él lo más que podía y demostrarle a la chica esa que él era mío, dije.

“Amor... ¿Por qué estás molesto?, solamente creí que estabas coqueteando con esta cualquiera.” La miré con soberbia, porque la verdad no era tan importante como lo sospechaba. “Y creí que me estabas intentando ser infiel con una negra vendedora.” Se la señalé con desprecio.

Creo que lo que me molestaba más y me hizo comportarme como una perra, fue el hecho que de todas las personas que pudo haber sido, toco la menos importante. Su presencia sola no representaba ninguna amenaza.

“Antonía, ¿De qué carajos hablas?” Exclamó Ignacio.

“Pues de que no puedes estar hablando con otras chicas si tienes novia, tontito” bromeé.

Josefa se acercó a nosotros y se sentó en frente de Ignacio, dejándolo acorralado.

“Bueno, yo no diría que...” trato de decir Josefa, pero la mujer que acompañaba a Ignacio se levantó, interrumpiéndola.

“Eres un idiota” exclamó. Recogió la bandeja del suelo, gruño de impotencia y, levantando la arena de manera exagerada, se fue de ahí molesta.

“Vaya loca”. Me pareció apropiado resaltar su necedad, pero eso no le gustó demasiado a Ignacio.

Estaba increíblemente furioso e, intentando levantarse, dijo:

“¿Por qué tienes que ser así? Sabes muy bien que...”

“No te molestes con ella”, me defendió Josefa y lo detuvo al mismo tiempo.

“Ella solamente hizo lo que creyó correcto.”

“No tengo tiempo para esto” exclamo, terminando de levantarse, aunque sin que yo le soltara la mano.

“¿Para dónde vas?” preguntó Josefa, adelantándose a mi interrogante, aunque yo sospechaba algo.

Por la forma en que lo hizo, me dio la impresión de que iba directo a buscar a la tonta esa, así que apreté más mi mano y lo jalé hacia abajo.

“¿Qué carajo intentas?” se quejó, perdiendo un poco el equilibrio, aunque se recuperó rápidamente y sin mucho esfuerzo, se mantuvo de pie.

“Pues que no vayas con la tonta esa” Aseveré.

“Ya creo que estás yendo un poco lejos.” Josefa fluctuaba entre el sentido común y el apoyo incondicional. En este momento, era esa persona que solía resaltar lo que estábamos haciendo mal.

¡Pero a mí no me importa! Mientras no se vaya con esa estúpida, todo estaba bien.

“Oh, vamos, querida. ¿Acaso crees que deberíamos dejar que Iggi se vaya con esa cualquiera?” precisé, sin soltarle la mano a Ignacio.

“Antonia, yo puedo hacer lo que se me venga en gana.” Protestó Ignacio.

Él jalaba y yo me resistía. No lo iba a dejar ir. La sola idea de imaginármelo con esa tonta, me enloquecía. Eso era suficiente para determinar mis acciones.

“Antonia, creo que es mejor que lo sueltes.” Josefa se pronunció de nuevo actuando como mi sentido común, por muy a pesar de que no le estaba prestando ningún tipo de atención a sus recomendaciones. Ella intentaba acercarse, pero mantenía un margen de nosotros, supongo que para no involucrarse en el problema.

Después de todo, era su hermana y mi mejor amiga; no podía simplemente tomar partes en el asunto. Pero, ¡De que se quedaba con nosotras, se quedaba!

“Vas a terminar lastimada” agregó Josefa. “A penas y puedes agarrarle la mano.”

“¡No me importa!, no vas a ir a ningún lado.”

Ignacio, nos miraba a nosotras y luego a su alrededor... ¡Estaba buscando a la tonta esa!, pero mientras lo tuviera entre mis manos, no iría a ningún lado. Yo me aferré lo más que pude, utilizando todo mi peso para empujarlo hacia abajo, mientras que él continuaba jalándome, supongo que con cierto cuidado para no lastimarme. Aunque no sé cuánto tiempo iba a evitar hacerlo.

Hasta que, sin mucho esfuerzo, se zafó de mi mano como si yo no lo estuviera

sosteniendo y, furibundo, agregó:

“Tú eres la loca aquí.”

Me lastimó un poco, pero más que todo con sus palabras. Antes de darme cuenta, ya estaba yendo hacia donde había ido la vendedora. Lo seguimos con la mirada hasta que se perdió cruzando una esquina. Yo no dejé de ver en esa misma dirección, esperando que de alguna forma reaccionara y regresara con nosotras.

Josefa no dijo más nada, y creo que fue lo mejor que pudo haber hecho ya que solamente lograría echarle más leña al fuego. Ahí estuvimos como unos dos minutos cuando, de repente, en la misma esquina en la que había cruzado, Ignacio apareció. Se me dibujó una sonrisa en el rostro.

Pero mientras más se acercaba, más se notaba que no tenía ánimos para hablar. Sin embargo, no por eso me privé de decirle lo que pensaba en lo que terminó de acercarse.

“Iggi, mi amor, sabía que...”

Y, quitándose la camisa con rabia —y sin detenerse—, la tiró sobre la toalla en la que estábamos sentadas, y, furioso, dijo:

“No me digas «mi amor».”

Llegó al agua y se zambulló.

Tanto Josefa como yo, no dejamos de verlo. No sé qué estaba pensando ella, pero en cuanto a mí, me pareció que lo había arruinado todo. De repente, me sentí más estúpida que la «estúpida» de la que trataba de protegerlo. Y, en ese momento, Josefa agregó, con cierta frialdad:

“Y te preguntas porque ya no quiere ser tu novio... tienes que controlarte un poco, cariño. Así jamás vas a lograr que te acepte de nuevo.”

La peor parte de todo eso es que, muy en el fondo, sabía que tenía razón. Tenía que resolver esto.

## Capítulo 3: Carla

“¿Cómo que se dañaron los dulces?” exclamó cuando traté de explicarle.

Era difícil mantener la cabeza abajo cuando ella me hablaba, más que todo porque llego un momento en que todo lo que decía era sencillamente ofensivo.

“Pero mamá...” Traté de defenderme.

“Pero nada, Carla María Noguera... se supone que tenías que vender los benditos dulces... no dejarlos que se te cayeran en el suelo... ¿Acaso eres una niña?” comenzó a gritar.

Y yo no me iba a quedar atrás.

“¡Joder mamá! Fue un accidente, ya te dije. ¿Por qué no puedes simplemente aceptarlo?”

“Carla, porque no. No puedo. No dejaste caer uno, dos o tal vez diez.” Resaltó con furia. “¡Dejaste caer todos!, no puede ser... ¿Acaso no tienes cuidado?”

“¡Sí, mamá, sí tuve cuidado!”

“Pues no parece... no lo parece, ¡Por qué viniste con las malditas manos vacías!” Chilló, histérica.

En el momento en que mi madre comenzaba a maldecir y su voz subía de tono, uno es capaz de darse cuenta que está perdiendo los estribos. No sé si sea la edad o la forma de hacer las cosas, pero, llega a un punto en que se molesta por todo y se vuelve insoportable. La verdad es que pude haberme quedado callada, dejar de lado todo eso, disculparme y prometerle que no iba a pasar más.

Pero de tan solo recordar el por qué se me cayeron y lo que resultó de todo eso, sencillamente me hizo estallar aún más: la insufrible voz de la estúpida ex novia de Ignacio—aunque en ese momento pensaba que sí eran novios y eso hacía todo mucho peor—; el que llegara de la nada para decirme todas esas cosas, no me dejaron controlarme.

“¡Demonios, mamá! ¡Ya te dije que lo siento! ¡De verdad!”

“Pues sentirlo no va a arreglar nada.” Increpó. “Perdiste un día entero de trabajo.”

Y de repente se sentó en la silla que tenía al lado llevándose la mano a la frente como si estuviera afligida.

“Esto no pasaría si tu papá estuviera aquí.” Se lamentó, siendo la gota que colmaría mi vaso.

“¡No mamá! Si mi papá estuviera aquí no cambiaría nada... deja de pensar en ese idiota. ¡Él nos abandonó! Por el amor de Cristo. ¿Podrías alguna vez dejar de creer que él resolvería nuestras vidas?” Grité.

“¿Qué quieres que haga, Carla? Tú papá tenía dinero, pudo habernos dado todo lo que necesitábamos.” Levantó la mirada y se le notaban los ojos aguados, como si estuviera a punto de llorar.

Me hacía enojar que realmente creyera que él sería capaz de darnos algo a cambio o siquiera de sernos útil luego de todo lo que nos hizo pasar al irse. Parte de nuestros problemas radicaban de ese asunto, más que todo, porque mi madre pensó que podría conseguir todo si se casaba con él. ¡No pensó en más nada!, tan solo creyó que, si le daba una hija, se quedaría y estaríamos bien. Para su sorpresa, se marchó así nada más.

“¡Y no lo hizo! Se fue, y nos dejó. Y ¿Sabes qué?” Resalté enojada, “ni porque hubiera estado aquí nos habría dado algo. Así que estaríamos igual...”

Mi madre estaba atravesando la faceta de víctima —como siempre— luego de que hizo mención de mi padre, y recordó que pensaba que los problemas de una mujer se resolvían con la intervención divina de algún hombre.

“¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo siento? ¿Ah? ¿Qué Lamento no haber darte todo lo que querías? ¿Es eso lo que quieres que te diga? Discúlpame por no haber cuidado a tu papá y que él te comprara cosas bonitas.”

Me estresaba que no viera las cosas como eran.

“¡Joder, mamá! No se trata de darme cosas...”

“¿Entonces de qué?”

Era difícil discutir con ella cuando en su mirada se notaba que no importaba lo

que fuera a decir, no cambiaría de parecer. Me frustraba de muchas formas, lo que me llevó al borde.

“¡No lo sé mamá! ¡No lo sé!” Dije “¡Tal vez si hubieras planeado un poco nuestras malditas vidas y no hubieras dependido del imbécil de mi padre, no estaríamos en esta situación!”

Prácticamente le introduje el dedo en la herida.

“¡Ah! ¡Sí! ¡Claro! ¡Ah!” balbuceó, levantándose aún más histérica, parecía que le iba a dar algún tipo de ataque al corazón. “Ahora si me acomodé yo...” dijo al techo, “me salió ingrata la niña.”

Y en un intento desesperado por ser razonable, exclamé:

“No, mamá, no estoy siendo ingrata. Estoy diciendo la verdad. No estaríamos en esta situación si no te hubieras resignado.”

Aunque incluso tratando de sonar como una persona razonable, solamente logré hacerla enojar más y que dijera cosas peores.

“Pues yo no te veo haciendo nada para mejorar esta...” intentó decir, pero me le adelanté.

“¿¿Qué no estoy haciendo nada?! ¿En serio? ¡Estoy haciendo todo lo que puedo mamá! ¡Estoy dejando de hacer miles de cosas nada más para ayudar! Todos los días me levanto pensando nada más en eso, en lo que tengo que hacer, en lo que debo hacer.” Aproveché esa oportunidad para desahogarme. “Solamente quiero ayudarte... ayudarnos... sacarnos adelante y tener éxito; no esperar que mi padre o cualquier otra persona venga a resolvernos la vida...” Respiré profundo, ya casi frustrada por completo y agregué, regresando al tema: “O sea... ¿En serio vas a decir eso?”

Por un momento creí que con eso sería suficiente para hacerla recapacitar.

“Pues procura no botar los malditos dulces, si te sientes tan inútil.”

No lo fue. La frustración me dejó muda. Quería gritar, llorar, correr y no hacer nada al mismo tiempo.

Terminamos en una discusión sin sentido. Cuando estamos furiosas, tendemos a decir lo primero que nos viene a la mente, lo que a veces puede llegar a ser un poco ofensivo. Por lo que en medio de todo eso, y sin ánimos de nada, simplemente me di la vuelta y me fui. Mi madre, como es de esperarse, gruñó

frustrada, me pidió que me devolviera y siguiera con lo nuestro. No le hice caso.

Una vez encerrada en mi habitación, no podía dejar de pensar en la discusión. A pesar de haberla terminado, estaba todavía imaginándome cientos de miles de respuestas que pude haber dado; cientos de miles de cosas que pude haber dicho en vez de las cosas que dije. No sé, tal vez pude haberlo hecho mejor. El asunto es que yo no quiero repetir sus mismos errores. Quiero ser mejor que eso.

Pero bueno, luego que el problema con ella y los sentimientos que eso desató se calmaron, fue cuando por fin pude medio quedarme dormida. Aunque la frustración no acabó ahí. Luego de un rato, y sin previo aviso, comenzaron a aparecer pensamientos recurrentes de Ignacio.

Su rostro, su mirada, su cuerpo, su sonrisa. Todo eso se alumbraba de tal forma que expedía cierta tranquilidad y paz que me hizo sentir bien por un instante, hasta que apareció la molesta de su ex novia que, ahí, me molestó más de lo normal. En lo que ella se mostró, arruinó todo y me hizo despertar. Luego de ese, el sueño se repetía, se complicaba o cambiaba un poco, pero al final terminaba siendo sobre el mismo asunto: Ignacio y su ex. Parecía una de esas alucinaciones febriles que lo obstinan a uno.

## Capítulo 4: Ignacio

La sensación del agua en el rostro y de las sutiles olas golpeándome, parecía ser lo único que lograba tranquilizarme. Antonia a veces puede ser insoportable, y esta vez, fue una de esas. Todavía me cuesta entender cómo pude soportar tanto tiempo con ella, si no dejaba siquiera que respirara sin que lo viera como una excusa para montar una escena.

Es un poco complicado mantenerse al margen de todo esto cuando ella sigue presionándome de esa forma. Esperaba que estas vacaciones fueran un poco más tranquilas, incluso después de que me dijera que iba a venir. Pero no... tenía que aparecer justo ahora a arruinarlo todo de nuevo. Es por eso que terminamos, porque no puede comportarse como una persona sensata.

Y es que, incluso viéndola desde aquí, se ve como una personita más o menos normal, de eso no cabe duda —aunque es solo desde lejos—. Sí, es realmente bonita, tiene muchos atributos de su parte, pero una vez que la conoces no puedes evitar querer apartártelo.

Pero no estoy aquí para pensar en ella. Así que aguanto la respiración y me sumerjo por completo en el agua. Cerrando los ojos, trato de relajarme un poco, para evitar pensar en lo que llevaba pensando hasta ahora y, de la misma forma en que me cayó encima, apareció su recuerdo en mi cabeza.

Su vos diciendo:

“Y yo Carla.”

Resonó en mis recuerdos, haciendo que los sonidos ahogados del mar simplemente desaparecieran. De nuevo, se repitió como un eco, pero en vez de irse desvaneciéndose, continuó aumentando, multiplicándose. De un momento a otro ya no era una sola «Carla» presentándose, sino ciento de ellas apoderándose de mis pensamientos.

Es realmente curioso la forma en que todo pasó. Me cuesta creer que algo tan simple haya sido el detonante de todo eso. Pero, creo que lejos de lo que Antonia le hizo creer y la principal razón de mi ira, lo que más me preocupa es el hecho de que sus dulces se hayan arruinado. La verdad, creo que, si ninguna de ellas dos hubiera aparecido así de repente, habría logrado convencerla de

que me dejara pagar por los daños causados y, tal vez, solo tal vez, podría haber conseguido algo más de ella.

¿Quién sabe? Tal vez su número de teléfono, móvil... o su nombre completo. Tal vez hasta hubiéramos podido salir a algún lado. No lo sé.

Cuando ya no puedo soportar más la falta de oxígeno, salgo del agua. Mi vista y mi oído tardan un poco en sintonizarse con el exterior, así que aprovecho ese tiempo para continuar relajándome.

“Carla” dije encantado, dejando que el mar se llevara mis palabras como si fuera un mensaje en una botella.

No pude evitar sonreír al decir su nombre, ni mucho menos sentir un agradable calor en mi pecho. Era obvio que estaba interesado en ella, claro ¿Cómo no estarlo? Tenía una sonrisa angelical que, aunque se peleaba por no mostrármela, se le escapaba, haciéndola ver incluso más hermosa. Sus ojos, sus pómulos bronceados por el sol y su piel canela junto con ese agradable olor que expedía su cabello; es difícil dejarlo pasar.

Y estaba feliz hasta que pasó lo de Antonia. Honestamente quiero que las cosas entre nosotros se acomoden; no puedo simplemente negar que tuvimos un pasado, que realmente la quise, pero no podía estar alimentando este fuego que solamente se las arreglaba para consumir en vez de comportarse como algo que tiene vida propia. Ella consiguió arruinar nuestra relación sin mucho esfuerzo, y supongo que no puedo simplemente juzgarla —puede que haya sido su culpa—, pero no lo hago porque yo no soy así.

Y de cierta forma entiendo que quiera acomodarlo todo, y, repito, quiero que suceda, pero no como una pareja de nuevo. Tal vez como amigos, o algo así.

Me giro un poco para ver en donde están ellas sentadas y me encuentro con que sigue mirando en mi dirección. ¿Acaso no se va a ir nunca? Su mirada es tan pesada, que me da la impresión de que la tengo sobre mí, lo que me hace sentir desnudo cuando estoy cerca de ella. La peor parte es que eso es normal, se supone que conoce esa parte de mí que no le muestro a todos, es de esperarse que me sienta desnudo.

¡Pero no quiero sentirlo, carajo!

De nuevo vuelvo a sumergirme en el agua para borrar esas cosas de mi cabeza. Es increíble como Antonia logra arruinar todas las cosas agradables

de mi vida.

Pero bueno, simplemente no puedo evitarlo más. Parte de la razón por la cual las dejé hablando sola para sumergirme en el agua, fue porque quería evitar molestarme con ella —más de lo que estaba—, porque sé que, si le doy la oportunidad, no dejará de hablar del asunto y yo no estaba en condiciones para conversar en ese instante. Tampoco soy bueno apartándola... es decir ¡Está aquí conmigo! Cuando simplemente pude haberle dicho que no nos acompañara.

Así que luego de unos minutos pensándolo más a fondo, emprendí mi camino hasta donde estaban ellas dos, aunque sin dejar de lado que estaba un poco nervioso con respecto a lo que iban a decir. Es diferente cuando uno está molesto; no se miden las palabras ni las acciones, pero, en lo que la marea baja, todo cambia y toca dar la cara. Mantener las apariencias, la postura: no flaquear para nada. Es un requisito para los que hacen una escena.

“¿Ya estás mejor?” preguntó Josefa, tan ajena al asunto como siempre.

Me limité a responderle con un simple gesto que fuera capaz de traducir todos mis pensamientos: asentí con la cabeza.

“¿Me perdonas?” La mirada de Antonia era tan inocente que me molestaba aún más. ¿Cómo es posible que tome esa actitud infantil cuando sabe que hizo mal? “No quise que te molestaras... pero es que no soporté verte con ella,” agregó.

Es sorprendente que después de todo, aun quiera hablar al respecto —el que no la conozca, que la acepte como regalo—. A ella sí que no le respondí, no se lo merecía, por lo que, ignorándola, cogí la toalla que estaba guindando del toldo que nos daba sombra y me sequé, para luego sentarme al lado de Josefa —dándoles la espalda—, lo más lejos que pudiera de Antonia.

“Sigo pensando que te pasaste un poco” comentó Josefa, haciendo alusión a alguna conversación que ellas dos tuvieron sin mí. Me mantuve callado, escuchando lo que tenía que decir, pero sin mirarla siquiera.

“Ya... olvídalo” se quejó Antonia. “Tenía que hacerlo. Y tú lo sabes.”

“Pudiste haberlo hecho de otra forma,” replicó mi hermana, “no puedes simplemente esperar que las cosas se resuelvan, así como así. Y mucho menos cuando te portas de ese modo.”

En casi nada de tiempo, comenzaron a actuar como si yo no estuviera ahí.

“Pues todavía no me dices qué habrías hecho tú en mi lugar... ¿Ah?” le retó Antonia.

“Pues de seguro no la habría insultado... ¡Ni siquiera la conoces!” Josefa tenía un punto.

Y es que es verdad, ¿Por qué rayos apareció molestando a Carla?

“Oh, vamos... sabes muy bien que lo habrías hecho también.” Se justificó Antonia.

La relación que tiene ella con mi hermana es un poco confusa. A veces, suelen hacer todo juntas, pero en otras ocasiones parece que no son capaces de estar en la misma página ni por un segundo. Tal vez Antonia es la hermana que nunca tuvo, porque, de cierta forma, parece que son la una para la otra. Una verdadera amistad.

Sin embargo, lo que más me sorprendía de todo eso es que Antonia seguía comportándose como si tuviera alguna oportunidad conmigo, y no es así. Es muy osado de su parte pensar que, después de todo lo que hizo, voy a aceptarla porqué sí. De hecho, ahora que conocí a Carla, creo que ni siquiera tiene oportunidad de ser mi amiga, no con eso que acaba de hacer. Está perdida.

“No vas a lograr que Ignacio te acepte de nuevo... no cuando te comportas como una loca, Antonia... si pretendes ganártelo así tu...”, abordó Josefa.

“Josefa...” reclamó de repente Antonia, como si quisiera hacerle ver algo importante a mi hermana.

Sin verlas, me hacía el sordo mientras les daba la espalda, y la verdad, tampoco se me hizo muy difícil escucharlas, son muy escandalosas. Pero de repente hicieron silencio; ese mismo que hacemos todos cuando no queremos que alguien nos escuche, pero tampoco dejamos de comunicarnos, como si no hubiera un mejor momento para hablarlo, lo que nos hace más obvios aún. Así que supuse que se acordaron de que estaba ahí con ellas.

Ese momento de paz, me dio tiempo para pensar un poco en mis propios problemas. El más relevante, era que ahora que Carla creía que era novio de Antonia, tal vez no querría hablar más conmigo, pero —y eso me lleva al

segundo más importante— ¿Cómo se supone que íbamos hablar de todos modos? No le pedí su número, ni quedamos para vernos después. Todo lo que sé de ella es que se llama Carla y que no le gustan los dulces de coco. No era suficiente.

De repente, la ansiedad comenzó a apoderarse de mí. De verdad quería volver encontrarme con ella, pero a menos que me cayera encima de nuevo, dudo mucho que logre verla. ¿Qué voy a hacer ahora?

“Iggi...” dijo Antonia, de repente, con una voz dulce e inocente, como si no fuera capaz de romper ni un plato, lo que me hizo molestar por muchas razones, pero más que todo porque me interrumpió.

“¿Qué?” respondí hoscamente.

“Ay... no me muerdas.” Bromeó, como si todo esto fuera un chiste.

“¿Qué quieres, Antonia?, habla de una vez.”

Josefa no dijo ni hizo más nada. De nuevo, puso en práctica su postura neutral.

“Vamos, o sea, no tienes que portarte así conmigo.” Levantó las manos en señal de paz.

“¿Qué no?” exclamé, mientras me levantaba de golpe; creo que me dejé llevar.

“Sí, no tienes qué. Solamente trataba de protegerte.” Que se justificara con esa excusa me hizo molestar más.

¿Cómo es posible que sea tan egoísta?

“¿Vas a seguir con eso?! ¿En serio? Por favor, Antonia... sabes muy bien que lo que yo haga no te incumbe, y mucho menos con quien lo haga.”

“¡Ey!” reclamó, como si tuviera el derecho de hacerlo. “No tienes por qué decir eso. Sabes que me importas y somos...”

“¿Somos qué? ¿Ah? Dime... dime Antonia ¿Qué somos?” Interrumpí. Lentamente estaba dejando que la ira hablara por mí. Es que, cuando se trata de ella, eso es lo que provoca. “Porque hasta donde yo sé, no somos nada desde hace un año...”

Lo peor es que, incluso después de haberle dicho eso, no desistió —sí que es persistente, hay que reconocérselo— ni siquiera dejó de lado su actitud segura o cambió su postura.

“Amor... tu sabes que eso no es definitivo... sabes que los dos merecemos estar juntos y que...” dijo ella.

“Claro que sí, Antonia. Todo esto.” Dibujé un círculo imaginario entre nosotros dos para enfatizar a lo que me refería. “Es definitivo desde que intentaste estrellar mi auto.” Esperé que con eso recordara cuál era su posición en esto.

“Oh, por favor, Iggi... sabes que eso no fue en serio, yo solamente...”

“¿No fue en serio? ¿De verdad? Y las veces que mandabas a tus hermanos matones a seguirme al trabajo porque creías que iba a ser infiel con mi asistente, ¿No fueron en serio tampoco? ¿Ah?”

“Yo...” era obvio que trataba de buscar una excusa, pero no la iba a dejar.

“O la otra vez que también creíste que te había engañado y trataste de suicidarte atravesándote en frente de mi coche, ¿Tampoco fue en serio?... o cuando...”

“Tiene razón, Anto...” mencionó e interrumpió de repente mi hermana.

Tanto Antonia como yo giramos nuestros rostros de golpe para verla.

“No me estás ayudando... Josi...” masculló Antonia.

Y Josefa, lavándose las manos, agregó:

“Solo digo.”

“Gracias...” dije yo, porque dejó de intervenir, y también porque me dio la razón.

Y, girándome de nuevo, agregué, dirigiéndome a Antonia:

“Tus celos exagerados y tu falta de límites fueron lo que arruinaron esta relación, y lo sabes muy bien...”

“Pero Iggi, ya no soy así... te lo juro.”

“¿Antonia, acabas de hacerlo! ¿Cómo vas a decir que ya no eres así?”

Algo me decía que aquella conversación no estaba yendo a ningún lado. Era mentira que eso sucedería, mucho menos con Antonia, quien nunca da su brazo a torcer. Además, yo tenía que lidiar con el asunto sobre Carla, resolver todo esto, hablar con ella y, discutiendo con mi ex, no lo iba a lograr.

Así que marqué un stop, levantando la mano y apartando la mirada con desgana, para luego decir:

“¿Sabes qué?... mejor dejémoslo así. Sencillamente no puedo con esto.”

“Pero Iggi...” insistió ella.

“No, Antonia, no... olvídale, no te voy a dar el placer...” Terminé mi argumento recogiendo mi camisa, mis zapatos, mi sombrero, mis lentes y dándome la vuelta para marcharme.

“Iggi, amor... no te vayas.” Siguió ella.

Pero yo no me detuve. En lo que empecé a caminar, lentamente se fue desapareciendo esa ansiedad e impotencia que me había causado discutir con Antonia; esperaba que el tiempo y la distancia resolvieran este asunto, porque yo no iba a seguir discutiendo.

“¡Iggi!” escuché que gritó.

“Ya, déjalo ir... cálmate.” Escuche también a mi hermana, quien ahora comenzó a ser la roca de Antonia.

Y, luego de unos cuantos pasos, dejé de escucharlas a las dos. Fue bueno, la verdad. Ya no había nada en ese día que pudiera arruinar más mi paz porque no estaría rodeado de emociones tóxicas, pero, mientras caminaba por las calles de aquella urbe, con las manos en los bolsillos de mi traje de baño, y mirando al suelo, Carla invadió mis pensamientos otra vez.

“¿En verdad crees que soy hermosa?” recordé cuando lo dijo, al mismo tiempo en que apareció ante mí la imagen de su mejilla temblorosa y desesperada por dejar mostrar su sonrisa.

Claro que pienso que es hermosa. Tal vez sea mentira que no haya visto ninguna mujer así de atractiva, pero ella es especial porque sí. Por mi parte, yo seguía caminando y evadiendo a las personas pensando alguna forma de encontrarme de nuevo con ella, pero ¿Cómo le iba a hacer para que congeniáramos de nuevo? ¿Dónde la iba a encontrar?

Y, en ese momento, me golpeó como un rayo.

“La playa” exclamé, levantando la mirada y dándome cuenta que ya estaba a punto de llegar al hotel.

“La playa”, repetí, pero esta vez con más calma.

Al instante se me ocurrió que si iba a la playa podría encontrarme con ella, porque, total, ella dijo:

“[...] todos los días vendo dulces en esta misma playa.”

Así que, basándome en eso, la solución era más que obvia. Entré al hotel y el encargado me recibió como siempre.

“Señor Ignacio, ¿Cómo estuvo la playa? ¿Todo bien?” comenzó a hablar, pero mi mente estaba en otro lado.

Yo maquinaba alguna forma de encontrarla ese mismo día, a pesar de que no fuera muy probable.

“Sí, sí...” respondía yo tratando de llegar lo más rápido a mi habitación.

“¿Y la señorita Josefa? ¿Volverá pronto?” preguntó el encargado del hotel.

Yo no dejaba de caminar al elevador ni él de seguirme para continuar haciéndome preguntas.

“Supongo... pero no sé cuándo.”

“Qué bueno...”

Por un momento se calló, pero solo duró eso: un momento.

“Y ¿Se quedará para el almuerzo, señor?” Se me quedó viendo en lo que entré al elevador, como si no pudiera cruzar porque se trataba de un campo de fuerza.

“No lo sé, cualquier cosa yo llamo.” Respondí, mirándolo al fin a los ojos y siendo lo más educado que la paciencia me dejaba ser, aunque tampoco lo traté mal. No, yo no le hago eso a mis empleados.

“Está bien, señor. ¿Desea algo más?” Colocó la mano en medio de las dos puertas para evitar que se cerraran.

Negué y él me dejó ir. El resto del día la pasé en mi cuarto tratando de encontrarla por alguna red social esperando poder tener tanta suerte como para dar con la Carla que estaba buscando. Desgraciadamente no lo logré, pero no por eso me rendí. Al día siguiente, llegué a la playa a primera hora. La anticipación me estuvo matando durante la noche y no me dejó dormir. Por horas estuve pensando en qué le diría, en lo que resultaría de nuestra

conversación y de lo mucho que tendríamos en común una vez resolviéramos el asunto con el malentendido que Antonia ocasionó.

Estaba realmente emocionado. Aparqué mi coche cerca de la arena en donde podía ver quienes llegaban. Tomé como punto de partida la esquina desde la cual desapareció ayer, suponiendo que por ahí siempre entraba todos los días —no muy lejos del lugar en que nos conocimos— y esperé. Ciertamente había muchos puntos de acceso a la playa y era poco probable que los pudiera abarcar todos tan solo con mi vista, así que simplemente decidí arriesgarme a que, por alguna casualidad, tuviera una rutina.

Me imaginaba diciéndole algo como:

“¿En cuánto tiene los dulces, señora?”

Y sorprenderla de la nada con tanta seriedad que se le olvidaría de inmediato el por qué estaba molesta conmigo —porque asumo que todavía no lo ha olvidado—, me saludaría con naturalidad y tendríamos una gran conversación, tratando de terminar lo que no pudimos ayer. En el peor de los casos, me insultará de nuevo y puede que esta vez no será tan amable como la última.

Me perdí en mis propios pensamientos, tratando de imaginarme el mejor escenario en donde me la encontraría. Pero también pensé en la posibilidad de no hacerlo ya que ¿Qué tal si no volvía a esa playa?

Pero, mis preocupaciones se disiparon en lo que un grito familiar me tomó por sorpresa:

“Dulces de coco, compre sus dulces de coco.”

Como un rayo, salí de mi coche y me acomodé el sombrero. Tenía que verme espectacular para ella, porque, después de todo no importa si es la primera o la segunda, lo que importa es dar una buena impresión y ya. El corazón me palpitaba a millón mientras que daba pequeños saltos por la arena caliente dado que mis pies fríos aún no se acostumbraban al cambio de temperatura — estuve unas dos horas sentado en mi coche con el aire acondicionado encendido—, pero más que todo porque así podría llegar más rápido hasta donde estaba ella.

Y con un nudo en la garganta y la sonrisa temblándome en el rostro, dije, casi ahogándome.

“¿En cuánto los dulces?”

A la primera no me escuchó. De hecho, ni siquiera sé si me salió del todo la voz. Lo intenté de nuevo.

Aclaré mi garganta y dije, acercándome más porque ella siguió caminando:

“¿En cuánto los dulces?” Mi voz no sonó como mi voz, lo que explica por qué no me reconoció de inmediato.

Se dio la vuelta y enterró una rodilla en el suelo para sostener con la otra la bandeja. En ningún momento levantó la mirada para verme, por lo que aún no se daba cuenta de quien se trataba. Parecía un robot actuando automáticamente. Supongo que es una especie de reflejo para ella a este punto de su vida.

Con mucha seriedad, pero como si intentara ser agradable dijo:

“Cada uno cuesta quinientos pe...” Pero se detuvo.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo. No sabía qué esperarme, o si lo que saldría de todo esto sería bueno.

“Ignacio.” Dijo, en un suspiro placentero. “Eres tú.”

Se le dibujó una sonrisa en el rostro y por poco se le cae la bandeja de los dulces de la pierna. Definitivamente fue mucho mejor de lo que me esperaba. Tal vez algún grito o una mirada hosca y fría que me obligaría a suplicar su perdón... bueno, todavía no podía cantar victoria.

“Carla... lo siento,” dije de una vez, sin medir más palabras o perder el tiempo. Aunque las palabras que usé no fueron muy concluyentes así que tampoco ayudaron.

Tan rápido como sonrió, la borró de su rostro.

“¡Hum!... sí.” Se enojó en cuestión de segundos. “Ya veo...”

No sé qué quiso decir con eso, pero no quise preguntarle, tenía que seguir con mi disculpa.

“Lamento que hayas tenido que lidiar con Antonia ayer...” Intenté decir, pero ella me interrumpió al levantarse y alzar la voz.

“¿Quieres decir: tu novia?” Enfatizó reprochándome algo que se escapaba de mis manos.

Sonaba molesta, y puede que eso era lo único que se podía traducir de sus palabras, pero, en sus ojos, se notaba algo más profundo: decepción. Carla cogió su bandeja con firmeza y me dio la espalda, con la frente en alto y los hombros tensos.

“No... es un mal entendido, por eso es que...” intenté defenderme al mismo tiempo en que comencé a seguirla.

“¿Acaso me vas a decir que las cosas entre ustedes no están yendo bien y que están pensando en terminar?” señaló como si se tratara de un matrimonio, lo que me tomó por sorpresa. Me detuve confundido, al ver que, incluso luego de decirlo, no dejó de caminar.

“¿Qué?... no...” respondí, retomando el paso. “Eso no tiene nada que ver...”

Aceleré un poco para poder estar a su lado y poder hablarle, asegurándome de que me pudiera escuchar.

“Antonia y yo...”

Pero en lo que comencé a hablar ella aceleró también, queriendo apartarse de mi cuanto antes. En ese momento me di cuenta que era una persona un tanto obstinada.

“¡Carla, espera!” No me hizo caso. Continuó caminando con la frente en alto, preocupándose por darme la espalda más que por vender sus dulces.

Como vi que no estaba logrando nada buscando su atención de una forma pasiva, me adelanté y me detuve en frente de ella, obligándola a verme.

“Antonia y yo no somos nada.” Aclaré. “No lo hemos sido por más de un año.”

En lo que escuchó mis palabras, dejó caer los hombros y su mirada cambio para bien. Vi mi oportunidad, ahora tenía su atención.

“Sí”, aseveré. “Eso es lo que trataba de decirte. Ella no es nada mío... tal vez hubo un tiempo en que lo fuimos sí...” divagué, “pero ya no, hace mucho tiempo,” e hice el gesto con la mano de que quedó en el pasado, “que dejamos de tratarnos como pareja...”

Luego recordé algo importante.

“No bueno, o por lo menos yo lo hice”, agregué, torciendo los ojos para demostrarle que tampoco soporto a Antonia.

“¿Entonces por qué te dijo amor y todo eso?” dijo, lo que me parece una pregunta válida a la que todavía no le encuentro respuesta.

“Bueno... no sé cómo decirte el por qué sin que suene ofensivo...” Bajé la mirada y me llevé la mano a la cabeza tratando de pensar una mejor forma para decirlo.

Carla hizo como si me hubiera entendido y agregó:

“Ah, ya... está loca.”

Bueno, no lo dije yo.

“Supongo que es una forma simple de ponerlo... sí, puede ser.” Reconocí, a pesar de que trataba de no ser ofensivo al referirme de ella.

A pesar de todo, Carla se lo tomó mejor de lo que esperaba.

“Entonces... tienes una ex novia loca que cree que puede venir a ahuyentar a cualquier mujer que se te acerque... ¿No es así?”

“Sí... no suena tan bien cuando lo dices en voz alta...”

De repente, resopló una risa exagerada.

“¡Oh no! Claro, porque si no lo digo, no se ve tan malo después de todo.” Hiperbolizó, como si la estuviera desfigurando, pero, la verdad es que Carla tenía razón.

Levanté ambas manos en el aire para demostrarle que daba la batalla por pérdida, lo que se tomó con mucho entusiasmo, al sonreír y levantar el mentón con orgullo.

“Vale, vale... está bien.” Agregué.

“Sí, porque la verdad no sé qué sería de ella si no estuvieras para defenderla.” Dijo y después resopló.

“Sí... bueno. La verdad es que no sé.” Bajé la cabeza.

Luego de eso, hubo un silencio incómodo entre los dos que me hizo recordar que estábamos parados en el medio de la playa, bajo el sol, dejando que la arena nos quemase los pies. En cuanto a ella, parecía no molestarle, pero, eso conmigo no iba. Sin embargo, no era como que quería romper el hielo con alguna queja estúpida acerca de lo muy difícil que se me hacía estar mucho tiempo pisando la arena caliente. Tú sabes, «Las apariencias».

“Y... este...” Ella rompió el hielo. “¿Qué vas a hacer ahora?”

Parecía interesada, y eso me animó un poco. Levanté la mirada y sonreí.

“Bueno, como no sabía qué tan mal te habías tomado lo de ayer... y cuando llegó Antonia no pudimos terminar de hablar... no sé, se me ocurrió que tal vez podríamos continuar con lo de comprarte todos los dulces.”

De la nada, como si hubiera pasado un interruptor, la buena cara se le borró, sus hombros se tensaron de nuevo, su mirada me evadió como si se tratara de una imagen desagradable y retomó su paso firme y seguro mientras se alejaba de mí. Todo eso me tomó por sorpresa.

“¿Y ahora qué hice?” Dije, pero al parecer estaba hablando solo.

## Capítulo 5: Carla

Verlo de nuevo me hizo experimentar un sinfín de sensaciones extrañas para mí. Claro no es como que esté diciendo que los sentimientos naturalmente humanos no sean lo mío. Lo que trato de decir es que, todas juntas, no eran algo que me sucediera todo el tiempo. Su voz, al principio no me pareció familiar, no entiendo por qué, pero el asunto es que, por un segundo, me convencí de que iba a venderle un dulce a alguien, apenas empezando el día.

Sin embargo, la sorpresa no fue tan desagradable después de todo.

“Ignacio.” Dije, suspirando como si su presencia me quitara el aire —aunque creo que en verdad lo hizo—, “Eres tú.”

De inmediato, me sentí como una tonta al decir eso. O sea, es obvio que es él ¿Qué otro Ignacio con la misma cara que la suya conozco? Sin embargo, no dejé de sonreír mientras veía esos hermosos ojos azules. Pero, repentinamente, y como si todo lo malo regresara a mí, me recordó por qué dejamos de hablar el día anterior.

En lo que trató de disculparse simplemente me retiré, dándole la espalda para evitar escucharlo. Yo no iba a tolerar que un infiel mentiroso viniera a decirme que soy hermosa cuando está saliendo con otra chica que, además, es una grosera engreída. Pero él no se detuvo. Continuó insistiendo y yo resalté mi punto con un argumento muy lógico, el que, por cierto, pareció que no fue suficiente.

Él no dejaba de seguirme y de intentar excusarse, hasta que, poniéndose en medio de mi camino, me miró a los ojos y me dijo:

“Antonia y yo no somos nada.” Aseguró. “No lo hemos sido por más de un año.”

Y en lo que dijo eso, le creí de inmediato y sentí cómo el mundo se me iluminaba de nuevo. Entonces, según lo que me dijo, no era su novia, de hecho, no eran nada, lo que quería decir que él estaba libre para mí... —y fue ahí cuando hice una pausa mental—: ¿Cómo que para mí?

Por un momento, comencé a imaginar cosas imposibles con respecto a Ignacio.

Es tonto porque, por muy interesado que él esté de mí, o por muy insistente y acosador que sea, no va a cambiar el hecho de que no podemos estar juntos. Además, ya pasé por esto toda la noche como para tener que revivirlo ahora. Aunque, trayéndome de nuevo a la realidad, siguió explicándome todo lo que pasó.

En resumen, me dijo que su ex novia era una loca y yo terminé ganando la discusión. Y, para ser honesta, todo iba de maravilla hasta ahí. Parecía que estábamos comenzando de nuevo con el pie indicado, que estábamos en la misma página, preparándonos para conversar sobre cosas interesantes y ¿Quién sabe? Tal vez hasta podríamos intentar algo; no era necesario tener una relación formal, después de todo, no era como que «fuera seguro» ¿Me explico? Aunque no por eso tiene que ser aburrido ¿Verdad?

Pero, de la nada, me recordó el verdadero motivo por el cual estaba en aquella playa. Dijo algo más o menos como que: «Déjame comprarte todos los dulces esta vez sí», lo que la verdad me hizo enojar.

Ahora, tras el suceso de todo eso, estoy aquí, en esta playa, pensando en mis problemas, luego de pasar toda la noche quejándome de estar encerrada en esta realidad, y después de haber discutido con mi madre por llegar a casa sin los dulces ni el dinero. ¿En serio me iba a decir eso? Pues, yo, tan furiosa como siempre, le di la espalda y seguí caminando.

El trabajo era lo que realmente importaba; conseguir vender los dulces era lo que me obligaba a levantarme todos los días, no el tropezarme con algún millonario que me fuera a resolver la vida. ¡No, señor! Yo no soy así. Claro que no. Y que él no lo entendiera, hacía que esos perfectos ojos azules —no que fuera el único atributo superficialmente hermoso que tenía— dejaran de ser interesantes.

Pero es que hay que entender algo, la vida no siempre es fácil, y no puedo obligarme a creer que las cosas se resolverán así cómo así y repetir los mismos errores de mi madre. Aunque, ya que lo menciono, lo bueno fue que no le dije a mi mamá que alguien se ofreció a pagármelos todo, creo que, si lo hubiera hecho, me habría obligado a devolverme y aceptar su estúpida propuesta.

“Carla, espera.” Me detuvo Ignacio de nuevo, esta vez, colocando su mano en mi hombro.

“¿Qué quieres, Ignacio? Ya te dije que no voy a dejar que me compres todos los dulces.”

“Pero no es tan importante, sería lo mismo que muchas personas te la compren...” Insistió.

En definitiva, estaba realmente convencido que yo era así de fácil. Lo voy a sorprender.

“Pues yo no creo que sería lo mismo.” Objeté, evitándolo y retomando mi paso.

“Oh, vamos, no tienes por qué ser así.” Se me adelantó de nuevo, para detenerme. “No me vas a decir que no te gustaría que lo hiciera... ¿No dijiste que no te gustaban los dulces de coco?”

No encontré sentido en sus palabras, por lo que le miré a los ojos y se lo dije.

“¿Y eso que demonios tiene que ver? No porque no me guste algo quiere decir que me deje comprar así de fácil.” Lo evadí de nuevo y continué caminando; no dejaría que él se interpusiera en mi camino.

Pese a todo eso, no estaba promocionando mi producto. Necesitaba vender lo que perdí ayer y la verdad no sé cómo voy a recuperar la inversión. Le propuse a mi madre doblarles el precio; tiene sentido si lo piensas bien, pero se negó. Tengo que pensar en algo.

“¡Oye, vamos!, tienes que dejarme ayudarte.” Gritó Ignacio a mis espaldas.

No quería siquiera considerarlo. Sí, ciertamente podría ser de mucha ayuda y ¡Hasta les podría subir el precio!, y no cabe duda de que de seguro eso no le afectaría para nada, además que lograría quitármelo de encima por muy a pesar que me gustara verlo. Pero no estaría correcto. No puedo simplemente dejar que suceda, que mis problemas se resolvieran así sin haberme esforzado, sin haber aprendido nada. Sin embargo ¿Cuál es la lección aquí?

Pero, en medio de todos mis pensamientos, de repente lo escucho decir, entre resignado y cansado:

“Está bien.”

¿Está bien qué? ¿Qué quiere decir con eso?, esas dos preguntas —junto a su «está bien»— fueron más que suficiente para que me detuviera y diese la vuelta.

“¿Qué está bien?” expresé mi curiosidad.

“Qué está bien...” afirmó.

“Aja...” dije, desesperándome por saber qué quería decirme.

Bajó la mirada.

“No te los voy a comprar... pero...” de repente, vaciló, como si lo que estuviera a punto de decir se hubiera trancado en su garganta, “pero de verdad quiero ayudarte.”

Y al levantarla, se vieron sus hermosos ojos azules comportándose como dos grandes piedras preciosas; brillaban y me hicieron sentir de muchas maneras. Con esa carta en mano, agregó:

“Pero no sé cómo hacerlo.”

Siento que nada más con eso me ganó. En definitiva, no iba a aceptar que comprara mis dulces, pero ahora que lo sacaba a relucir, me daba la impresión de que debía aceptar su ayuda, cualquiera que fuere. En ese instante me quedé muda. ¿Qué le puedo decir? ¿Cómo voy a ayudarlo? No puedo simplemente permitir ciertas cosas... necesitaba una idea, así que empecé a dejar que mi cabeza funcionara por sí sola.

“Podrías...” dejé salir, pero sin saber exactamente con qué acompañarlo.

Ignacio no apartó su hermosa mirada de mí, estaba atento a lo que iba a decir.

“Este... no sé...” divagué porque no sabía la respuesta.

No es como que pudiera hacer que él los vendiera por mí así que...

“¡Ya sé!”

Ignacio se sorprendió, abrió ambos ojos de más y sonrió, aun sin saber qué estaba a punto de decir.

“Podrías ayudarme a venderlos.” Propuse.

“¿Cómo así?” vaciló, “no entiendo.”

Por alguna extraña razón eso me hizo sonreír, llenándome de cierta dicha que no sé cómo explicar.

“Bueno, o sea... que puedes ayudarme a venderlos... acompañarme a hacerlo ¿Me entiendes?” traté de explicarlo.

“Ah... claro. Sí.” Asintió lentamente y de manera exagerada con la cabeza.  
“Sí... me parece un plan sensato.”

“¿Te gusta entonces?” pregunté emocionada.

“Sí... me gusta.”

Ambos nos sonreímos. Por alguna razón me sentí satisfecha, realizada; no lo sé. Y me daba la impresión de que él también. De repente, agregándole más emoción al ambiente, dio un aplauso y se calentó las palmas de las manos, preparándose para la acción.

“Empecemos de una vez.” Se notaba su entusiasmo, y eso me emocionó aún más.

Encontré sorprendente que hubiera aceptado que no quería venderle todos los dulces pero que, aun así, no cambiara de parecer con respecto a lo que quería lograr: ayudarme. Eso decía mucho de él. Acto seguido, empezamos a caminar por la playa. Me di cuenta que estaba un poco lejos de su habitad. Pese que al principio solo parecía que le dolían los pies de tanto caminar en la arena, — tal vez porque no tenía los callos necesarios para soportar el calor— no borró de su rostro aquella sonrisa encantadora que me amenizó el paseo.

Se me hizo difícil no ver que eso de caminar por la playa, no parecía lo suyo: dejar que el sol te abrigue de tal forma por tanto tiempo, esperaba que alguien nos llamé porque la única forma de vender es que, de verdad, a alguna persona le guste el producto, a veces puede ser desalentador, pero —y es lo que de verdad me encantó ver de él en ese momento—, parecía que lo estaba disfrutando, llegando incluso a ofrecerse a hablar con las personas para mejorar las ventas.

“¿Le gustaría unos cinco dulces de coco por dos mil quinientos pesos?” le dijo a uno de nuestros potenciales clientes, tan de repente que sentí que no vendería nada.

Pensé: «Este no sabe nada del negocio» pero, él estaba seguro de querer demostrarme algo.

Aunque, de todos modos, quería ver qué hacía. Sus palabras exactas antes de acercarse a aquella señora fueron: «Pero lo que queremos es que actúen bajo el principio de la reciprocidad. Queremos que nos deban algo o eso crean.» No parecía ser una mujer comprensiva

Mientras caminábamos y antes de abordar a la señora, la conversación fue así:  
“No todo es sobre la oferta y la demanda.” explicó. “Porque a veces no es cuestión de atender a sus necesidades, sino también, a veces, de persuadirlos. ¿Me explico?”

Yo simplemente asentí; entendía cierta parte de su punto, pero no a qué quería llegar.

“Aja, pero si los persuades estarías manipulándolos.”

Él se rio como si esperara que dijera eso.

“Oh, no, no es eso. En parte funciona igual, pero no lo es.”

Con esas palabras me hizo perder.

“Si los persuado, estoy tratando que tanto esa persona, como yo, ganemos...”

“Entonces ¿Y si los manipulas?”

“Pues solamente estoy ganando yo.” Y sonrió de forma picara. No sé por qué, pero me gustó.

“Ok...” dije, alargando el sonido de esa palabra porque sí, lo había entendido, pero ¿Entonces qué?

“¿Qué no entiendes?” Preguntó él.

“Pues que no sé qué van a ganar ellos comiéndose mis dulces.”

“¿No son buenos?” acreditó.

“Son buenísimos...” corroboré.

“Entonces, le estaríamos dando a probar algo espectacular, y esa es la ganancia de ellos. Disfrutan, nosotros tenemos dinero”.

“Aja...” le seguí yo.

“La idea de vender ciertas cosas, radica en la persuasión. Podemos persuadirlos haciendo varias cosas...” agregó. “Pero lo que queremos es que actúen bajo el principio de la reciprocidad. Queremos piensen que nos deben algo y así vendérselos.”

“Aja, sí... pero todo eso no sería de todos modos engañarlos” traté de resumirlo.

“No, porque estamos dándole la oportunidad de elegir, no mediante el engaño, sino mediante el uso de técnicas de persuasión. Queremos algo y queremos que ellos nos ayuden; en el proceso, les ayudamos a ellos. ¿Me entiendes?”

Ignacio se veía realmente feliz hablando. Estaba sonriendo, radiante, entusiasmado. Parecía que realmente le gustaba lo que estaba haciendo, que lo disfrutaba.

“No mucho.”

Ignacio resolló riendo —como si no pudiera creer que simplemente no entendía—, miró a su alrededor, detuvo su mirada en la mujer con la que ahora está hablando y, regresándola a mí, agregó:

“Déjame y te muestro.”

Entonces, no es sino hasta que lo escucho hablar, que entiendo un poco lo que quiere decir.

“Buenos días, mi estimada, mucho gusto.”

A lo que ella, levantándose los lentes de sol y apartando su mirada del horizonte, dijo:

“Buenos días, joven.”

“No sé si la estoy molestando...” dijo sonriendo, mientras se arrodillaba en frente de ella. “disculpe si lo hago, pero, me pregunto si...” aclaró su garganta y agregó: “¿Le gusta usted los dulces de coco?”

“Este... sí ¿Por?” respondió, pero sin dejar de verlo.

“No bueno, me acerco porque nosotros...” se señala a sí mismo y a mí, “nos dedicamos a vender dulces de coco. Y la verdad, no somos muy buenos haciéndolo...”

¿Qué le sucede? ¿Por qué dice eso?

“Es la verdad, pero no por eso quiere decir que no lo estamos intentando...” agregó. “Somos un negocio realmente pequeño, pero nos esforzamos tanto como una gran empresa, pensamos en grande queremos llegar al consumidor... y bueno, nos interesaría ofrecerle unos dulces.” Aclaró su garganta. “¿Le gustaría escuchar mi oferta?”

Su postura era tan firme, su mirada tan interesante, no estaba demostrando

ningún tipo de falsedad, se veía tan auténtico, aunque, la verdad, tampoco era como que estaba mintiendo. Nada de lo que dijo era mentira, así que, tal vez, sabía lo que hacía. ¿Será vendedor?

“Cuéntame...”

“¿Le gustaría unos cinco dulces de coco por dos mil quinientos pesos?”

La mujer se rio como si fuera una broma y respondió con un rotundo:

“¿Qué?! No joven. Pero gracias de todos modos.” Y se colocó de nuevo los lentes.

Estaba a unos cuantos pasos de ellos, sosteniendo la bandeja lo suficientemente abajo como para que ella pudiera ver el producto, pero, al igual que yo, no podía apartar su mirada de Ignacio. Ignacio dejó caer sus hombros, rindiéndose, pero no se fue. Me pareció que ya tenía que erguirme para irnos, pero en lo que se dio cuenta, me hizo una seña con la mano y me detuvo.

“Bueno, permítame hacerle otra pregunta, antes de irme.”

“Vaya pues...” fue amable, por lo menos.

No eran solo sus ojos y su atractivo, tenía algo en su forma de hablar, en su tono de voz, en las palabras que usaba que lo hacía irresistible.

“¿Usted apoya a las personas que quieren emprender como nosotros?”

“Sí joven. Pienso que todos deben tener la oportunidad de hacer crecer sus negocios, pero no creo que pueda comprar esos cinco dulces, es mucho, tampoco me gustan tanto, la verdad...” trató de excusarse.

“Bueno, este y ¿Qué tal si solo me compra uno por quinientos pesos?”

La señora, se le quedó viendo con la sonrisa congelada, sin decir nada, sin moverse, sin siquiera flaquear un poco o parpadear demasiado. Ambos estaban en silencio, viendo a los ojos como si estuvieran teniendo una discusión mental, silenciosa, en donde se estaba definiendo el destino del mundo, de todo... tan solo para saber quién tenía la razón y si se compraría el dulce de coco. ¿Qué estaba sucediendo en su cabeza?

“Está bien. Dame uno.”

No esperaba acercarme a la señora para entregarle un dulce, pero, por alguna

razón lo hizo. No sabía cómo, pero lo logró. En silencio, terminé de acercarme a ellos y esperé que eligiera, lo que me hizo sentir muy bien. ¡La primera compra del día! Y mejor aún, La primera compra en la que me ayudaba Ignacio.

En lo que nos separamos lo suficiente, le pregunté cómo lo hizo.

Su explicación fue un tanto más simple. Me dijo que, una vez que las personas se nos entrega algo, entonces, tendemos a sentir que debemos algo a cambio por eso que nos dieron, y que, si se hace de la forma adecuada, se puede conseguir lo que sea. Pero, en esta situación, él no le había dado nada en un principio, a lo que me respondió:

“Pero le hice pensar que al haberme dado ese «no» por respuesta la primera vez, entonces me debía ese sí. ¿Entiendes?”

“Claro...” le dije, entendiendo por fin.

“Yo me vendí, le dije la verdad, me abrí a ella, le demostré mis debilidades y creé empatía. Entonces, cuando se negó a mi propuesta inicial, se sintió culpable y fue ahí cuando la otra sonó mejor.”

Me parecía increíble que supiera eso, de hecho, no esperaba que supiera mucho; no lo sé, tal vez porque siento que no lo conozco, no puedo decir que es inteligente ¿Me explico? Pero, lentamente me fui enterando ese día que sí lo fue.

Caminamos el resto de la mañana vendiendo del mismo modo que hicimos con la señora. Ignacio conseguía que terminaran comprando y yo estaba agradecida con él. Las ventas se dispararon, para ser honesta, nunca había vendido tanto tan rápido. Una que otra vez lo intenté yo, diciéndoles más o menos las mismas cosas que él dijo, y con eso conseguí vender uno o dos menos que él. ¡Pero vendí! Y estaba realmente agradecida.

El resto del día, lo pasamos sentados en la arena, viendo el mar. Ni él ni yo teníamos trajes de baño ni cambio de ropa, por lo que, no teníamos mucha opción.

“Entonces, eres un vendedor muy exitoso.” Saqué a relucir eso que me había estado preguntando todo el día, y en lo que vi mi oportunidad, la dije.

Sí, mi oportunidad fue luego de una conversación larga sobre la forma

correcta de comerse un cangrejo.

“¿Qué? ¿Yo?” Rio. “No, nada que ver”

Me tomó por sorpresa.

“¿Entonces qué fue todo eso que hiciste hoy? Parecía que eras un gran vendedor.”

Rio de nuevo, pero con cierta sensación de alivio.

“No bueno, no del todo.” Confesó.

“¿Entonces qué? Creí que te habías hecho millonario porque sabes vender.” Le dije, saltándome todos los preámbulos de confianza.

De hecho, él notó que fue un poco directo, porque le tomó por sorpresa.

“¡Ou!” exclamó con supuesta sorpresa. Rio con cierta ironía nasal. “¿Cómo sabes que soy millonario?”

“No sé, al principio creí que solo tenías un poco más de dinero, pero después de verte vender, pensé que podrías ser millonario por la forma en que lo hacías y, también por lo mucho que sabes de comer crustáceos... No todos podemos pagar esas comidas ¿Sabes?” Comenté. “Además, me lo acabas de decir.” Agregué con orgullo. Él no es el único que sabe persuadir.

Suspiró y sonrió un poco.

“Bueno, sí soy millonario, pero no por saber vender.”

“¿Entonces por qué lo eres?” estaba legítimamente confundida y curiosa.

Aunque, para ser honesta nunca creí que llegaría el día que haría una pregunta así: «Por qué eres millonario», no suena como algo que le dirías a alguien un martes cualquiera.

“Bueno, soy dueño de uno de los hoteles que están por aquí cerca.”

Vaya, por lo menos si hubiera sido vendedor, habría sonado un poco más humilde. Ignacio se giró un poco y agregó.

“Tengo otro en los Estados Unidos, otro en España, Inglaterra...” puntualizó, esos y otros tres hoteles a lo ancho del mundo. “Y bueno, esos son todos...”

“Vaya” dije, realmente sorprendida. O ¿Es que acaso eso no es sorprendente?

“Sí bueno, es el negocio de la familia...” agregó.

“¿Entonces son de tus padres, y eso?”

“No todos. Mi padre tiene otras cosas a su nombre, mi madre otras, mi hermana también... y así pues...”

“Entiendo, así que lo tuyo son los hoteles.”

“Sí, así tengo una excusa para no estar en el mismo lugar y, al mismo tiempo, dedicarme al trabajo.”

“Interesante...” preconicé, viéndolo a él para luego fijarme en el atardecer.

“Me gusta viajar mucho, es lo que hago. Y bueno, esta vez, pensé en vacacionar por aquí...” repentinamente bajó el tono de voz, y desdeñó: “O eso pensé que sería hasta que a Josefa se le ocurrió traer a...”

“A tu ex...” continué.

“Sí... esa misma.”

Ambos dejamos de hablar por unos segundos, como si la mera mención de esa degenerada, nos hiciera molestar. Era un poco incómodo hablar sobre la ex del sujeto que te gusta, pero, no podía hacer nada, se metió en lo nuestro casi como un rayo: de la nada e increíblemente rápido.

“Entonces es tu ex...” saqué a relucir. No sé por qué, la verdad. Lo miré para preguntarle: “¿Y eso por qué?”

“Bueno...” Ignacio chasqueó los dientes con hastío, y bajó la mirada. “Es una larga historia...” levantó el rostro, “pero, en resumen, terminamos porque ella era; ¿Cómo lo digo?”

“Ah, ya... porque está loca.” Volví a interrumpirlo para aclarar sus ideas.

Es curioso cómo le costaba decirlo por sí mismo.

“¿Por qué no puedes llamarla por lo que es?” interrogué.

“Bueno, es que no está loca del todo, solamente es un poco extremista.”

“¿Un poco?” exclamé. Me pregunto que será «completamente extremista» para él.

“Sí bueno” y volvió a bajar la mirada. “No me gusta hablar mal de ella porque por mucho tiempo la defendí. Y bueno, llegué a conocerla un poco.”

De repente, comenzó a abrirse a mí.

“Y bueno” continuó, “estaba convencido de que estaría toda la vida con ella, además que, lejos de todos esos arranques de celos o sus acusaciones absurdas, siempre estuvo para mí y me ayudó; nunca pidió nada y me apoyó en todo.”

La forma en que comenzó a hablar de ella me hirvió los celos. La peor parte es que no podía decirle nada; primero, porque al parecer su ex era terrible en eso, y segundo ¡Por que no éramos nada! Sin embargo, no pude evitar sentirlos. Estaba reconociendo que de verdad la quería.

“Y...” tenía que decirlo. “¿Aun la quieres?”

Ignacio, levantó la mirada exaltado, como si hubiera dicho algo impronunciado. Su semblante cambió, su mirada se llenó de cierto orgullo y, en cuestión de segundos, amenizó el ambiente pesado que había pintado sobre nosotros. Dijo riendo:

“Nada que ver... eso fue ya hace más de un año...” enfatizó. “Hace tiempo que dejé de pensar en ella de esa forma.”

Me alegró escucharlo. Luego de otro silencio que interrumpió nuestra conversación, esta vez fue su turno de hacer las preguntas.

“Y tú qué... ¿A qué te dedicas? Aparte de vender dulces.”

Por todo sonreía.

“Bueno, estudio turismo no muy lejos de aquí.” Agregué.

“Interesante...” estimó. “¿Y qué más?” Por lo visto, no había alimentado su sed de conocerme.

“Bueno, vivo sola con mi madre; soy hija única. Salgo todos los días a vender dulces y estoy intentando terminar, esta vez sí, la universidad para poder dejar de hacer esto y tener un trabajo que me dé más dinero.”

De todo lo que dije, Ignacio pareció escuchar una sola cosa.

“¿Esta vez sí?” rio confundido. “¿Cuánto tiempo llevas estudiando?”

Bajé los hombros, reconociendo mi propia decepción.

“Unos nueve años.”

“¡Demonios! ¿Por qué tanto?” exclamó.

“Bueno, es que he tenido que pararla un poco por eso de ayudar a mi madre y...”

“Ya veo.” Me detuvo. “Entiendo...”

“Sí. Bueno.” Por un segundo, creí que había terminado con la ronda de preguntas.

“¿Y qué más? ¿Qué otra cosa me dices de ti? ¿Mascotas? ¿Novios? ¿Hobbies?”

Suspiré un tanto sonriente, tratando de pensar por dónde empezar.

“Sí, tengo mascota. Un ave hermosa.” Hice una pausa para enfatizar que: “por cierto, me encantan las aves... necesitaba decírtelo.”

“Tranquila, está bien.” Respondió, encontrándolo gracioso.

“Sí. Más te vale.” Le advertí, entre bromeando y diciéndoselo en serio.

“Bueno, no, no tengo novios...” agregué, pensando que tal vez eso era lo único que quería saber, “no desde hace mucho. Y hobbies... no sé, creo que no. Trabajar, supongo.”

Esta vez, las preguntas sí se terminaron. Tal vez había atendido a sus necesidades, porque, de un momento a otro, volvimos a caer en el silencio contemplativo del atardecer. Por ese breve instante, me sentía a gusto; a su lado, me daba la impresión de que estábamos en el lugar y momento indicado. Hasta que, de la nada, Ignacio retomó una conversación que ya hasta se me había olvidado y, dándose la vuelta, dijo:

“De hecho, creo que desde aquí se puede ver.”

Ya va, ¿Ver qué? Y antes de que se lo preguntara, él mismo se explicó:

“Mi hotel...”

Inmediatamente me di la vuelta, entre confundida por lo repentino que fue, e interesada por saberlo. Se veían varios edificios ¿Cuál era?

“Ese que está ahí...” Se acercó demasiado a mi mejilla, que... sé por qué lo hizo, o sea, tiene sentido si quieres ayudar a alguien a ver algo, pero, ahí mismo las ideas se me borraron de golpe.

No era solo su mejilla, para ser honesta, era el olor y calor que emanaba de su rostro, la forma en que respiró a mi lado, su voz y... ¡Oh sí!, lo cerca que

estaba de su boca, sus labios... No había sido sino hasta ese momento en que me fijé en realidad en ellos —creo porque cuando hablábamos solo veía sus ojos—. Lo tenía al lado, hablándome acerca de cuál edificio era, pero yo no estaba pendiente de eso, los veía de reajo, enamorándome de ellos.

Eran de un rosado suave, gruesos, pero no demasiado, y con una curvatura que daba la impresión de que se convertirían en un corazón, un poco reseco por el sol y la sal en el ambiente. Los tenía tan cerca que, los míos, comenzaron a temblar un poco; sentí un hormigueo que me recorrió la mejilla que él me estaba tocando y llegaba hasta mi barbilla. No sabía qué pensar ni cómo comportarme. Estaba ansiosa por muchas razones y más que todo porque, lejos de saber cómo se veían, necesitaba saber qué tan suaves eran.

En ese instante, me di cuenta que dejó de hablar. Bajó la mano con la que estaba señalando hacia el edificio. En lo que me di cuenta, mi mirada subió hacia sus ojos y ahí estaba él, viéndome de reajo. Nos apartamos un poco, pero no lo suficiente, porque aun sentía la necesidad de comerme sus labios. ¿Qué puedo hacer ahora?

Traté de decir algo, pero en lo que medio moví mi mandíbula para balbucear una palabra, sentí cómo sus dedos tomaron mi mentón y lo apretaron un poco. Grité mentalmente. ¡Ese es el gesto universal para un beso! Y para variar ¡Se estaba acercando! Era obvio lo que quería, ¡Era obvio lo que yo quería!

En ese momento, me vino a la mente la película del seductor. Según, ellos dan el noventa por ciento, y nosotras debemos dar el otro diez. Pero yo no quería dar el diez... yo quería dar el veinte, el treinta, el ciento quince. ¡Me lo quería comer! Mentiría si digo que todo se veía lento, porque, cuando tienes el corazón palpitándote a millón y las manos sudándote como si fueran una bolsa de papel llena de frituras, las cosas pasan de miles de formas menos lento. Sus labios, su rostro cada vez más grande; la playa, el sol, el mar, la arena en nuestros pies...

Me besó.

# Capítulo 6: Josefa

Durante todo el día me pregunté en dónde estaría Ignacio, más que todo porque Antonia, por sí sola, no dejaba de hacerme una y otra vez la misma pregunta. A veces es un poco necia con el tema, del resto no es tan mala persona —lo digo mucho para no molestarme con ella—, la quiero mucho, la verdad. Pero bueno, cuando lo vi llegando al hotel, se notaba que estaba realmente feliz. Él no me había visto, yo acababa de salir del elevador y me fui corriendo hacia una esquina; no es lo mío molestarlo mucho, además, si me lo encontraba como tal, tendría que decirle a Anto, y la verdad no tenía ganas de hacerlo.

“Buenas noches, mi estimado señor Ignacio. ¿Cómo está?” Le preguntó, Esteban, el encargado del hotel.

“Estoy de maravilla.” Respondió Ignacio, realmente reflejando su respuesta.

Su sonrisa se veía desde kilómetros, era obvio que algo bueno le había sucedido.

“Pues se ve muy feliz.” Resaltó Esteban.

“Claro que sí, hombre. Sí qué lo estoy.”

Ignacio no dejaba de caminar en dirección al elevador, por lo que traté de seguirlo lo suficientemente bien para irme ocultando al paso en que él se acercaba.

“Qué bueno, señor, qué bueno... me alegro mucho por usted, es bueno que esté feliz, señor. ¿Pudo resolver el asunto en la playa?”

Ignacio se dio la vuelta y lo miró de frente, ojo a ojo. Lo tomó por los hombros y le dijo con vehemencia:

“Más que eso. De hecho, creo que lo resolví todo.”

Esteban no sabía qué hacer, pero no borraba la sonrisa de su rostro.

“Me alegro, señor.” Repitió, un tanto tenso.

En cuestión de segundos, Ignacio le soltó.

“Sí... creo que de ahora en adelante todo estará mejor.” Exclamó Ignacio.

Pero, justo en ese momento, se dio la vuelta y, como si fuéramos imanes, nuestras miradas se encontraron.

“¡Hermana!” su sonrisa parecía un faro en medio de una tormenta.

Sin pensarlo mucho dejó a Esteban y corrió hasta donde estaba yo. No sabía cómo reaccionar, me sentía descubierta, expuesta, como si me hubieran cogido con las manos en la masa.

“Hermano...” estaba un poco nerviosa.

“¿Cómo estás? ¿Todo bien? ¿Estás disfrutando todo?”

Sí que estaba un poco emocionado, tal vez demasiado.

“Este... sí...” vacilé un poco. “La estoy pasando bien.”

“¿Y Antonia? ¿Todo bien con ella? ¿Ya se calmó?” dijo, sonriendo.

Definitivamente tenía algo extraño. No era normal que él sacara a relucir a Antonia de esa forma, mucho menos tan alegre o tan interesado, como si fuera una persona más. Sí, no era como que le diera un trato especial, pero, no era precisamente el más atento con ella últimamente.

“¿Estás bien?” no pude evitar preguntárselo.

“¡Claro que sí, estoy de maravilla!” No dejaba de sonreír ni de verme completamente realizado.

Así que lo tomé de la mano y lo jalé hasta los sillones que estaban en la espera del lobby. Él me siguió encantado, sin hacer preguntas. Estaba normal, para decir verdad; no estaba en drogas, ni ebrio, ni aturdido, o nada, solamente se encontraba demasiado feliz y, si era real, tenía que saber por qué.

“Ven...” le dije, antes de sentarnos uno al lado del otro en dos sillones individuales. “¿Qué está pasando?”

Él rio como si mi pregunta fuera una acusación y él lo encontrase inaudito.

“¿Qué? ¿Acaso no puedo estar feliz?” sonaba ofendido, pero no se veía como tal.

“No estoy diciendo eso, solamente que me parece raro que estés tan...” sostuve, “y quisiera saber por qué, eso es todo...”

Oculté mi intención de sacarle información entre un honesto toque de

curiosidad. En ese momento, la expresión de su rostro cambió. Dejó de sonreír y su mirada se hizo severa. ¿Qué habré dicho?

“¿Para qué quieres saber?” resopló, irguiéndose y apartándose de mí.

No puedo decir que no me esperaba algo así.

“Ey, ey...” traté de calmarlo, “solamente quiero saber por qué mi hermano está tan feliz, eso es todo” y fingí una sonrisa.

Él levantó la ceja, dudando de mí, lo que me hizo sentir un poco mal. ¿Por qué no me lo dice?

“Vas a ir corriendo a decírselo a Antonia.” Reprochó.

Ya veo, por eso.

“¿Qué?” fingí estar alarmada, no por falsa, sino porque me pareció estúpido no haberlo pensado antes. “¿Por qué piensas que le voy a contar a ella? ¿Qué puedes decirme que yo quiera hacerlo?”

“Bueno, no sé, solo digo. Como ahora no puedo tener una vida normal...” se quejó.

Lo miré con desapruebo, como si fuera mi culpa que ella se portara así.

“Y no me veas así, sabes que es verdad.” Replicó.

Sí, lo era, pero no significaba que tenía que portarse como un idiota al respecto. Sin embargo, Antonia tampoco era muy fácil de soportar, que digamos.

“Pero no puedes esperar que vaya a contarle todo a ella, solo porque es mi mejor amiga y nos contamos todo.” Me contradije.

“¿En serio?” Levantó la ceja con desapruebo.

Yo sabía lo que decía. Así que me defendí.

“Lo sé, lo sé. Pero sabes a qué me refiero. No voy a andar contándole tus secretos. Recuerda que después de todo eres mi hermano.”

Pese a que a veces podía estar eligiendo a Antonia por encima de otras cosas, no puedo negar que la felicidad repentina de mi hermano me daba mucha curiosidad.

“¿Entonces?” insistí. “Además ¿Por qué no quieres que se lo cuente? ¿Qué

podrías decirme que no quieres que ella sepa?”

Todo parecía ser muy raro.

“No, no, eso no... ¿De cuándo acá te importa lo que sepa o no ella?”

Ignacio aclaró su garganta, se acomodó en el sillón como si estuviera preparándose para decir un secreto y se pasó la mano por la barbilla.

“Sí, lo sé... sé que es raro.” Comenzó a contar. “Pero después de lo de ayer, la verdad quiero tenerla lo más alejada de mi vida que sea posible.”

Me hizo sentir un poco mal por mi amiga quien, a pesar de todo, está realmente enamorada de él. No tiene por qué ser tan duro con ella.

“¡Hum!” masculle, entre estar y no de acuerdo. “¿Qué es lo que no quieres que sepa?”

“Me besé con Carla” dijo.

Por un momento, ese nombre no me trajo nada a la mente. ¿Qué se besó con alguien? Eso realmente no me importa, y con respecto a lo de Antonia, la verdad, tengo tiempo diciéndole que se lo espere, total, no son pareja. Pero, en su mirada, se notaba que no era tan simple como un «beso».

“¿Y eso qué?” le dije, pero, lo que realmente debía haber dicho —y dije después de todo—, fue: “¿Qué con esa tal Carla? ¿Quién es?”

No sabía por qué debía importarme.

“Es la chica de la playa a la que Antonia insultó.”

Y fue ahí cuando todo comenzó a cobrar sentido. Desde lo que le dijo Esteban hasta el no querer que Antonia se entere, ha sido suficiente para ayudarme a entender la gravedad de todo este asunto. Ahora sí debía importarme.

“Ah...” fue lo único que pude decir.

Luego de eso, me limité a asentir y a actuar con naturalidad, como si nada hubiera pasado, pero, de cierta forma, estaba hirviendo por dentro. No sé qué parte de mi era la que estaba dominando mis sentimientos, pero estoy segura que no era la que quería apoyar a su hermano. Tras hablar un poco de otras cosas, él se cansó de estar conmigo, se levantó y se fue. Cuando lo hizo, dejé que la noticia me conmocionara como era debido.

“Uy no...” dije, pensando en la chica de la playa. No la recordaba muy bien

tampoco era como que le había prestado tanta atención como lo hizo Antonia.

Sin embargo, por la forma en que mi amiga la describía, no era precisamente la más especial de todas. Así que, lo que me atacó en ese momento el saber que Anto estaba siendo superada por una vendedora de la playa, lo que me preocupó un poco. ¿Mi hermano? ¿Con una de esas?

Yo no soy muy prejuiciosa, pero, dada las circunstancias y debido a que debo tomar partido en este asunto, decidí inclinarme por mi mejor amiga, aunque, pese a todo eso... le hice una promesa no directa a Ignacio; simplemente no podía contárselo a ella. Además, muy amiga y todo, sé muy bien para donde nos llevaría eso y lo que la obligaría a hacer. Una locura, de seguro.

Por lo que, en medio del lobby del hotel de mi hermano, me invadió un poco de culpa. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿A quién debo apoyar más esta vez? ¡Demonios!

# Capítulo 7: Ignacio

Suspiré como un idiota de tan solo recordar sus labios, los cuales, la verdad no esperaba sentir tan pronto. Creo que no había fantaseado tanto con algo como con esos labios, además, no recuerdo siquiera haberlo hecho en realidad, pero, luego de sentirlos, me da la impresión de que toda mi vida ha sido así. Tan suaves, tan increíbles, tan perfectos. Carla definitivamente es el mejor beso que he tenido en toda mi vida.

¡Qué mujer! Su cuerpo. Joder ¿Por qué está tan bien? Sus piernas, su cintura, su cara. Creo que incluso se ve mejor que Antonia, y eso que de seguro no va al gimnasio cuatro días a la semana. Se ve que todo lo suyo es natural. Pero ese beso, ese beso me encendió, me hizo desearla más de lo que podría haberlo hecho con otra. No sé, tal vez es la expectativa, o, como no la conozco, tal vez sea eso. ¿Quién sabe? El asunto es que no puedo simplemente borraréme de la cabeza.

Heme aquí, en mi habitación, comiendo solo y pensando en ella como si se tratara de un asunto sumamente importante. Sí que fue una buena idea venir a este hotel, y yo que pensaba que sería aburrido. Incluso con Antonia y Josefa acompañándome, no esperaba que las cosas salieran tan bien. Pero es que es la coincidencia, de no haber sido por eso, no habría conocido a esta gran mujer.

Carla. Decir su nombre me hace sentir que solo es de ella. Ninguna otra Carla se verá o se sentirá igual; ninguna otra va a idiotizarme como ella lo hace. Es curioso, porque, al besarnos, las palabras se acabaron, y esta Carla dejó de querer hacerme preguntas, de hablar sobre su vida, la mía o su negocio de dulces. No importaba más nada que no fueran nuestros labios.

Parecíamos unos idiotas, como si nunca antes hubiéramos besado a alguien; los novatos. Pero es que era inevitable. No sé cómo explicarlo sin darle tanta cuerda al asunto hasta que termine perdiendo sentido. Aunque de algo sí estoy seguro, de que no hay manera alguna de que pueda olvidarla. Su manera de comerme los labios ¡J-O-D-E-R! los succionaba, los mordía, los hacía suyos como si quisiera arrancármelos; ignoro si esa es su forma de besar o si de verdad me deseaba porque, para ser honesto, me tenía flotando en ese

momento.

“Eres increíble.” Recuerdo que se lo dije luego de que, no sé, estuviéramos como media hora besándonos.

Ella se limpió el borde de los labios con el índice y me miró ardiendo de deseo.

“Me encantas.”

No habíamos dicho nada en todo ese rato más que eso, parecíamos que íbamos a explotar de deseo. Las manos me dolían por querer tocarla, apretarla contra mi cuerpo; se notaba que los dos nos estábamos controlando.

Me dije: «A penas llevamos dos días conociéndonos», tratando de convencerme de que eso era lo más sensato que podía hacer; o sea, tampoco me iba a lanzar a la primera mujer que veía. No iba a repetir el mismo error que con Antonia; primero debía conocerla, sentir que realmente le gustaba y saber en qué me estaba metiendo.

“¿Te puedo ver otra vez?” me preguntó ella, con una mirada muy inocente, pero sin dejar de lado ese flamante deseo que quemaba su ser.

“Sería pecado si no lo hiciéramos.” Le dije, tratando de sonar lo más romántico posible. No sé, a veces me da por querer ser muy elegante y ocurrente.

Ella sonrió como si ya estuviera contando los segundos hasta nuestro próximo encuentro.

“¿Dónde quieres que nos veamos?” Agregué, esperando que diera alguna idea. Su mirada cambió un poco, no supe como tomarlo.

“Bueno, este... no sé.”

“¿No es que querías verme después?”

“Sí... pero no sé cuándo.” Estaba un poco fuera de su elemento, parecía que estaba pensando en muchas cosas a la vez. Quise creer que era eso y no otra cosa.

“¿Entonces qué? Podemos hacerlo en cualquier momento, ¿Sabes?”

“Sí, pero no puedo simplemente dejar de vender mis dulces.” Sacó a relucir, lo cual me pareció un poco adorable y gracioso.

“¡No vale!” reí para calmar sus preocupaciones. “No tienes por qué dejar de vender tus dulces si me ves.”

Traté de explicarle algo, pero ella me interrumpió:

“No es que no pueda venderlos si te veo...” su mirada, se estaba enterrando en mis labios. No parecía querer hablar, no en ese momento. “Sino que no voy a querer hacerlo si...”

Su rostro se fue acercando al mío mientras que terminaba esa oración, hasta que, dejándola a medio paso, comenzó de nuevo a besarme. Yo le seguí las intenciones, tampoco me resistí. Creo que sé que era lo que quería decir después de todo, así que no era tan importante que lo terminara.

Nuestras narices chocaron la una con la otra, nuestros labios parecían una constante de movimientos involuntarios que nos hizo sentir incluso mejor que cuando nos dimos los primeros. Ya sabíamos lo que nos gustaba. No había ningún tipo de traba en lo que hacíamos ¡Parecía que estuviéramos acostumbrados a hacerlo! Era sencillamente perfecto.

Cuando nos dimos el tiempo para hacer una pausa, ella se apartó, suspiró encantada un poco fuerte y luego de aclarar su garganta, agregó:

“Y sí... no sé si pueda resistirme cuando te vea.”

Es gracioso porque no esperas tener ese tipo de conversación con una persona que acabas de conocer. Me reí un poco.

“Si es por mí, no tienes por qué resistirte.” Bromeé, aunque con cierto toque de veracidad.

Ella rio conmigo y compartimos una sonrisa.

“Pero, no, en serio.” Garantizó. “Digamos que nos veamos mañana.” La forma en que lo dijo, parecía más un hecho que una suposición. “Y tenga que hacer otra cosa... bueno, no creo que pueda. ¿Sabes?”

“Mientras que esté contigo, no me importa si estamos besándonos o persuadiendo personas... solo quiero conocerte.” Admití, queriendo que ella se sintiera cómoda conmigo como le fuera posible. “La verdad, solo vine porque quería hablar contigo. Pero ahora que...” E hice un gesto queriendo encerrar en mi punto eso que acababa de pasar, “esto pasó, la verdad solamente quiero descubrir si esto que hay entre los dos es real.” Sonreí y dejé

por terminado mi caso.

Carla parecía que se iba a derretir; las palabras no significan nada si no las acompañas de sentimientos. Ella los percibió y eso me gustó mucho.

“Si lo dices así... está bien.”

Y la conversación —sobre eso— terminó ahí. Luego de eso nos tomamos de la mano y de vez en cuando nos besábamos, o mirábamos cómo, lentamente, el sol se iba acercando al horizonte para poder esconderse. Creo que inconscientemente nos pusimos de acuerdo en esperar hasta el atardecer por dar por terminado ese día en la playa.

Poco a poco siento que la conozco más. Sé que es vendedora de dulces, estudiante de turismo, le gustan las aves, y es hija única. Sí me contó sobre sus sueños y aspiraciones; que deseaba poder emprender como una profesional y así darle a su madre todo lo que siempre ha querido.

Lejos de eso, no me parecía que la conocía del todo, que necesitaba saber más de ella, de sus gustos, de sus sueños, de sus caras mientras duerme o de si canta en la ducha. Pero no importaba, tenía mucho tiempo para averiguarlo; tal vez no solamente este verano, tal vez tendría que irme por un tiempo de nuevo a mi casa, pero no quería olvidarla, ni mucho menos que eso se acabara.

Desde mi relación con Antonia, siento que necesito algo a lo que aferrarme, alguien con quien quiero compartir mis felicidades mis penas; no solamente una amante, o una amiga que pueda darme sexo. Quiero el paquete completo; quiero comprometerme con ella, estar a su lado en todo momento y sentir que me puede llegar a querer tanto como yo pueda llegar a hacerlo.

El resto del día lo pasé extremadamente feliz; traté de contarle a mi hermana hasta que recordé que podría simplemente arruinarlo al decírselo a Antonia. Sé que no debe importarme, pero no quiero que llegue a arruinarlo todo como siempre lo ha hecho. No es novedad que tiende a ser un poco exagerada y extremista. No puedo dejar de creer que llegará el momento en que hará algo para arruinar todo esto simplemente porque piensa que le debo algo, que tenemos que estar juntos a toda costa.

En fin. Luego de pensar un poco acerca de mi vida —cosa que hago mientras como casi siempre—, me levanté de la cama, apagué el televisor al que no le estaba prestando atención y me senté en la mesa en donde tenía mi computador

portátil. Carla me había dado su nombre de perfil para buscarla, lo pude hacer desde el móvil, pero no sé, no es lo mío.

Es triste que no tenga en donde llamarla —si tan solo me hubiera dado su número—, quisiera poder estar hablando con ella en este momento, pero no importa. Carla Noguera. Tardé unos minutos en encontrarla, por fortuna ese filtro de internet que nos encierra a todos en un círculo, me mostró a todas las Carla Noguera que estaban en la zona. Solamente cuatro.

“Es la de la foto de un agapornis.” Dijo.

“¿Agá qué?” Le pregunté confundido.

“Agapornis. Es un ave... es mi bebé. Se llama paco” Aclaró.

No había buscado qué tipo de ave era, pero, de las opciones que me salieron, solamente una tenía un ave en su foto. Ciertamente era realmente lindo y adorable, casi me recuerda a ella. Me limité a entrar a su perfil y buscar sus fotos, no quería que sintiera que la estaba acosando ¿Acaso le voy a enviar la solicitud tan pronto? No, primero quería darle un poco de espacio.

Sin embargo, jamás se iba a dar cuenta ¿Verdad?

Entre buscar si había tenido algún novio, en si estaba saliendo con alguien actualmente o si tenía alguna especie de hobby vergonzoso. Pasé toda la noche viéndola. Su cara, su cuerpo, sus cambios a través de los años. Estaba encantado. Pensaba: «Yo besé a esa mujer», y la imagen de su cuerpo en traje de baño me venía a la mente —porque la vi en una foto—, de sus labios en los míos, del olor de su cabello. Me estaba embriagando de su imagen y eso no tenía nada de malo.

Estaba contento, y, no sabía cómo expresar esa alegría. Quería tenerla a mi lado, estar todo el día con ella. Así que, en medio de una observación detallada de una de sus fotos grupales en donde tenía un hermoso vestido corto de rayas, el pantalón me comenzó a apretar y mi cuerpo pedía a gritos tenerla cerca. Me sentí reamente extraño, la verdad, pensar en ella de esa forma era un poco fuera de lo normal; me daba la sensación de que estaba profanando su belleza o algún tipo de pureza en ella que no conocía.

Pero es que con tan solo recordar cómo me besaba, se me pasaban todas esas dudas porque ese clamor de sus sentimientos más profundos e intensos, me hizo ver que ella también lo quería. Así que cerré la pantalla del computador y

cerré los ojos, si no podía verla de frente y pensar en eso, pues solamente la imaginaría exactamente como la quería ver en ese momento.

Culpo a sus besos, sus calientes y encantadores besos que solamente lograron endurecerme con tan poco. No soy un hombre fácil, pero con ella no me estoy controlando en lo absoluto. Así que, lentamente me fui acostumbrando al hecho de ver esa pobre representación en mi cabeza y lo que podía hacer estando con ella. Tal vez mi imaginación no fuera la mejor, pero mis sentidos estaban al máximo.

Llevé mi mano a mi entrepierna y comencé la única rutina que podía liberarme de ese yugo que apretaba mi pantalón, mi pecho y mis ideas. Carla estaba ahí, entre borrosa y desnuda, conviviendo conmigo como si nada sucediera. De arranque, aparecieron sus labios, sus manos su cuerpo. No podía controlarme, la quería toda. Mis labios hacían los movimientos propios de los besos como si la tuviera de frente, porque así lo sentía. Apreté mi miembro lo más que pude, tratando de pensar que era su mano, aunque, por mucho que lo quisiera, no lo era.

Así que empecé a subir, bajar y subir...

La embestía en mis pensamientos, la hacía gemir y resollar de placer. La apretaba porque quería sentirla, la sentía de todas las formas y todas las posiciones. Ella estaba ahí por mí, porque me quería, porque me deseaba tanto como yo la deseaba.

Después, simplemente me concentré en sentir. Mientras me la arremango y arrempujo, no pienso en más nada, me desconcentro. Luego simplemente acabó. No era lo mismo, no se sentía igual. A pesar de que lo necesitaba, imaginarla seguro no se comparaba para nada con hacérselo de verdad.

Cuando por fin dejé que mi cuerpo terminara de procesar la decepción, sentí que debía verla en persona y asegurarme de que en realidad sucediera. Fue ahí cuando se me ocurrió una grandiosa idea. Tal vez de esa forma, podamos pasar un tiempo a solas, en algún lugar, y entregarnos el uno al otro. Si no sucede, bueno, no había problema, mientras disfrutara estar conmigo.

Tengo que salir con ella.

Al día siguiente, me encontré con el hecho de que tal vez podría estar todo el día con ella, pero no del modo en que quería. Claro, se supone que no

importaba lo que estuviéramos haciendo, después de todo lo que importaba era compartir a su lado, pero de todos modos no era lo mismo.

Caminar todo el día en la playa no siempre era tan divertido, incluso, me daba la impresión de que era un paseo unilateral. Ir de un lado al otro, hablar y ya. ¡Sí! No tengo ningún problema con eso. De hecho, me gustaba más de lo que esperaba, aunque, quería más.

Así que, antes de partir a la playa, me acerqué a Esteban.

“Esteban... mi estimado...” dije, tocándole el hombro.

Esteban estaba cerca de la recepción, hablando con el recepcionista, no sé de qué. Se dio la vuelta en lo que me escuchó.

“Sí, señor. ¿En qué puedo ayudarle?” respondió él, realmente servicial.

“Bueno, me preguntaba si por casualidad sabías qué iban a servir hoy en el restaurante.”

Mi idea era llevar a Carla allá, pero no conocía nada al respecto de ese lugar. Los tres días que tenía aquí, había comido nada más en mi habitación, con la excusa de que estaba cansado, tan solo para no tener que encontrarme con Josefa o Antonia.

“¿El menú?” dijo. Hizo un gesto con los labios y subió la mirada para pensar. “Este, si no me equivoco, hay ternera, pescado, pato, cerdo... y otras cosas más”

Pese a que él era el encargado y debía conocerlo todo ahí, necesitaba que me lo asegurara de verdad, con la mano en el corazón.

“¿Seguro?”

Esteban me vio como si no cupiera duda alguna y dijo:

“Sí, señor. Estoy bastante seguro.”

De repente, me vino la idea de que tal vez era vegetariana. Fue un pensamiento azaroso, pero, ella no me dijo nada acerca de lo que le gustaba comer, o tal vez sí. No lo sé. El asunto es que no estaba seguro y era mejor prevenir que lamentar.

“¿Y tiene algún platillo vegetariano?”

“Bueno, señor... creo que sí. El chef suele colocar ensaladas y entremeses que

se ajusten a las necesidades del comensal. De todos modos, si desea algo libre de carne o fiambres, entonces simplemente le pregunta al mesonero y...”

Una vez me dijo eso, la pregunta me pareció un tanto estúpida.

“Sí, sí... yo sé. Pero no he comido en este restaurante y me gustaría conocerlo mejor.” Aclaré.

Me aparté un poco, un tanto ansioso por conocer lo más que pudiera antes de que tuviera que irme. Levanté el brazo y vi el reloj. Aún faltaba para que llegara —tomando en cuenta la hora en que había llegado el día anterior— y yo quería tener todo eso listo antes de verme con ella.

De repente, se le iluminó la mirada.

“Ah... con que eso es lo que quiere.” Sonrió. “En ese caso, puedo apartarle una cita con el chef. Estará encantado de hablar directamente con usted.”

De golpe, esa idea me pareció asombrosa.

“Sí... sí... haz eso. Es mejor.” Exclamé, mientras que asentía un poco de forma exagerada.

“De inmediato, señor.” Se dio la vuelta, para coger el teléfono, pero, antes de comenzar a marcar, se regresó a mí. “Este... ¿Para cuándo quiere que le diga que desea verlo?”

“Cuanto antes mejor.” Ordené.

Media hora después de eso, estaba en la cocina del hotel, hablando directamente con el chef.

“Señor Ignacio, no sabe el gusto que quiera hablar conmigo.” El hombre me estrechó la mano, como si nunca antes me hubiera visto o como si yo fuera una celebridad.

Curiosamente, para ser mi hotel, no estoy muy familiarizado con ciertos aspectos.

“Oh, no creas, el gusto es mío.” Respondí, devolviéndole el gesto con el mismo nivel de interés.

“Y, bueno... ¿En qué pudo ayudarlo? Esteban dijo que estaba interesado en el menú. ¿Ya lo probó?” El chef rodeó su escritorio y se sentó en una silla humilde de oficina.

Me hizo un gesto con la mano para que me sentara en frente.

“De eso quería hablarte...” acoté, acomodándome en el asiento. “No sé qué vas a servir esta noche y me gustaría estar preparado de antemano.”

“¿Por qué? ¿Algún problema?”

“No... no, nada del otro mundo. Solamente me gustaría saber qué cosas vas a servir. Es que.” Aclaré mi garganta, evaluando si en realidad era necesario contarle por qué estaba interesado en el menú, hasta que concluí que sí; era necesario. “Es que, tengo pensado traer alguien a comer y como no conozco muy bien el menú, entonces quería estar seguro que le iba a gustar todo esto.”

El hombre sonrió como si hubiera apelado a su duro corazón —en el caso que lo tenga— y se acercó a su escritorio, colocando los codos sobre él. Parecía que había apretado el botón correcto.

“En ese caso, señor, creo que le va a gustar el menú.”

De inmediato, sacó la carta y comenzó a explicármelo, pero, como el buen chef que era, no simplemente me lo detalló con palabras, sino que, con sus mejores habilidades, se ofreció a prepararme cada uno de ellos, a lo que, gustosamente, le dije que sí. Salimos de aquella oficina, —que estaba a unos cuantos pasos de la cocina— se colocó su delantal, y comenzó a cocinarme. A los pocos minutos, se acercó a la mesa en la que supongo que colocan todo, porque era realmente grande, y me puso el plato de frente.

“Este es el plato de entrada.” Dijo, acercándose más. Se veía increíblemente espectacular para ser solamente un platillo de entrada. “Espero le guste.” Agregó.

Me entregó un tenedor y lo incrusté en el contenido del plato. En lo que me lo llevé a la boca, sentí que era espectacular. Lo que me había dicho acerca del plato no se comparaba con el sabor que tenía. ¡Joder! Si así era la entrada, no quiero esperar por el principal.

“¡Vaya!, es increíble.” Confesé, aun con la comida en la boca. Necesitaba decírselo cuanto antes, sería un insulto si no lo hacía.

“Qué bueno que le gustó.” Sonrió orgulloso, se notaba que de verdad estaba a gusto con mi comentario.

“¿Y el principal?” estaba deseando más.

“Ya se la preparo.”

En ese momento, se acercó a la heladera que tenía debajo de la mesa de al lado y saco varios trozos gruesos de carne. Todos se veían exactamente iguales, como si los hubieran hecho a la medida todos. Entonces, cogió uno, sin elegirlo, porque supongo que él conoce sus ingredientes, y lo colocó sobre la tabla para cortar. Ahí, lo sazonó con varias especias que hicieron una corteza alrededor de la carne como si fuera únicamente eso y lo dejó ahí.

En poco tiempo, preparó el resto de las cosas con la que tenía pensado acompañarlos y cuando ya estaban casi listos, colocó el trozo de carne sobre un sartén caliente y lo dejó cocinar. Hizo saltar cosas de otros sartenes, revolvió unas cosas en una que otra olla, cambió de hornilla, usó el horno... en fin, estaba en su elemento realmente haciéndome ver que no hicimos una mala decisión al contratarlo como el chef ejecutivo.

En un promedio de veinte minutos, el platillo ya estaba servido y en frente de mí. Cuando lo corté, la carne estaba muy bien cocida, jugosa, se veía espectacular la forma en que lo había puesto en el plato. Me encantó todo lo que me mostró y eso que no suelo impresionarme demasiado. Cuando lo probé, sentí que esa espera había valido la pena, era espectacular. Creo que incluso mejor que la entrada.

“Demonios. Qué bueno está.” Dije.

El chef simplemente sonrió y asintió con la cabeza como si hubiera conseguido una especie de logro. Luego de eso, me preguntó si tenía alguna observación a lo que le respondí que todo iba de maravilla. Era verdad. Pero, pese a eso, me daba la impresión que estar en el restaurante sentados esperando por eso, no sería suficiente para entretenerla. ¿Qué tal si no le gustaba?, por lo que se me ocurrió una idea.

“Este... ¿Por casualidad aquí no tienen cocina abierta?” por un momento me sentí un poco mal por no conocer mi propio restaurante, pero no podía hacer nada. Casi nunca iba para allá.

Además, estaba totalmente seguro que en los últimos meses se le había hecho una remodelación, y no podía decir que lo acababa de ver porque entramos directamente por el elevador privado para el personal.

“Sí, señor, tenemos una cocina abierta para los platillos sencillos y demás.

¿Por?”

“Porque me gustaría que mi cita viera todo eso que acabas de hacer” le contesté, a lo que él respondió con una sonrisa.

“Estaría encantado, señor.”

Contento, salí de aquella cocina seguro de que esa noche sería espectacular, que todo saldría de maravilla y que, sin importar qué, pasaría un muy buen rato con ella, en un lugar distinto a esa playa.

Ahora, solamente faltaba que Carla dijera que sí.

## Capítulo 8: Carla

Estaba comprometida al cien por ciento con esos labios. Me encantaron demasiado, y entendí que se sentían tan bien como se veían. Lo besaba, y me daba la impresión de que simplemente no era suficiente, de que debía tenerlos todos, solo para mí. Mis ideas se borraron, mis ojos no querían abrirse y mi cuerpo solamente respondía al ardiente deseo que se despertaba en mi interior mientras que me lo comía a besos.

Sí, era un delirio, no puedo negarlo. Pero, al igual que estaba comprometida con eso, también lo estaba con mi realidad. Besarlos sí que había sido un error; no podía simplemente sentirme tan bien con alguien a quien acababa de conocer por tan poco tiempo cuando, ni siquiera sabía si las cosas que me decía eran ciertas. Quería creerle ¡Le estaba creyendo!, pero no dejaba de pensar en lo que mi madre me dijo después.

Primero, llegué a la casa súper feliz —tratando de no preocuparme por haber llegado tarde— ya que ¡Había vendido todos los dulces en muy poco tiempo! Sí seguía así, tal vez hasta olvidaría que los había arruinado el día anterior.

“¡Mamá! ¡Mamá! Adivina...” comencé a gritar mientras caminaba por los pasillos de la casa.

“¿Qué pasó, mi niña? ¿Qué tiene?” salió de su habitación preocupada.

Primero la miré, sonreí aún más, llenándola de curiosidad y en lo que estuvo a punto de preguntarme de nuevo, estallé:

“¡Vendí todos los dulces!”

Me felicitó tan emocionada como yo, y parecía que no había más problemas entre nosotras. Tal cual como lo esperaba, había olvidado por completo lo del día anterior, pero no por eso dejó de decirme:

“Espero que las cosas sigan así...” aunque un tanto contenta por mí, por el negocio.

Ella simplemente no podía creer lo rápido que los había vendido y me preguntaba cómo era que lo había hecho. Al principio no quise decirle por qué me dio la impresión de que tal vez tendría que explicarle mucho y, la verdad,

ni siquiera yo había entendido tan bien lo que había sucedido, pero, de todos modos, estaba de buen humor, así que lo intenté.

Comencé hablándole de lo que Ignacio me enseñó, de las cosas que tenía que decir, de cómo convencer a las personas. Mi madre lo entendió. Pero luego tuve que contarle de donde lo aprendí y, pese a que me costó un poco evitar mencionar exactamente cómo lo había conocido —pero lo logré—, le expliqué que me estaba ayudando porque le pareció buena idea hacerlo. Por las cosas que dije, le costó un poco creerme, pero tampoco lo cuestionó, supongo que fue porque vio que su método dio resultados.

El asunto es que, mientras más hablaba de Ignacio, más se notaba que estaba súper interesada en él. No sé, tal vez en mi rostro, o mis palabras, o mis ojos. El asunto es que, sonriendo un tanto atenta, pero sin dejar de verse como una madre preocupada y más o menos realista, dijo, luego de colocar sus manos sobre la mía e interrumpiéndome:

“No te vayas a ilusionar con este hombre.”

Es decir, yo ya lo había pensado, supongo que lo hice porque soy su hija, pero no por eso significaba que no me hiciera sentir un poco mal que ella me lo dijera. O sea, ella, quien creía que darle un hijo a mi padre le resolvería la vida. No me quiero imaginar si le digo que es millonario.

Sus palabras no quedaron ahí.

“No todos los hombres que te ofrecen su ayuda son de confiar.” Continuó. Lo dijo con tanta seguridad, que me pareció que podría estar hablando de mi padre. De hecho, era la primera vez que la escuchaba decir algo como eso. “No confíes demasiado en él. Prepárate para que te decepcione o ya verás.”

Me dio unas palmadas en la mano, sonrió como si lo que me acababa de decir no hubiera sido tétrico, y luego se levantó, se despidió y regresó a su habitación. Yo me quedé ahí, sentada, pensando en la posibilidad de ser traicionada por Ignacio: un hombre al que acababa de conocer que, casualmente estaba con su supuesta ex en la playa. ¿Cómo no pensar en eso?

Sí, entendía a la perfección la inusual preocupación de mi madre por mi vida amorosa. Creo que se debió a la forma en que estuve hablándole de él. Pero, ¿Tenía que decírmelo? Yo lo pensé, pero ¿Por qué me lo dijo? ¿Qué quiere decir eso? Por un buen rato estuve dándole vuelta al asunto hasta que sentí que

tal vez estaba preocupándome demasiado sin razón ni motivo. Fue ahí cuando logré calmarme, respirar profundo y levantarme.

Una vez dejé los pensamientos negativos de lado, comenzaron a aparecer las imágenes de sus ojos, de su pecho fuerte, de sus labios carnosos. De golpe regresó a mí la sensación de sus besos como si estuviera sucediendo ahora mismo, lo que no solo me alegró la noche, sino que me hizo estallar en deseo en casi nada de tiempo.

Mi cuerpo estaba caliente, mi mente estaba casi en blanco invadida por su imagen, y mis labios pedían a gritos tenerlo de nuevo. Ignacio se había logrado ganar un lugar en mi cabeza y eso no les pasaba a todos los hombres que conocía. Caliente, subí corriendo a mi cuarto para darme cierto tipo de cuidado. Tal vez un poco apresurado, pero, no podía resistirlo, lo necesitaba. Culpo a sus besos.

Cerré la puerta y me di un baño. No podía hacerlo si estaba sucia, pero, en medio de la ducha, todo simplemente sucedió. El dulce golpeteo de las gotas de agua me relajó, mientras que con mi mano fui pasando suavemente el jabón, acariciándome, sintiendo. Estaba controlándome para no sucumbir ahí, pero no lo logré. Mis pezones se endurecieron a pesar de que no estaba haciendo frío; comencé a apretarlos un poco y sentí un hormigueo que me recorrió todo el cuerpo. Quería que él lo hiciera.

Mis pechos se sentían increíbles mientras que el resto de mi cuerpo simplemente respondía a lo que estaba haciendo. Me sentía húmeda, con una presión que me pedía a gritos ser atendida. Así que le hice caso a lo que me estaba pidiendo. Lentamente me acerqué, dejando que el agua me quitase el exceso de jabón, y comencé a dibujar círculos en mi clítoris.

Una corriente salvaje me hizo erguir la espalda, levantar el mentón; casi grito. Me imaginaba a Ignacio tocándome desde atrás, mientras esos perfectos labios besaban todas las partes en las que estaba cayendo el agua. No puedo mentir y decir que no sabía por qué estaba haciendo eso, porque la verdad, es culpa de sus besos.

Mis dedos pasaron a mis labios, mientras que con mi pulgar me concentraba en el clítoris. Era perfecto. El agua lo hacía sencillamente mejor. Esperé que se me cayera todo el jabón de la mano y fue ahí cuando me introduje el primer dedo, luego el segundo. Deseaba que fuera él.

Lo hice mío en mis pensamientos; fui imaginariamente suya. Pasé de círculos suaves a apretarme la vulva con todos mis dedos y pensar que era su cara enterrándose en mí, vibrando para hacerme sentir mejor. Recorría toda la vulva y me detenía en la zona del clítoris en donde comenzaba a moverla más duro. Se sentía increíble. La respiración se me agitaba, la mente se me borraba, creó que el agua caliente se había acabado, pero no importaba, porque estaba a punto de llegar, a punto de gritar de placer por él. ¡Sí, ahí iba, sí, ahí estaba! Ignacio se enterró en mi cuerpo, en mi cerebro, en mis labios, y yo quería ser tan suya como él era mío justo ahora.

En lo que la hora del baño terminó, no tuve más energías para seguir, así que simplemente me acosté hasta el día siguiente, pero, mientras trataba de quedarme dormida, tuve un pensamiento recurrente acerca de si era realmente buena idea dejarme llevar tanto por un hombre así. No sabía qué era lo que podía perder, ni mucho menos qué significaría eso para mí. El asunto es que, de alguna forma u otra, no podía simplemente controlarme, o mucho menos, dejar de pensar en él.

A la mañana del miércoles, me despertó el recuerdo de sus besos —y el canto entusiasmado de paco— súbito y sorprendente. ¿Qué tal si lo veo hoy? Me pregunté, antes de abrir los ojos y asustarme por la posibilidad de no hacerlo. De repente pensé que tenía el cabello hecho un desastre porque me acosté teniéndolo mojado, que tal vez ni siquiera me había afeitado las piernas y que de seguro el sutil bigote que me salía debajo de la nariz era tan grande como un mostacho. No sé por qué de repente me sentí tan fea, así que me levanté de golpe y corrí de nuevo al baño. Tenía que hacer algo.

Dado que al día anterior no nos metimos al agua porque no teníamos traje de baño, se me ocurrió llevarme uno debajo de la ropa. Lo pensé mientras que estaba rasurándome las piernas, por si, casualmente, se le ocurría tocármelas. En unas cuantas horas me deshice del horrible bigote —que apenas y se veía —, los muy cortos vellos debajo del brazo, del olor a remojado que tenía en el cabello, y le di forma a mis cejas. No sabía qué otra cosa acomodar así que lo ataqué todo. Los puntos negros, las partes reseca de mis pies, el vello púbico, las puntas quemadas, las uñas de manos y pies. Me exfolié, me hidraté... si lo veía hoy, tenía que hacerlo luciendo hermosa.

Pese a que no tenía mucho con qué vestirme porque, no podía usar mis mejores

prendas para ir a vender dulces a la playa. Me puse un short un tanto ajustado sobre un traje de baño que se las arreglaba para acentuarme el trasero, junto con una franela blanca de tela delgada que me cubría pero que no ocultara mi figura. Tal vez no era la más ostentosa, pero la idea era sorprenderlo con mi belleza, no con mi ropa. Estaba lista.

Me sentí un poco mal por lavarme y arreglarme el cabello para llenarlo de sal y arena, pero no importaba, la situación lo ameritaba. Corrí a la cocina, esperé que mi madre terminara de colocar los últimos dulces de coco en la bandeja mientras desayunaba lo más rápido posible, y, dándole un beso en la frente, me despedí.

“Por favor, si los vendes todos otra vez, trata de llegar un poco antes.” Dijo antes de que me fuera del todo. “Ayúdame... vale...” suplicó.

“¡Sí, mamá! Yo veo. Te quiero mucho.” dije y salí, ahora sí, de la casa.

Estaba realmente entusiasmada por verlo, así que tomé el bus que correspondía y me subí sin mirar atrás. Me imaginaba lo que diría al verlo. Conversaciones ficticias se formaron en mi cabeza mientras que trataba de pensar en la mejor forma para decirle que quería volver a verlo mañana y el día siguiente a ese. No me importaba si él no quería, porque yo necesitaba hacerlo.

Cuando llegué a la misma playa de siempre, lo busqué con la mirada cerca del lugar en donde nos besamos, en donde me interpeló el día anterior y en donde le caí encima. Sentía que no lo encontraría, que tal vez se había aburrido o arrepentido de mí luego de que lo dejé besarme así tan de repente, pero, justo cuando estuve a punto de rendirme, apareció.

“Ignacio” murmuré, sintiendo cierto calor que me abrigó el cuerpo.

Viéndolo a lo lejos, me acomodé el cabello y levanté la mano para saludarlo desde donde estaba, lo suficiente para que me viera y corriera hasta mí. Estaba un poco distraído, pero en lo que llamé su atención se acercó trotando, dando pequeños saltitos en la arena. Estaba sonriendo, como si le hubiera alegrado el día.

Cuando se acercó lo suficiente, me vio de arriba abajo; estaba evaluando lo que había hecho esta mañana.

“Vaya” exclamó sorprendido. “Te ves muy bien.” Parecía que realmente le

gustaba lo que veía.

“¿Tú crees?” fingí confusión. “Me vestí apurada esta mañana, me desperté tarde.” Mentí.

Quería que creyera que esta era mi belleza natural, no lo sé, creo que lo que importaba era las apariencias, o que por lo menos, la única imagen que tuviera de mí, no fuera un delantal —que de hecho dejé hoy— ni cayéndome sobre él cubierta de dulces de coco.

“Pues no parece” señaló, “porque te ves espectacular.”

Sonreí apenada y traté de seguir fingiendo que no me esperaba sus comentarios. No lo hacía, ciertamente, pero la idea de levantarme temprano hoy fue esa, así que bueno.

“¿Estás lista para vender?” preguntó, emocionado. De hecho, estaba más emocionado que el día anterior.

Me dio risa.

“¿Y por qué tanta prisa?” inquirí, con un tono de burla. Como que le gustó vender el día de ayer.

“No, bueno, es que quería vender... eso es todo.” Se defendió, tratando de evadir el verdadero sentido de mi pregunta.

“¿Ah sí?” no le creí ni un poco. Sonreí irónicamente. “¿En serio?”

“Sí, en serio. Tenemos que vender rápido esos dulces.” Se defendió, un tanto nervioso. “¿Qué esperas?” Agregó, para luego darse la vuelta y comenzar a caminar.

Me pareció increíblemente adorable que estuviera tan emocionado o que siquiera intentara vender con tanto entusiasmo. Supongo que uno no se espera que alguien que parece tenerlo todo, se sienta atraído por la idea de trabajar en este tipo de cosas. O tal vez estoy equivocada ¿Quién sabe?

Riéndome de su extraño comportamiento, acomodé la bandeja y lo alcancé acelerando el paso.

“Entonces ¿Por dónde empezamos hoy?” dijo él. “¿A quién le vamos a vender?”

“Bueno, la verdad suelo empezar con quien me pida primero...”

“Pero eso no lo hiciste ayer.” Me miró, haciendo un mohín con sus labios de confusión. “Te lo digo porque quería ver cómo vendías a tu manera. ¿Sabes?”

“Bueno es que te pusiste a explicarme lo del principio este y, bueno, supongo que partimos por ahí.” Expliqué.

“¡Hum!... supongo entonces que no importa...” agregó.

“Sí, eso creo...” constaté.

Tras decir eso, pasamos a solamente concentrarnos en encontrar el cliente adecuado. De repente, dejamos de hablar o de mirarnos y cada uno se fijaba en las personas que estaban acostadas o sentadas en la arena. Lo importante era hallar al primero. Pero, para mí se hizo un poco incómodo aquel silencio. No se trataba nada más porque estuviera con él, sino que creí que iba a ser como ayer, que no dejábamos de hablar. ¿Acaso se nos acabaron los temas?

No sabía cómo abordarlo, ni cómo hacer agradable el encuentro. Me había arreglado, pero la verdad no había pensado en más anda aparte de eso. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué cosa le puede gustar? No lo quiero abordar con preguntas necias sobre quien es o lo que hace. Sencillamente no.

Por un momento, me invadió la idea de que tal vez estaba aburrido.

“Vaya... creo que tendremos que improvisar.” Dijo de repente.

Eso llamó mi atención. Me giré y lo miré fijamente.

“¿Cómo así?”

“Bueno, creo que tendremos que acercarnos a las personas, porque no creo que vayan a decirnos: ¡Ey, por favor, dame uno de tus dulces de coco! ...” dramatizó.

Me sacó una sonrisa. No estaba aburrido.

“Bueno ¿Y qué tienes en mente? ¿Hacer lo mismo que ayer?” incliné un poco la bandeja para mostrarle todo lo que teníamos que vender y agregué: “Ayer sirvió.”

“Sí, supongo que no nos queda de otra.” Sonaba resignado, pero se veía feliz. Creo que era simple semántica.

“Vale.”

Acto seguido, comenzó a acercarse a las personas para hablarles acerca de

nuestro producto. Del mismo modo que ayer, las ventas comenzaron a aumentar en lo que él tomó acción en el asunto. A veces lo hacía Ignacio, a veces yo; al final el resultado era el mismo. Aunque, a diferencia del día anterior, no lo hicimos tan rápido como pensábamos. Comenzamos a turnarnos la bandeja ya que, dado que nos estábamos tardando, parecía sensato trabajar en equipo.

Parte de eso fue porque esta vez nos concentramos en otra cosa.

“Entonces, tienes más de un hotel, pero decidiste venir a este.” Le dije, luego de que terminó de explicarme la extensión de su dominio hotelero.

“Sí... exactamente.”

“¿Y qué tiene este de especial?, no es como que haya muchas cosas divertidas que hacer por aquí cerca.” Admití.

“Si bueno, aparte de todo lo demás que puedes encontrar en cualquier otro lugar, creo que es básicamente lo mismo...” corroboró. “Playas, centros comerciales, hoteles y, tiendas de suvenires y muchos restaurantes con comidas de mar.”

“Exacto, eso digo.” Concordé.

Ignacio acomodó la bandeja en su otro hombro.

“Claro, también puede ser que lo veas así porque todo el tiempo estás aquí.” Masculló.

Parecía que lo quería murmurar, que bajó el tono de voz y que tal vez el tema moriría ahí.

“¿Cómo así?” Entendí su punto, pero no quería que dejara de hablar.

“Bueno, que las personas que vienen no están rodeadas todo el tiempo de cosas así, además este es uno de los puntos turísticos del país, así que es normal que las personas quieran venir por estos lados.”

“Sí, eso lo sé.” Aseveré. “Pero si tienes hoteles que si en Nueva York, o incluso en Europa ¿Por qué decidiste venir exactamente aquí? ¿Qué tiene de especial este lugar?”

“Antes del lunes, creo que nada.” Precisó, sonriendo con complicidad.

Tardé un poco en entender por qué lo dijo, pero cuando lo hice, me sonrojé.

No sé si a mí se me ven esas cosas en el rostro. Aun así, sentí ese peculiar cosquilleo en mis mejillas. Bajé la mirada y él siguió hablando.

“Así que, tal vez esa era la única excusa que necesitaba para venir acá.” Ahora miraba al frente. “Pero no sé. A penas son dos días, aunque con todo y eso, siento que no quiero que esto acabe jamás.”

Ayer en la noche me pregunté si realmente era correcto confiar en alguien que acababa de conocer. Justo ahora, viendo la forma en que dijo eso, me dio la impresión de que, sin importar qué, debía arriesgarme.

“También quiero lo mismo.” Le dije.

Él me sonrió, y yo me acerqué. La mano que tenía libre, —porque solo con una sostenía la bandeja, como si no pesara en lo absoluto—, estaba tan cerca de mí que simplemente la cogí. En lo que tuvimos el primer contacto, él bajó la mirada, sonrió con un suspiro y me respondió el gesto. El resto del día, mientras vendíamos, si había oportunidad de tomarnos de la mano, lo hacíamos sin siquiera pensarlo. Era como que estuviéramos acostumbrados ya al otro, como si durante muchos años hubiéramos hecho lo mismo.

Se sentía realmente bien.

Por fortuna, por todo ese rato con él, no sucumbí a mi deseo de besarlo. Tal vez porque estaba distraída con la venta —no por eso quiere decir que no lo pensé—, pero estaba segura que eso no duraría para siempre. Una vez que los dulces de coco se acabaron, no teníamos sino más que el otro para mantener nuestras mentes ocupadas.

“Si quieres guardamos la bandeja en mi coche.” Propuso Ignacio, una vez que vendimos el último dulce. “Y así podemos hacer otra cosa.”

Su propuesta era tan apropiada, pero a la vez tan inoportuna. Aparte del hecho de que esa «otra cosa» me intrigó, no quería negarme, pero tenía qué. Es que si tan solo no hubiéramos tardado tanto en vender.

“No bueno. Es que no puedo” Lamenté. “Tengo que regresar a casa para ayudar a mi mamá.”

De inmediato, se le borró un poco la sonrisa del rostro. Estaba claramente decepcionado.

“Oh, bueno... tienes razón” Asintió, cabizbajo.

“Sí.” Chasquéé los dientes decepcionada, y agregué: “No esperaba que tardáramos tanto y bueno yo...” vacilé un poco. “Es que como ayer llegué tarde a mi casa y no pude...”

Pero él me detuvo.

“No, no... tranquila, no tienes que explicarme nada. Yo entiendo.” Amenizó, muy cordialmente.

“¿Seguro?” Estaba un poco triste por él, mi intención no era dejarlo ahí, además que tampoco quería alejarme de él.

Quería creer realmente que para él no había ningún problema.

“En realidad estás seguro.” Insistí.

“Sí vale...” rio confiado, como si no fuera nada, dándole más peso a su afirmación. “No te preocupes.”

Traté de sentirme un poco aliviada. Volví a cuestionarlo hasta que me aseguro que realmente no era un problema —de nuevo— y se ofreció llevarme hasta mi casa, a lo que me negué tras pensarlo un par de veces. Después de ver su coche, fue definitivo. Al principio solamente era un gesto de cortesía decirle que no tenía por qué hacerlo, luego, el coche me dio más razón para no aceptarlo.

“¿Este es tu coche?” no cabía duda, pero debía preguntar. “¿En serio?” Estaba realmente sorprendida, aunque no quería que creyera que era porque estaba interesada en él solo por tenerlo.

Él lo miró como si necesitara asegurarse que se trataba de su coche.

“Bueno, técnicamente sí.”

“¿Técnicamente?” Me sentí ofendida. “¿Es o no es tuyo?”

Me dio la impresión de que lo dijo con soberbia y eso no me gustó en lo absoluto. Tal vez era solamente eso: «mi impresión», pero cuando se trataba de un coche así, no podía simplemente decir cosas como esas. «¿Esta baratija? Bueno, técnicamente no es mío, es de mi papi.» levantando el pecho con orgullo y arrogancia. Este no fue el caso, de hecho, ni siquiera parecía darle importancia al asunto, pero, no sé, me molestó.

“Bueno, es que en realidad es del hotel...”

Claro, y como el hotel es suyo...

“Está ahí para alquilárselo a los huéspedes que deseen usarlos...”

“¿Entonces alquilas lambos a cualquiera que pueda?” Simplifiqué

Él lo vio con cierta claridad, pero sin imprimirle la misma importancia que yo le di.

“Sí, bueno, básicamente.” Sonrió, tratando de calmar el ambiente.

Dándome cuenta que la verdad no lo podía juzgar por eso, desistí e intenté cambiar mi actitud.

“Está bien...” dije.

“Está bien.” Repitió él, acercándoseme con una sonrisa.

Al cabo de un rato, terminé aceptando que me llevara cerca de donde vivía, en una zona en la que, a pesar de tratarse de un Lamborghini, no sería tan raro verlo por ahí, además que no me verían llegar a mi casa saliendo en uno de eso. O sea, soy la chica que vende dulces de coco en la playa, no puedo simplemente hacerlo, se vería mal.

Así que, deteniéndose un tanto lejos, insistió en acompañarme lo más cerca posible de mi casa —no tenía la intención de llevarlo hasta mi puerta—, por lo que caminamos unas cinco calles abajo, tomados de la mano. Al final, terminé acompañándolo de regreso porque se había perdido, lo que hizo un poco tonto que me hubiera escoltado hasta ahí en un principio. Cuando estuvimos cerca, nos despedimos con un beso sutil y corto, y me di la vuelta para irme. Pero, justo ahí, él siseo y yo me volteé.

Antes de que me diera cuenta, ya él se estaba acercando a mí. De repente, su presencia se hizo un poco invasiva. O sea, caminamos todo este tiempo cogidos de manos, pero la forma en que lo hizo, lo convirtió en otra cosa. En su mirada había algo oculto, parecía que estaba tramando algo. Me hizo sentir un poco incomoda. ¿Acaso me iba a besar de nuevo? En lo que pensé eso, mi incomodidad pasó a ser otra cosa y un palpito me elevó hasta el cielo.

“¿Qué vas a hacer esta noche?” inquirió, con una sonrisa seductora.

No me besó... demonios. Reaccioné un poco tarde y respondí confundida, siguiéndolo con la mirada, aun víctima del deseo:

“¿Esta noche? ¿Por qué?”

“No sé, para saber qué vas hacer, eso es todo.” Dijo, acercándose aún más, haciéndolo sonar como si fuera poca cosa, pero actuando realmente atrevido.

“Bueno, no sé. Creo que nada.” Respondí, tratando de verlo a los ojos y no a sus labios.

La peor parte es que tanto sus ojos como sus labios me hacían sentir igual.

“Así que no vas a hacer nada...” su rostro estaba muy cerca del mío. Susurraba mientras más se aproximaba a mí.

El pecho comenzó a dolerme. Estaba a punto de colapsar. Pero respiré para llenarme de valor y cambié mi postura, mi mirada y mis gestos; no iba a quedarme atrás.

“¿Por qué quieres saberlo?” le pregunté, tratando de hacer lo mismo que él.

Levanté mis cejas, moví los labios lenta y seductoramente. No podía dejar que me venciera. Pero Ignacio no flaqueó. Su mirada fluctuaba entre mis ojos y labios. Cuando se fijaba en estos últimos, se mordía los suyos tan sensualmente que me estaba volviendo loca.

“No bueno... hay un restaurante que es muy bueno.” Dijo tan eróticamente que las palabras en sí no significaron nada. “Y quiero que vayas conmigo.” Se pronunció.

Sus palabras aceleraron mi corazón y no sé por qué. Estaba tratando de pensar qué decir, pero me acechaba el hecho de que estaba aún más cerca de mí, tentándome a besarlo; me hizo flaquear. Parece que perdí el terreno que creí haber ganado.

“¿Cenar, esta noche?” Se me ocurrieron un sinfín de excusas para no hacerlo.

Mi madre, dormir, tener que levantarme mañana temprano; no tener ropa para usar, no saber dónde era, los dulces, la playa... No sabía cómo decir que sí, pero cientos de miles de noes aparecieron en mi cabeza. Y para colmo, Ignacio siguió acercándose, hasta que me obligó a tratar de evitarlo, pero terminé siendo acorralada. Me recosté del techo del Lamborghini completamente indefensa.

Mis pechos ya estaban apretándose al suyo, podía sentir su respiración. Sus ojos comenzaron a tornarse borrosos porque no podía enfocar ni decidir qué,

de todo lo que estaba tratando de ver, me excitaba más. Me puse nerviosa. Ignacio se detuvo muy cerca de mí, como para tener espacio suficiente para hablar y al mismo tiempo estar a punto de rozar mis labios.

“Sí, esta noche. Hoy...” repitió, lentamente.

“Bueno, es que...” ¿Qué le voy a decir? “No sé, es que...” Piensa en algo rápido, no seas tonta.

Demonios, me estaba dejando dominar por él.

“¿Qué dices?” su mirada se detuvo en mis labios, lo que me dio la impresión de que iba a besarme en cualquier momento.

¡Demonios! ¿Por qué tiene que hacerme esto?

No era tan difícil decir que sí, o darle una excusa para no ir —cosa que no quería, ni estaba muy segura de hacer—, pero me estaba presionando demasiado, además de que mi cabeza estaba en otro lado en ese momento.

“¿No quieres ir?” añadió. “¿Acaso no te gustaría ir a comer conmigo?” conjeturó.

El que me lo dijera me hizo sentir ofendida. ¡Claro que quería ir! Solo es que, bueno... la culpa es de sus labios.

“¿Qué? No... claro que me gustaría ir a comer...” traté disentir.

Y antes de que terminara de hablar, él, suspiró por la nariz —aunque pareció más un resoplido— y, como si nada de lo que había sucedido hasta ahora hubiera pasado en verdad, me dio un beso corto y simple —nada comparado con lo que me esperaba luego de aquel despliegue de erotismo— y se apartó diciendo:

“Bueno, te espero aquí a las ocho.”

Me dejó como que: «Ya va... ¿Qué?» Se dio media vuelta, levantó la puerta de su coche y se montó. Para cuando había reaccionado, ya tenía el motor en marcha y aceleró para irse.

¿Qué es lo que acaba de pasar?

## Capítulo 9: Antonia

“Creo que Ignacio se está viendo con la mujer de la playa.”

Le dije a Josefa, llegando a la habitación llena de ira. Aunque la verdad pienso que estaba un poco decepcionada ¿Sabes? Más que todo porque lo que todos dicen que es una especie de locura mía, terminó siendo real. ¡Se está viendo con la tonta esa!

“¿Qué o qué? ¿Cómo lo sabes?” preguntó ella, como si fuera muy difícil de deducirlo.

“Bueno, porque ha estado yendo mucho a esa maldita playa... Josi. ¡Por eso!” espeté.

“Ey, vamos... no vas a comenzar a ponerte otra vez así...” intervino Josefa, levantándose. Se estaba preparando para calmarme de nuevo.

Pero yo no iba a caer otra vez en eso. Esta vez no.

“¡Joder, Josi! Es que...” la miré con severidad y, levantando el dedo con firmeza, agregué: “Te dije que estaba muy pendejo con ella. ¡Te lo dije!”

“Sí, sí.” Ella cogió mi dedo y lo bajó, como si se tratara de un cuchillo. “Pero en ese momento no tenías pruebas.”

Lo volvía levantar, pese a eso.

“¡Pero tampoco tenía dudas! No había nada que me dijera otra cosa...” bajé el dedo y me di la vuelta, rondando por la habitación como un sabueso. “Es que, o sea. Estaba sentados juntitos hablando de no sé qué con sus sonrisas y sus caritas bonitas los dos... y seguro se están viendo todo el día, y dándose besos, y hablando mal de mí y de que van a hacer una familia...” discurrí.

“Oh por favor, Antonia... estás exagerando.” Disintió. “No puedes creer eso en verdad.”

Me estaba retando.

“¡Ah no!” pregunté desgañitándome. “¿Eso crees? Porque si no me equivoco, tuve razón con que estaban viéndose.”

“¡Joder, Antonia! ¡Eso no lo sabes!” increpó. “Lo estás suponiendo justo

ahora.” Dijo, para luego bajar la mirada y darme la espalda.

Me pareció raro.

“Ey... ¿Qué fue eso?” me acerqué a ella amenazantemente.

“¿Qué?” de repente, su ímpetu bajó de golpe. “¿De qué hablas?”

“¿Por qué hiciste eso?” la señalé tratando de encerrar todo eso que acababa de hacer. “¿Ah? Dime ¿Qué sabes?”

Mientras más la presionaba, más parecía que estaba nerviosa. Me veía con soberbia, como si no tuviera nada que ocultarme, pero, ella cree que soy una tonta. ¡Esa es la primera señal de que estás ocultando algo!

“¡No me mientas Josefa! Yo te conozco, sé cuando estás mintiendo.”

“¡Que no te estoy mintiendo, joder!” Se defendió, recuperando un poco de su arrebato de unos segundos atrás.

“¿Qué no? ¿Entonces por qué te diste la vuelta cuando dije lo de la estúpida esa de la playa? Hiciste como que si supieras algo. ¡Y lo sabes!”

Lo que quise decir con eso fue que ella sabía que había hecho algo, pero, salió mejor de lo que me esperaba.

“Claro que no sé si se están viendo o si se besaron ya.” Confesó sin darse cuenta.

La tenía.

“¡Ajá! Con que si lo hicieron.” Grité.

Por un segundo Josefa creyó que se había salido con la suya, pero solamente un segundo, porque casi de inmediato dejó caer los hombros ¡Por qué la había descubierto!

“Maldición...” se quejó.

“¡Aja! Sabía que se estaban viendo... sabía que se estaban besando...” dije otra vez volviendo a dar vueltas como un sabueso. “Lo que falta ahora es que estén hablando de mi...”

“¡Por favor, Antonia, eso si no lo sabes!” Agregó ella.

Me di la vuelta y resalté con firmeza:

“Pero lo demás sí y eso es suficiente...”

Pero, aquella sensación de éxito que me invadió cuando confirmé mis sospechas, pasaron rápidamente a ser algo peor que todo eso. En lo que me di cuenta, dejé caer los hombros, y junto a ellos, mi mundo se cayó. Me senté en el sofá que estaba a mi izquierda.

“Maldita sea...” me lamenté.

Josefa se acercó a mí con toda su paciencia y se sentó a mi lado. Suspiramos al mismo tiempo, como si estuviéramos derrotadas, y ambas nos quedamos viendo hacia el frente, con las manos entrelazadas sobre el abdomen. Rendidas.

“No puedes ponerte así cada vez que pasen cosas como estas.” Resaltó.

Pero eso no era lo que me importaba.

“¿Cuándo pensabas decírmelo?” le interrogué.

“No pensaba hacerlo.” Confesó.

Me pude haber sorprendido, pero no fue así. Solamente giré mi rostro para mirarla.

“¿Por qué no?, ¿Por qué no lo ibas a hacer?”

“Porque le prometí a Ignacio que no lo haría.”

Esa razón era suficiente. Volví mi mirada al frente y suspiré de nuevo. Ella me siguió.

“¿Ahora qué vas a hacer?” dijo sin muchas ganas.

“No lo sé... se supone que todo iba a salir de maravilla en este viaje...”

“¿Todavía crees en eso?” Preguntó, girándose para mirarme. No lo hice de vuelta, pero sentí que me estaba juzgando.

“No... hace días que dejé de pensar en eso en realidad...” me confesé.

“¿Entonces?” suspiró y de reojo vi como volvió su mirada al frente. “¿Te vas a rendir al fin?”

Quería levantarme y gritarle que no era así, que jamás me rendiría con Ignacio mientras hubiera una oportunidad. Pero en ese momento, sabía que no tenía certeza de ello. ¿Qué podía hacer ahora? Ni yo sabía la respuesta a esa pregunta.

“No quiero hacerlo.” Lamenté. “Quiero seguir intentándolo... pero es que no sé.”

“¿Qué estás dispuesta a hacer para recuperarlo?”

“Lo que sea.” Aseveré.

Josefa hizo un sonido con su garganta y luego agregó:

“Bueno... entonces piensa en lo que sea y hazlo...”

No era de mucha ayuda. Eso era sobre simplificar el asunto. Sí, era más o menos así, en esencia, pero sonaba bien, no por eso funciona. Traté de responderle, pero, entré en ese estado mental en el que el silencio es tu aliado, así que decidí enfocarme en eso. ¿Qué se supone que puedo hacer?

Sí tengo que hacer lo que sea, después de todo, no tengo nada que pueda perder, tengo que intentarlo si quiero lograr volver con él. Pero eso no responde a la pregunta de: «¿Qué voy a hacer?», no puedo simplemente llegar y decirle que me ame. Ahora tengo que lidiar con esa estúpida y, por como pinta la situación, tal vez ni siquiera pueda separarlos.

“¡Lo tengo!”

Me levanté de golpe y me puse de frente a Josefa. Ella reaccionó a mi grito, pero no se movió de su lugar.

“¿Qué se te ocurrió?” Preguntó, con un rostro renovado, dispuesta a ayudarme.

“Tal vez no pueda resolver el problema con Ignacio de una vez...”

“Aja...”

“Pero tal vez pueda deshacerme de la estúpida esa... y así...” Aclaré mi garganta. “Tener toda su atención en mí. Tal vez de esa forma pueda conseguir que me quiera de nuevo.”

“¿Y qué tienes pensado hacer?”

Con esa pregunta, confirmé que estaba más que dispuesta a ayudarme, así que me senté a su lado, me acerqué lo más que pude y comencé:

“Bueno, pensé que...”

# Capítulo 10: Carla

Caminé hasta mi casa luego de que acepté que no iba a darse la vuelta para explicarme qué había pasado. No importa, tenía otras cosas en las que enfocarme. Cuando llegué a mi humilde morada, saludé a mi madre y me fui directo a mi habitación.

“¡No se te olvide que tienes que ayudarme!” me dijo, mientras subía las escaleras.

“Sí, mamá...” mascullé fastidiada, más concentrada en mis problemas que en lo que tenía que hacer ahora.

Me tiré en la cama y las ideas comenzaron a golpearme la cabeza como si el hecho de que tuviera la cara enterrada entre las sábanas, fuera razón suficiente para que me abordaran de esa forma. ¿Qué me voy a poner? ¿Para donde me va a llevar? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué significa esto? ¿Para donde estamos yendo ahora? ¿No será muy rápido? ¿Qué carajos voy a hacer ahora!

No podía soportar los problemas que se formaban así tan rápidamente. Quería una respuesta, quería poder hacerlo todo: ayudar a mi madre, estudiar, vender los dulces, salir con Ignacio...

¿Qué? ¿Salir con Ignacio? —levanté mi cabeza de las sábanas, sin poder creer lo que acababa de pensar— ¿Acaso no es que esto no iba en serio? Lo que más me preocupaba era lo rápido que estábamos yendo. O sea, apenas son dos días y ya siento que me va a explotar el cuerpo cuando lo tengo demasiado cerca. Y ¿Ahora estoy pensando en que va en serio? No puedo simplemente dejarme llevar de esta forma por ¡Un sujeto que acabo de conocer!

Me di la vuelta, cogí la almohada y la abracé.

“Pero es que es tan lindo...” dije, como una estúpida empalagosa.

¿Cómo que es lindo? Cómo que... —me senté indignada, lanzando la almohada a un lado— ¿Qué me sucede? ¿Qué estoy haciendo? No puedo estar pensando en serio en que todo esto puede funcionar. Pero... —dejé caer mis hombros, resignándome y perdiéndome tiernamente en el recuerdo de sus besos— ¿Qué tal si nos hacemos novios? —pero luego sacudí mi cabeza

tratando de borrar esa idea estúpida—. ¡No! No puedo... sencillamente no puedo.

¡Estaría haciendo lo mismo que mi madre! Pero ¿En qué sentido?

En ese momento, comprendí algo importante. Mi madre se casó con mi padre porque esperaba obtener algo de él. Quería estar cómoda, y creía que lo que se necesitaba para lograrlo era sentar cabeza. Lo hizo y hela aquí.

Así que, este no sería mi caso ¿Verdad?

De repente, me invadió un hecho ineludible: En ningún momento me rehusé a ir a comer con él. Ni siquiera lo hice mientras estaba dando vueltas en la cama —me volteé y miré las sabanas alborotadas como si al hacerlo podría revivir el momento—, así que: ¿Eso quiere decir que estoy convencida realmente de que lo voy a hacer? En ese caso —y es lo más importante— ¿Qué carajos me voy a poner?

Súbitamente me levanté, dejando todas mis dudas anteriores en el suelo, y concentrándome en la que realmente importaba: ¿Qué me iba a poner esta noche? Así que me acerqué lo más rápido que pude a mi armario y lo abrí de lado a lado para ver qué, de todas esas chucherías que tenía, iba a usar. No podía simplemente verme como una cualquiera, ni como una simplona; se trataba de Ignacio; un hombre que es dueño de varios hoteles en el mundo, que alquila Lamborghini, y que es espectacular besando.

¿Para donde me llevaría? —bajé la cabeza, envuelta en la duda—, creo que la verdad no importa a donde lo hará; sea a una pizzería de la esquina o a un restaurante elegante ¡Tengo que destacar, carajo! Así que extendí mis brazos y abracé la mayor cantidad de prendas, las tiré en la cama y empecé a probármelas todas. Una por una, fui descartando todo, de peor a mejor. No sabía todavía cómo quería verme, pero estaba segura de que la iba a encontrar.

¿Acaso quería verme como una puta? —me veía en el espejo luciendo un top horizontal, que solamente me tapaba los pechos y un pantalón que me cubría hasta las caderas—. No, ¡Claro que no me quiero ver como puta! Así que descarté por completo eso... es más ¿Por qué carajo pensé en eso? Aun no me he probado todo.

Continué con el siguiente. En definitiva, entendí que no iba a usar un pantalón, no era apropiado, y no porque no pudiera verme muy bien con uno, sino que, o

sea... ¿No me afeité las piernas esta mañana? ¡Tengo que lucirlas! Con eso en mente, comencé a buscar entre mis vestidos. Tenía un total de diez vestidos —había faldas, vestidos de una y dos piezas— apropiados para la ocasión, entre los que destacaban uno más o menos playero, blanco de rallas horizontales un poco corto y sensual, uno negro, medio elegante, un tanto corto también, pero no lo suficiente para decir: «Soy una chica fácil», sino como para decir: «Soy una mujer atrevida».

También estaba el de tiras que compré para la boda —rojo escarlata de tela delgada—, el cual se ajustaba muy bien a mi figura, pero con el cual no podía usar un sujetador porque tenía la espalda descubierta. Si me besaba, se iba a notar que me gustaba demasiado. Otro que también estaba era uno de dos partes: un crop top hasta el cuello sin mangas y una falda ajustada. Descubría un poco el ombligo lo que tal vez podría ser apropiado para cualquier ocasión —hay que presumir el abdomen—. Una falda roja acampanada hasta la cintura que me llegaba a las rodillas, otra negra que era un poco más corta, otra con un estampado elegante, otra un tanto más corta que todas pero que si se usaba bien, me haría ver juvenil, no desesperada; y otras dos más que eran también acampanadas —¿Qué puedo decir?, me gustan mucho.

En fin, con todos y cada uno de las diez opciones que me probé, estaba segura que podría resaltar. El problema, ahora, era ver bien cuál de ellos iba a usar. Lentamente fui descartando.

“Este no, este meno, ese tampoco...” me decía mientras los usaba.

Hasta que terminé con una falda gris carbón con un suéter ajustado. Daba la impresión de ser tejido y combinaba muy bien con mi hermosa falda, porque era más o menos del mismo gris, solido sin adornos, que me llegaba hasta medio brazo. Decidí usar unos tacones blancos porque pensé que sería mucho gris, tal vez sí, tal vez no —me vía fabulosa—. Me recogí el cabello, ese conjunto era: espectacular, elegante, sofisticada y muy yo.

Una vez que tenía todo, tomé una ducha y me vestí. Estaba lista para la cena.

“¿Para dónde vas?” Preguntó mi madre irrumpiendo en mi habitación mientras que estaba maquillándome.

Me hizo saltar.

“Demonios mamá, me asustaste.” Exclamé desde el baño.

“Bueno, solamente quería saber qué estabas haciendo, creí que habías dicho que ibas a ayudarme con los dulces.”

Resollé. Lo había olvidado.

“Sí mamá... lo sé... lo siento...”

“No, no, tranquila, no tienes por qué ayudarme...” se quejó entre las palabras, como si no me hubiera dado cuenta.

Salí del baño con la mitad de la cara maquillada. La encontré viendo al suelo para pisar con cuidado —porque estaba toda la ropa tirada— y, sintiéndome un poco mal por no ayudarla, le dije:

“En serio lo siento ma... pero es que.”

“No, tranquila... es en serio. Ya terminé.” Levantó la mirada. No se veía molesta. “Supuse que estabas haciendo algo importante...” agregó. “Tenías rato ya gritándole a la nada...”

“¿En serio?” qué pena.

“Sí. Pero no importa ya... y bueno, ¿Para dónde vas tan bonita?” Sonrió traviesa. “¿Vas a salir con ese hombre de la playa?”

No pude evitar sonreír de vuelta ante su pregunta. Sí, efectivamente eso era lo que iba a hacer. Asentí, como si fuera una niña y ella añadió elogiándome:

“Eso... vale. Mírenla... toda bella y lista para salir esta noche...”

En lo que aludió a la noche, recordé que tenía que verme con Ignacio unas cinco calles lejos de donde estaba, a las ocho. Evadiendo a mi madre, me acerqué corriendo a la mesa al lado de mi cama en donde se estaba cargando mi móvil para ver la hora.

Eran las siete.

“¡Demonios!”

“Uy... ¿Qué pasó? ¿Qué viste?” Se preocupó.

“Voy tarde” esclarecí y regresé corriendo al baño para terminar de maquillarme. “Teníamos que vernos a las ocho...”

“Oh, y son las siete...” resaltó lo obvio. “Creo que vas un poco tarde, mi amor.”

“¡Sí!” y grite angustiada.

Veinte minutos tardé en terminar de arreglarme. Por fortuna, ya estaba casi todo listo. Así que en lo que me puse los tacones, bajé con cuidado las escaleras, me despedí de mi madre y emprendí mi camino hasta donde habíamos acordado —que la verdad no acordamos nada por consenso— que me iba a esperar. No sabía cómo iba a ser todo, si me iba a llevar a caminar, si tal vez me había arreglado mucho para la noche o si en verdad me estaba esperando. Pero ya no importaba porque estaba en llegando.

Me lo imaginaba vestido de traje ajustado recostado de su Lamborghini con esa sonrisa hermosa que tanto me encanta. No cabía en mí del gozo que eso me hizo experimentar; una corriente excitante me recorrió el cuerpo haciéndome temblar de la emoción ¡Lo iba a ver hoy otra vez!

Saqué mi móvil y eran las siete con cincuenta.

“Mierda... tengo que apurarme.” Dije, como si ya no estuviera claro que tenía que hacerlo.

De todos modos, lo hice. Aunque, cuando llegué, él aún no estaba ahí.

“¿Qué carajos?” me indigné. “¿No tenía que estar aquí a las ocho? ¿En dónde se supone que está?”

Estaba a punto de estallar; el reloj marcaba las ocho y nueve y él todavía no llegaba. ¿Para qué carajos me apuré entonces? No me gustaba la impuntualidad, o tal vez solo estaba angustiada por verlo, o era el frío o el hecho de que estaba toda arreglada, en tacones, esperando a un sujeto que tal vez ni siquiera iba a llegar.

Tenía hambre porque no había almorzado ya que llegué directamente a arreglarme. Lo que me hizo recordar que ayer tampoco había comido. Creo que había sido muy amable de su parte invitarme a comer ya que, desde el lunes, no estaba comiendo bien. Me lo debía, supongo. ¡Pero si es que llegaba!

“Si no llega en cinco minutos me voy a...” estuve a punto de terminar esa amenaza cuando, de pronto, apareció un coche cruzando la esquina. No era el Lamborghini, la verdad no sé de qué marca era, pero definitivamente no lo había visto antes por ahí.

“Ojalá sea él.” Me dije, mientras trataba de deducir si se estaba acercando o sencillamente iba a seguir de largo.

Para mi sorpresa, sí lo era. Repentinamente el corazón se me quería salir del pecho.

El coche se me acercó, dio una vuelta completa tan suavemente que parecía ser súper sencillo manejarlo sin emitir casi ningún sonido y se apagaron sus luces. En cuestión de segundos, Ignacio Salió de este con una sonrisa en el rostro y acomodándose el saco que llevaba puesto.

Su sonrisa, sus ojos, su postura. Era el mismo hombre de la playa, pero se veía tan diferente que las piernas me temblaron ¿De verdad había besado a ese sujeto? Pensé, tratando de encontrar de nuevo mi compostura. Se detuvo por un momento y me miró de arriba abajo... ¿Le habré gustado?

“Te ves...” y se guardó las palabras como si no pudiera contenerlas, como si no fuera posible decirlas siquiera... sonrió exultado, sin dejar de verme. “Esplendida.”

Me sacó una sonrisa.

“¿Y tú? No te quedas atrás...” Le respondí para yo no quedarme sin decir nada.

Era un traje sencillo, pero se veía tan bien en él que me dio la impresión de que nació usándolo —era a la medida, eso es todo—. Era de un gris carbón, entallado, con una camisa blanca abajo que le daba un tono fresco, más que todo porque no estaba usando corbata, aunque no le hacía falta; elegante y masculino. Se veía espectacular. ¡Vaya hombre! La única forma de que se vería mejor, sería si no estuviera usando eso.

Y en un solo movimiento, me tomó por la cintura y me dio un beso sutil, pero candente, en la mejilla. Su perfume era espectacular, su cuerpo estaba tan firme, tan cerca. ¿Por qué no me besó en los labios? —me pregunté—, pero luego recordé que no importaba tanto porque el brillo de los labios se me caería. ¿Lo habrá sabido? No lo sé.

Mentalmente di un grito de júbilo. Su presencia me hacía temblar.

“Gracias...” agregó, con una sonrisa, sin soltarme la cintura.

Su fuerte brazo me apretaba la espalda y me obligaba a arquearla hacia atrás.

Tenía mis brazos sobre su pecho, cuando en realidad quería sostener su cara y comérmelo a besos —creo que estoy enloqueciendo un poco—. Acto seguido, me soltó y acercó a la puerta del coche, la abrió y me dio el paso.

Su sonrisa, me dejó estúpida. Creo que tengo una especie de fetiche por la forma en que me sonrío; es tan natural, tan pura, tan seductora. Siento que debería dejarme caer en sus brazos y comérmelo ahí, entregarme toda, tan solo cuando me sonrío. No sé si estoy yendo muy rápido, pero, ¿Qué puedo hacer si me vuelve loca?

“¿Nos vamos?” dijo.

Nunca me habían abierto la puerta tan elegantemente como lo hizo hecho él —olía demasiado a él—. Luego de eso, él se sentó a mi lado y puso en marcha el coche. Aun no sabía para donde me iba a llevar, pero ya sentía que fuera a donde fuese, le entregaría todo.

“¿Y para dónde vamos?” inquirí, quería asegurarme de estar vestida para la ocasión.

“Vamos a mi hotel...” respondió, con la mirada fija en el camino.

Cuando llegamos al hotel —tomados de manos—, se notaba que era el tipo de lugar que alquilaría un Lambo a cualquier persona que tuviera con qué. Era elegante, espacioso; expedía categoría en cada rincón. Personas caminaban de un lado al otro, llegaban a cada rato. Había mucho movimiento ahí. Pudimos haber entrado directamente al restaurante, pero Ignacio insistió en mostrarme el hotel por dentro.

Con apenas unos segundos adentro, un sujeto nos abordó.

“Señor Ignacio. Ya llegó.” dijo de una forma muy elegante.

Estaba erguido, con una mano sobre la otra como si estuviera esperando ansiosamente por algo. Se le veía en el rostro que era una persona elegante, pero que no era precisamente un huésped del lugar.

“Esteban, ella es Carla.” Me presentó de inmediato.

El hombre me miró sonriente e inclinó la cabeza para saludarme con majestad.

“Señorita... mucho gusto.”

“Carla, él es Esteban, el encargado del hotel.” Lo presentó Ignacio.

“Oh, es como el gerente.” Dije.

“Bueno, en realidad, a veces hace más que ser solo el gerente.” Agregó Ignacio.

“Me encargo de básicamente todo, desde el mantenimiento del hotel como de los asuntos importantes que debe atender el señor Ignacio...” explicó Esteban.

“Tanto de este como de otros hoteles que tengo.” Explicó Ignacio.

Yo simplemente asentía con la cabeza y sonreía sorprendida. Era realmente mucho trabajo para una sola persona.

“Uy, y lo haces tú solo.” Pregunté.

Esteban encontró sumamente gracioso lo que dije, pero su risa era algo, peculiar.

“No todo el tiempo. Tengo un equipo que me ayuda casi siempre.”

“Ya veo.” Agregué.

Ignacio aclaró su garganta e interrumpió para acotar:

“Y bueno, este es el lobby de mi hotel. Por allá están los elevadores y en donde comienzan los cuartos. Por aquí se va a la piscina, y por allá está la entrada hacia el restaurante.” Continuó explicando.

“¿Desean un tour por el edificio?” propuso Esteban.

Ya yo iba a aceptar de una vez, pero Ignacio se me adelantó.

“Mejor después... tengo hambre.” Ignacio se colocó la mano sobre el abdomen e hizo un mohín con el rostro.

Esteban sonrió y asintió de nuevo con elegancia, apartándose para que pudiéramos pasar. Yo traté de responderle con la misma majestuosidad con la que él lo estaba haciendo, y continuamos nuestro camino hacia el restaurante.

“Es un lugar espectacular...” acoté. “Es realmente hermoso.”

“Gracias. Me encanta que te haya gustado...”

Yo le cogí el brazo y me acerqué más a él. Aun no me cansaba de su aroma, ni de la firmeza de su brazo. No sé si es que era fuerte porque hacía ejercicio, o simplemente porque me encantaba él y ya, que del resto solamente estaba exagerando todos sus atributos. Aunque, la verdad, mientras colocaba mi

mejilla sobre su hombro, me di cuenta que no me importaba; Ignacio era espectacular y punto. Me entumecía el cuerpo.

Una vez en el restaurante, nos llevaron hasta una mesa la cual según él: «era la mejor del lugar». No cabía duda que lo era, porque se trataba de Ignacio. Aunque me pareció que estaba un poco apartada de las demás —las cuales estaban al otro lado de la pared—. Cerca de esta, había una especie de barra con unas hornillas, lo que me dio la impresión de que, de hecho, estábamos en la mesa menos elegante de todas, pero eso no era lo que más importaba. No según lo que Ignacio se apresuró a decir:

“La verdad no sé si es o no, la mejor del lugar, pero en lo que a mí respecta, lo es hoy.” Aludió, viéndome con afecto; me sentí alagada, lo que me hizo sonrojar. “Más que todo porque hoy, nos cocinará el chef en persona.”

Entonces, extendió la mano y la dirigió hacia la barra que teníamos al lado.

“Buenas noches, señorita.” El hombre me prestó una sutil reverencia. “Buenas noches, señor Ignacio” e hizo lo mismo con él.

Todo era demasiado formal, no esperaba que fuera así. El asunto es que, inmediatamente el chef apareció, se acercó a nosotros —como si también fuera el mesonero— y nos entregó las cartas de la noche.

“¿Desean algo de beber?” Preguntó, dirigiéndose a Ignacio.

“Sí...”

Ignacio pidió una botella —que honestamente no vi en la carta que nos dieron — como si se tratara de algo importante. Lo miré extrañada porque, en sí, el que conociera de todo eso, solo servía para decirme que vivía bajo el estereotipo de ser millonario, aunque, en su totalidad, no lo parecía; simplemente era Ignacio. Así lo veía yo.

Cuando el chef regresó, traía un carrito con la botella y dos copas grandes, se detuvo al lado derecho de Ignacio y le presentó la botella. Luego de eso, tuvo un proceso todo elaborado en donde ambos parecían intercambiar información que yo no estaba percibiendo, pero que concluyó con un: «Está bien» de Ignacio y luego el chef sirviendo mi copa.

Acto seguido, elegimos la comida. Aun no entendía por qué Ignacio había dicho que era la mejor mesa, hasta que, luego de decidir que comeríamos, el

chef en persona comenzó a cocinarlo ante nuestros ojos. Todo eso parecía un programa de cocina muy bien elaborado, tal cual como sucedía en la televisión. Él comenzó a contarnos acerca de los ingredientes, de qué le gustaba más de ellos, de donde venían, por qué se llamaban así, en cual temporada estábamos, de cómo sabían mejor y de las muchas cosas que se podía hacer, al mismo tiempo en que yo no podía dejar de ver sus manos moverse. Estaba hipnotizada, no sé si por el hambre o el espectáculo.

La primera parte de la noche la pasamos viendo eso, lo que hizo mejor la segunda parte de la misma. Mientras comimos no dijimos ninguna palabra. Tanto escuchar de comida, de ver cómo la preparaban y de los exquisitos olores que salían de la barra, me terminó dando la impresión de que, en efecto, no solo era la mejor mesa, sino que había resultado en la mejor comida que había probado en toda mi vida.

Cuando por fin terminamos de comer tanto los tres platos que se sirvieron en la mesa, como el cuarto —porque repetimos el postre— y las dos copas de vino que nos dieron, nos levantamos, nos despedimos del chef como si ahora se tratara de un viejo amigo, y nos fuimos de ahí. Estábamos un poco mareados y ebrios, lo que se tradujo en nosotros riéndonos de cosas sin sentido. Sin embargo, me sentía muy bien.

Caminamos hasta el lobby en donde Esteban nos saludó desde lejos, aunque no nos molestó. Yo quería ver el hotel, pero Ignacio quería caminar por la calle. Al final, gané la discusión y comenzamos a caminar por lo largo y ancho de aquel edificio. Resultó ser realmente agradable, hermoso por todos lados. Caminamos tratando de hacer la menor cantidad de ruido —porque a pesar de que aun estábamos cuerdos, nos reíamos de las bromas del otro un poco de más— y tomados de la mano. Hasta que, llegando al último piso, nos detuvimos delante de dos enormes puertas.

“Y aquí es en donde duermo yo”. Dijo, al fin, señalando esas dos enormes puertas.

“Vaya... que puertas tan bonitas.” Bromeé.

Él se rio para después acercarse a abrirlas. Una vez abiertas, pude ver adentro. Era increíblemente grande, parecía una casa. Tenía de todo; sofás, un mini bar, un balcón, comedor, una nevera, televisores, candelabros, sillones y una chimenea. Sin contar con los adornos, los arreglos de flores, de frutas y

todo lo demás que se podía comer o llevar. Estaba realmente encantada.

“Demonios...” agregué.

“Sí. Es un poco aparatoso.”

“¿Aparatoso?” dije sorprendida. “Esto es increíble.”

Comencé a rodearlo, viendo todo de punta a punta y comparándolo con las otras habitaciones que me había mostrado. Ignacio me seguía como si me estuviera cuidando, riéndose de mis caras de sorpresa. Sí, era algo normal todo eso que había ahí, la verdad no sé por qué estaba tan emocionada. Creo que fue el vino.

“Con qué esto es lo que alquilan los millonarios...” exclamé. “¿Cuánto costará una noche aquí?”

“Creo que como cuatro o cinco mil dólares la noche... creo.” Dijo, como si no fuera gran cosa.

“Ah, bueno, supongo que lo vale.” Agregué, viéndolo de arriba abajo.

“Sí. Supongo.” Me apoyó.

Antes de darme cuenta, lo tenía realmente cerca. De nuevo, se tomó la libertad de rodear mi cintura con el brazo y verme directamente a los ojos. No me opuse a su gesto porque ya estaba sintiendo que era hora que hiciera algo para llamar mi atención.

“Y... ¿Cuánto me cuesta a mí una noche aquí?” Dije, con un tono de voz travieso y seductor.

En eso, sus labios se acercaron a los míos y colisionaron en un espléndido y perfecto beso. Sus manos se hicieron traviesas y comenzaron a meterse debajo de mi ropa. Me encantaba lo que estaba haciendo, y lo que hacía era maravilloso. Mi cuerpo reaccionó a sus caricias, sus apretones, a todo lo que estaba haciendo para excitarme más de lo que ya estaba. No sé cuántas veces durante la noche, sentí que debíamos dejar todo de lado e ir directo a esto, pero no importaba ya, no cuando me estaba besando el cuello.

Sus labios le abrieron paso a su lengua, que trazaba un húmedo camino hasta mis hombros. Con su mano despejaba el camino, estirando mi ropa. A este punto, no era importante lo que le sucediera, ya que, por mí, podría romperla toda y estaría bien. No tardó mucho en darse cuenta que mis pechos estaban

disponibles para él, así que se aferró de inmediato a ellos. Los apretó tal cual como pensé que podría hacerlo, penetrando por debajo de mi sujetador. Mis pezones ya estaban duros, cosa que parecía que le había gustado. Inmediatamente los sostuvo con los dedos y una corriente de placer me atravesó la espalda haciéndome gemir.

En mi entrepierna había algo que exigía atención, y esta noche se la iban a dar.

# Capítulo 11: Ignacio

Ninguna velada, había sido consumada jamás con un simple beso en la mejilla y un: «hasta la próxima», como si todo aquello que encendía sus deseos no significara nada. Esta vez no fue la excepción. Me había divertido mucho con ella, pasamos un rato de calidad y recorrimos el hotel exagerando una ebriedad que realmente no teníamos. Sin embargo, estaba feliz tan solo por estar con ella.

No sabía si debía decir que ya la amaba, pero, no estoy seguro si hay un tiempo límite para eso. De hecho, recuerdo que cuando me bajé del coche, sentí que había visto la cosa más hermosa de todo este mundo. Y no tenía nada que ver por la forma en que estaba vestida, porque su belleza se apreciaba incluso con el delantal. Pero, el verla por primera vez así, daba la impresión de que estaba viéndola por primera vez y ya.

Era tan esplendida, tan atractiva, hermosa... ¿Cómo carajos lo digo? Si sencillamente era perfecta. La mejor parte es que por la forma en que estaba vestida, me hacía sentir tan estúpido, tan, emocionado, tan... que no puedo describirlo mejor que con un: me fascina. ¡Por qué esa es la verdad!

Sus piernas se veían esplendidas mientras usaba tacones. Su cintura se acentuaba, sus pechos se levantaban como dos montañas hermosas y su rostro sencillamente no cabía en su belleza. Pero, la mejor parte de verla vestida así, fue el imaginármela quitándoselo. Y como ya había dicho, mi imaginación no era muy buena, así que no me quedó de otra más que hacerlo realidad.

Mientras que mi mano atravesaba las fronteras de tela, sentía un escalofrío excitante en todo el cuerpo. No dejé de besarla porque su piel era increíblemente deliciosa. Sus labios, sus mejillas, su cuello ¡Incluso su clavícula! Necesitaba besarla toda, completa, entera. Mientras que mis manos se ocupaban de examinarla apropiadamente, yo me deleitaba con su sabor.

Tocar su cintura sin nada que se opusiera entre nosotros, era la mejor sensación. De ahí, pasé a su espalda, luego a su abdomen y por ultimo a sus pechos. Fue allí cuando sentí que estaba en el cielo. Eran tan suaves como podrían serlo, naturales, a la justa medida. Sus pezones duros se sentían tan

bien entre mis dedos que me nació el deseo incontrolable de probarlos. Era sencillamente perfecta.

Pero, nada se compara al momento en que los apreté. En ese instante, un gemido embriagante salió de su boca y se enterró en mi cerebro obligándome a acelerar el paso.

Sus manos comenzaron a hacer lo mismo conmigo. Mi ropa quedó de lado convirtiéndose solo en un obstáculo simple para ella. Antes de darme cuenta, ya estaba medio desnudo, sintiendo como su lengua se iba desplazando por mi cuerpo. Tenía razón, haberla desvestido fue mejor que tenerla con esa ropa.

Su cuerpo desnudo era un deleite. Sus hermosos pechos redondos estaban perfectamente ajustados a ella, su cintura, sus piernas y el resto de los atributos que tanto me he puesto a admirar, estaban sobre mí, rozándome, haciéndome sentir bien con tan poco y tan rápido. Sus lamidas, sus besos y sus caricias fueron desplazándose por todo mi ser, hasta llegar a mis pantalones

“Tenemos que quitar eso” dijo, tan de repente, tan intensa.

Era claro lo que quería y lo que estaba punto de darme. Sus manos se perdieron en mi pantalón hasta que pudo quitarlo por completo, dejándome completamente desnudo.

“Dios mío” exclamó sorprendida pero encantada. “Es perfecto.” No era necesario que lo admirara, pero tampoco quitaba que lo hiciera. Lo tomo entre sus manos como si fuera un manjar y acercó su rostro, para luego decir: “tengo que probarlo.”

De verdad que eso de conocerla había sido una buena idea. Sus ojos se enterraron en mí y yo me enterré en su boca. Lo lamió, lo succionó y lo hizo completamente suyo. Estaba encantada con lo que veía, con lo que estaba probando y, para ser honesto, se sentía increíble.

Yo traté de tomarla por el cabello para poder decidir el ritmo en que me la iba a mamar, pero ella no dejó espacio para eso. Se lo sacó de la boca e impuso sus términos.

“Eh... no querido.” Me miró a los ojos, tan segura, lasciva y sensual, que no me quedó de otra más que levantar los brazos en paz y dejarla hacer su trabajo.

“Está bien.” Dije, y ella siguió con lo suyo.

Con una de sus manos comenzó a apretarme el escroto, mientras que su boca y sus labios se enfocaban en lo largo y grueso de mi pene. Era tan cálido, tan húmedo, tan perfecto estar ahí adentro que podría decir que no había manera de desear estar en otro lado.

Pero el camino a la mejor parte apenas estaba empezando.

Sus labios dejaron mi pene en paz y comenzó de nuevo a lamer el resto de mi cuerpo, hasta llegar a mi rostro y verme directamente a los ojos.

“Quieres que me siente sobre tu cara” preguntó, tan directamente que no pude negarme.

Así que lo hizo, y yo lo disfruté. Su vulva húmeda estaba expuesta, sobre mi rostro. La podía oler, sentir, era como si hubiera muerto y el cielo hubiera caído en mi cara. Comencé a lamerla y ella a gemir.

“Sí. Joder” exclamó.

Con mis manos, apreté su culo, sus piernas sus pechos. Traté de tocarla toda mientras que el cielo se me caía en la boca. Gemía y gemía mientras que todo le temblaba. Hasta que de repente, se dejó caer y de nuevo, se comió mi pene.

La sorpresa me hizo coger aire de repente, pero no me detuve. Y ahí estábamos, sintiéndonos, lamiéndonos, comiéndonos el uno con el otro. Nuestros besos recorrían nuestros cuerpos, se introducían, salían, se perdían en el sexo del otro sin ningún preámbulo.

Ella gemía y sus nalgas me temblaban en la cara. Era la perfección hecha mujer. El sabor amargo y ácido del interior de su vagina despertaba todos los receptores valiosos de mi cerebro obligándome a verla como la diosa que era. Pero ella no se quedaba atrás. Sentía como su lengua me lamía la punta, el tallo y el escroto. Lo recorría de arriba abajo sin dejar ni un solo lado descubierto. Era encantador.

Le tocaba la garganta, las mejillas, los labios. Se lo pasaba por el rostro, el cuello, mientras que jugaba con sus pezones y se dejaba penetrar por mi lengua. Sus gemidos se ahogaban por el grosor de mi miembro, su cuerpo se retorció por el movimiento de mi boca.

Jugaba con su clítoris, con sus labios. Necesitaba todo de ella y lo estaba

tomando. Sus jugos vaginales me llenaron toda la cara de éxtasis.

Ella gritaba, asintiendo y llegando cada vez más cerca del siguiente orgasmo. Era tan sensible, tan escandalosa. No me importaba que alguien más nos escuchara porque el sonido de una mujer gimiendo es lo mejor que se puede escuchar.

No sabía lo mucho que me gustaba el sexo hasta que Carla se sentó en mi cara. Pero como dije, la mejor parte aun no empezaba.

Cuando se levantó, sentí un vacío en el pecho que no pude explicar con palabras, así que lo hice con un simple y junto movimiento. Antes de que se fuera, la tomé por la cintura, me senté en la cama rápidamente, y pegué sus nalgas en mi rostro otra vez.

“AY... dios, como que te gusta...” dijo encantada, mientras que volvía a enterar mi lengua en su vagina.

La hice gemir y eso me puso aún más duro. Pero ella se resistió y apartó de nuevo su culo, dándose la vuelta y buscando mis ojos con su mirada, para decir:

“Pero quiero algo más grande.”

Y, las ganas de lamerla desaparecieron rápidamente. Se me dibujó una sonrisa en el rostro; no cabía en mí de lo excitado que me tenía ella y su cuerpo perfecto.

“Eres perfecta.” Le dije, mientras que se sentaba sobre mí y me abrazaba el cuello.

Lentamente fue dejándose penetrar por mí, mientras que su respiración aceleraba, que su cuerpo le pedía a grito: «más». Estaba desesperado de que me cabalgara. Tomé su culo entre mis manos y la hice terminar de sentarse sobre mí.

Ella dejó escapar un grito de éxtasis que, juro, de seguro atravesó el techo.

“¡Sí! ¡Joder! ¡Me encanta!” resolló todo el aire en sus pulmones y, luego de un suspiro de deleite, tomó mi rostro entre sus manos y bajó el suyo con agresividad, fulminándome con la mirada “Destrózame.” Ordenó.

¿Cómo puedo controlarme después de eso?

Apreté sus nalgas, tan fuerte como pude mientras que ella me pedía que le diera más. Saltaba sobre mí, se movía como las olas, gemía de placer y se aferraba a mi cuerpo mientras que gritaba mi nombre.

“¡Ignacio! ¡Sí! ¡Joder!”

La lamí, la besé, me entregué a ella. Su vagina humeada empapaba mi pene cada vez que lo dejaba salir, permitiendo que sus fluidos se escurrieran entre sus nalgas, sus piernas, las mías. Nos besamos con, deseo.

Lamenté no haber estado con ella antes, haber desperdiciado tantos años de mi vida sin una mujer que me dominara de esa forma.

Cuando levantaba su culo —al colocarse en cuatro— podía ver toda una puerta de posibilidades, la nalgueé, la lamí, la penetré. Estábamos dejándonos llevar por nuestros instintos más salvajes. A veces ni siquiera gemíamos de placer, sino que gruñíamos ansiosos por más. Me esforcé por dar lo mejor de mí, por embestirla tanto como quería que lo hiciera, por besarla tan bien como necesitaba ser besada.

Sin importar qué, no podíamos tener suficiente del otro. Estuve encima, de bajo, de lado, de cabeza y de pie. No solamente se había vuelto lo mejor que me había pasado, sino que, en definitiva, jamás me iba a cansar de estar con ella.

Durante toda la noche nos entregamos, nos hicimos añicos hasta desfallecer. Estaba débil, agotado, pero aun así tenía la cordura suficiente para saber qué era lo que quería, y eso me llevó a decírselo de una vez por todas.

Mientras que nos recuperábamos de la última ronda y nos preparábamos para la siguiente, me dejé caer sobre su abdomen, sintiendo el olor a sexo que emanaba de su cuerpo, y le dije:

“Quiero vender dulces contigo por siempre.”

## Capítulo 12: Antonia

Las palabras de Josefa se enterraron en mi cerebro de tal forma que no había nada que pudiera hacerme sentir mejor.

“Quiere presentársela a mis padres.” Dijo, o, mejor dicho, lo repitió. Ahora que la escucho, deseo no haberle insistido para que me dijera.

“Maldición... maldición... maldición...”

Mientras que comienzo a colapsar en mi propia cabeza, Josefa intenta explicarme qué fue lo que le dijo y cómo lo hizo. No me importa, no es esencial ahora que sé qué se supone que espera hacer. ¿Está loco? No puedo simplemente aceptar que lo haga ¡No puedo! —me levanto de la cama y comienzo a dar vueltas. Sigo callada—. ¿Ahora qué se supone que voy a hacer? No puedo simplemente deshacerme de la estúpida esa ahora que el idiota de Ignacio está tan enamorado.

Sigo sin escuchar a Josefa quien cree que estoy procesando sus palabras ya que solamente voy de un lado al otro en esta maldita y enorme habitación. Que Ignacio haga lo que piensa hacer implica muchas cosas, entre ellas, es que, la única manera de que quiera presentárselo a sus papás, es porque obviamente está muy enamorado. Él no es así, él no hace eso con cualquier mujer que le mira bonito. Esto va en serio. Pero de todas las cosas, la peor es que, de seguro ya se olvidó de mí. ¡La peor, dije, la peor! ¿Por qué me hace esto? Es incomodo incluso para mí.

Lo que en realidad trato de procesar es algo más importante que eso. El plan que tenía en mente se fue al carajo en el momento en que él decidió que debía hacerse formal cualquiera que sea la cochinada que esté haciendo con ella. Es que, de tan solo imaginármelos juntos, se me hace difícil. Lentamente voy perdiendo el control de mis ideas —comienzo a dar pasos más largos y pesados—, de lo que deseo en realidad, de todo lo que había logrado forjar estos últimos meses.

No me importa lo que tenga que hacer, tengo que conseguir que ella se vaya para el demonio —me detengo en seco—, pero ya va... no puedo hacerlo quejándome como una estúpida. ¡Tengo que actuar!

“¿En dónde está ahora?” le espeto a Josefa, quien se calla de inmediato.

“No lo sé...” negó, como si no entendiera la gravedad del asunto.

Quería estallar, pero respiré profundo; no es su culpa.

“¿No sabes nada? ¿No te dijo nada cuando hablaron esta mañana?”

“No...”

La posibilidad de que fuera a ver a la tonta esa, eran increíbles.

“¿Cómo estaba vestido? ¿Acaso iba para la playa?”

“No lo sé, Antonia. Estaba en bata cuando me lo dijo. ¿No me estás escuchando? Te dije que me lo encontré en el pasillo...”

Gruñí. ¿Cómo era posible que no supiéramos en donde carajos iba a estar hoy? ¿Acaso no fue para eso que vinimos?

“Si quieres puedes preguntarle a Esteban.” Agregó Josefa, levantándose y acercándose a la cesta de dulces, para luego decir, olvidándose del problema que teníamos entre manos: “Veamos que tenemos hoy...”

Pero tenía sentido. Sí, podía preguntarle a Esteban, él lo sabe todo aquí. Así mismo, fui corriendo al lobby para encontrarlo. Desgraciadamente no estaba, pero no me detuve ahí. Pregunté por todos lados para ubicarlo, hasta que de un momento a otro me lo encontré de frente.

“Señorita Antonia... que gusto verla” dijo.

“No tengo tiempo para eso...” lo interrumpí antes de que comenzara a decir otra cosa. “¿Sabes para donde se fue Ignacio?”

Pese a que lo traté groseramente, Esteban no hizo gesto alguno más que el de pensar.

“Bueno... si no me equivoco, mandó a revisar su yate porque tenía pensado zarpar hoy, y bueno...”

“Con que se fue a la playa...” mascullé. “Seguro va a ir con la...”

Pero Esteban me interrumpió.

“Bueno, si se refiere a la playa que ha estado yendo estos últimos días, no creo que sea posible.”

“¿Qué? ¿Cómo así?”

“Porque la playa cierra los jueves, señorita.” Explicó.

La noticia me abordó como un balde de agua helada.

“¿Entonces a donde va a zarpar el yate?” pregunté.

“Pues en el muelle, señorita. Ahí zarpan todos los yates.” Dijo, sin entender muy bien por qué le hice esa pregunta.

“Claro.” Exclamé una vez que vi mi estupidez. Sí que este problema me estaba jodiendo la cabeza.

Una vez obtuve lo que pude, le agradecí, me disculpé por ser tan grosera y corrí de nuevo a mi habitación, en donde me encontré a Josefa engullendo los dulces de la cesta mientras veía televisión.

“¿En serio?” le increpé. “¿Ya te los vas a comer todos?”

Y con ellos en la boca, me respondió:

“Bueno, ¿Qué quieres que haga? Saliste corriendo sin decirme nada, y me sentí ofendida y me los comí.”

“Pudiste haberme dejado unos...” dije, viendo que aún había muchos en la cesta, pero consiente de que en realidad no me los iba a dar.

“No... no quiero.”

Me dejé caer sobre la cama para contarle de la nueva información adquirida mientras que veía al techo:

“Ignacio va a salir en su yate hoy.”

“Eso es bueno... ¿Verdad?” dijo Josefa.

“No lo sé.” Supuse. “Por lo menos sabemos qué hará hoy.”

“Sí...” afirmó, mientras que cambiaba de canal. “¿Entonces qué vas a hacer ahora?” agregó.

“Bueno, hasta ahora, no había pensado en eso. Creí que se me ocurriría algo si le preguntaba a Esteban en donde estaría hoy.” Me quejé.

“¿Y entonces?” insistió.

Alcé mi torso de la cama, sentándome por completo y le espeté:

“¿No lo sé? ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo voy a seguir nadando?”

exclamé, “pues no. No lo sé.” Agregué, dejándome caer de nuevo.

Josefa se dio media vuelta y me miró mientras masticaba.

“Bueno, pero tampoco te veo dando ideas. ¿No es que teníamos un plan?”  
Dijo.

“¡Sí! Pero si no te has dado cuenta todavía, ese plan no significa nada si ahora piensa decirles a sus padres que está saliendo con una vendedora de una playa cualquiera.” Espeté, levantándome de nuevo.

Josefa, resopló en desacuerdo y me miró convencida de que yo estaba equivocada.

“Por el amor de dios, ¿Qué te pasa ahora?” me dijo.

“¿Qué?” respondí preocupada por no entender. “¿Ahora qué hice?”

Su tono de voz aumentó, y pese a que aún tenía el envoltorio del chocolate en la mano, despertaba cierta autoridad que no siempre tenía presente. Es por eso que aún sigue siendo mi amiga, porque la verdad es la única que puede tolerar mis estupideces —sí, lo reconozco.

“¿Acaso crees que eso es un impedimento para ti?”

“¿Qué? ¿El que se la presente a sus padres? ¡Pues claro que lo es! ¿Cómo no va a poder ser un problema? Si se supone que...”

“¡Ah, ya basta con eso!” Increpó, obligándome a callar. “Se supone que esto, se supone que lo otro...” me imitó con desdén, “¿Vas a seguir con eso? Ya deja de decirlo... ¿Sí? No estás haciendo nada lamentándote por todo”

“Pero es que...” no tenía motivos para defenderme, ella tenía la razón, pero aun así lo hice.

“Tengo toda la puta semana viéndote cómo tratas de convencer a Ignacio que deben estar juntos y ¿Aparece una mujer de la playa y luego de dos días con competencia te vas a rendir? ¿En serio?” Observó.

Traté de mantener la frente en alto, pese a que me estaban reprendiendo con severidad.

“Vamos... levántate.” Extendió las manos para ayudarme a parar. “Y concéntrate. ¿Realmente crees que el plan no funciona por qué le va a decir a mis papás?” Dijo, mientras me levantaba de la cama sin apartarle la mirada.

“Este, sí...” creí que debía decir eso.

“Pues no... estás equivocada.” Aseveró, pero yo no podía ver por qué.

La miré dudosa, lo que la llevó a decirlo de nuevo, un poco más explicativa.

“Aún no lo hace. Y si es por eso, no quiere decir tampoco que no consigas que se separen tan solo por eso.” Me soltó las manos. Creo que me llenó de chocolate. “Puedes intentarlo de todos modos, decirle o hacer lo que tienes planeado sin importar qué, y lograr que se separen. Con suerte, lo conseguirás y a él se le borrará esa estúpida idea de la cabeza.” Me motivó.

Lentamente se le fue dibujando una sonrisa en el rostro que, al mismo tiempo, comencé a imitar. Estaba en lo correcto. Así que cerré los puños y dejé que el calor de la convicción me volviera a invadir.

“¡Tienes razón!” dije, dejando que eso me convenciera. Me aparté de la cama y de Josi, dándole la espalda, para coger espacio y agregué: “De hecho, no tengo por qué preocuparme tanto. De todos modos, no se los va a decir ahora” Me di la vuelta y la miré de nuevo, flaqueando un poco. “¿Cierto?”

“Eso fue lo que te dije... sí.” Corroboró.

Con eso fue suficiente para fortalecer mi convicción.

“Tienes razón” repetí. “No voy a dejar que esto me detenga.”

El plan seguía siendo el mismo, lo único que cambiaba era el modo de ejecución y lo pronto que lo iba a poner en marcha. Esa misma tarde acordamos lo que íbamos a hacer y entendimos que, sin importar qué, tendríamos que hacerlo cuanto antes y así prevenir que fuera a contárselo a sus padres —quienes estaban al otro lado del mundo, así que aún había tiempo—. No importaba lo que me costase, lo iba a lograr.

Estaba segura que la relación que pretendía tener con esa mujer, no era, en lo absoluto, buena idea. Seguro estaba interesada en su dinero —cosa que tampoco me importa mucho—, o cualquier otra excusa que se le pudiera ocurrir para estar con un hombre al que acababa de conocer —según lo que me dijo Josefa—, y eso era una verdad que no se podía eludir.

La peor parte es que no había logrado verlo en estos últimos tres días luego de que nos encontramos en la playa con la vendedora, lo que realmente significó un paso atrás para mi plan. Estaba segura que, si pasaba suficiente tiempo con

él, recordaría que estaba realmente enamorado de mí y así me perdonaría de una vez. Después de todo, esos malditos meses de terapia no iban a ser en vano.

Sin embargo, no podía simplemente evitar pensar en que, lo que estaba haciendo era muy raro en él. No era normal que se enviciara tan rápido con alguien, no él, el hombre que quiere tener una relación seria y sentar cabeza. Nunca ha estado con una mujer de esa forma, aparte de mí. Tal vez se está volviendo loco. ¿Quién sabe? Aunque, sin importar qué, es obvio que algo no anda bien, pero yo estoy aquí para arreglarlo.

“¿Está todo bien ahora sí?” Me interrumpió Josefa, tensa, sin moverse todavía de en donde la había dejado.

La miré a los ojos, y, con la frente en alto y llena de seguridad, le respondí:

“Sí... todo está bien.”

Y con esa afirmación, mi amiga se dejó caer frente a la cesta de dulces y continuó viendo la televisión.

“Bien...” propugnó, sin agregar más nada.

\* \* \*

No estoy segura cuantas veces durante este viaje he dicho que Ignacio es todo para mí. La peor parte es que entiendo y comprendo lo extraño y desesperado que eso suena —lo sé, mi terapeuta me lo hizo notar—. Pero también sé que no hay manera ni modo en el que todo lo que siento por él sea producto de una dependencia absurda e irracional con respecto a un hombre que a penas y está demostrando interés en mí.

No. Lo que siento es real, lo sé porque cada vez que me despierto añoro estar a su lado; porque cuando experimento algo increíblemente emocionante, deseo que él esté junto a mí para compartirlo. Cuando estoy feliz, cuando estoy triste... mi cuerpo clama su presencia; él fue mi compañero por muchos años y eso es lo que importa: el tiempo que estuvimos juntos.

¿Qué tal vez crucé la línea una que otra vez? Sí, puede ser. Pero si se me va a culpar de algo, que se me culpe de amarlo. Lo hice porque lo amo, porque me importa, porque realmente me preocupaba que me fuera a dejar y yo quedara sola como la persona amargada y difícil de tragar que soy.

Él siempre estuvo para mí y creo que no solamente lo valoré, sino que me hice adicta a él. Comprendo que mis acciones fueron egoístas y radicales, pero, por eso intenté mejorar, porque él lo vale, porque Ignacio vale cada una de las cosas por las que tuve que atravesar tan solo para cambiar un poco la forma en que percibo mi entorno.

Él lo es todo. Es por eso que, cuando no apareció el viernes en la tarde en el muelle, quise estallar.

Luego de planearlo mucho, se podía decir que estaba muy segura de cómo iba a resolver las cosas, pero, no contaba con ese pequeño problema.

Parada en el muelle junto con Josi, sentí que algo estaba yendo mal, que el que no hubiera llegado era una mala señal, por otro lado, Josefa dijo que tal vez quería un tiempo a solas y por eso no llegaba. Indiferentemente de cuál de las dos tenía la razón, intentamos contactarlo, buscar una respuesta.

Tenía pensado poner en marcha mi plan cuando llegara al muelle, abordarlo cuando estuviera cansado y confundido para que las cosas resultaran mejor. No pude. Luego de que intentamos contactarlo, Esteban especificó que iba acompañado, lo que no solo me hizo enojar, sino que me demostró que estaba con ella.

“No se preocupe” nos dijo, como si no fuera gran cosa. “Seguro decidió pasar la noche en el mar” Aseguró. “Todos lo hacen.”

Sin embargo, por la noche no podíamos hacer nada, así que tuvimos que esperar al día siguiente. Si no regresaba, tendríamos que mandarlos a buscar, fuera para rescatarlo o para armar un drama innecesario. No me importaba. Yo iba a hacer lo que fuera necesario para captar su atención, para lograr que mi plan funcionara.

“No importa.” Le dije a Josi. “Lo haremos mañana. El día es lo de menos, lo que importa es que lo hagamos.”

Trataba de convencerme más a mí que a ella, quien realmente estaba indiferente con respecto al asunto. Ella solamente me seguía, más no aportaba nada realmente relevante al asunto de reconquistar a Ignacio. Eso es lo de menos, mientras no esté sola, mejor.

En fin, el asunto es que, la mañana del viernes, aun no aparecía su yate y eso me preocupó. ¿Qué podría significar? ¿Qué se supone que estaría haciendo? Si

es que está con la estúpida esa, entonces de seguro la están pasando de lo más bien. Aunque no lo sabía. Por otro lado, lo que más me preocupaba era el hecho de que su ausencia estaba interfiriendo con mi plan.

Al final, entendí que me tocaba esperar, y la verdad, es que no soy muy paciente que digamos.

# Capítulo 13: Carla

La noche con Ignacio había sido espléndida. Nos quedamos en su cuarto del hotel completamente desnudos, dejando que el frío y el amor nos envolviera. Aún recuerdo lo que me dijo: «Quiero vender dulces contigo por siempre». Y la verdad, acordarme de eso mientras que me está besando la espalda, es lo mejor que puede estar pasándome.

El sexo, sin lugar a duda, fue increíble. Estaba en un momento de mi vida en el que, alguien tan intenso y espectacular como él, debía llegar y embestirme como me lo merecía. Sí, me encanto, y no solo eso, lo repetimos hasta el cansancio. Justo ahora, minutos después del amanecer, Ignacio me está besando la espalda mientras que siento cómo su pene se endurece sobre mi pierna. Es muy lindo, la verdad.

“¿Estás despierta?” preguntó, luego de que uno de sus besos me obligó a arquear la espalda.

“Desde hace rato.” Le confesé.

Él no dejó de besarme, ni de recostar su miembro erecto de mi pierna, luego de mis muslos y después de mi trasero.

“Pero quería dormir hasta más tarde...” agregué.

“Y... no se... supone que... debes ir a la playa... hoy...” preguntó, entre besos y caricias.

“No... la playa no abre los jueves.” Le expliqué. “La limpian y eso... ¿Sabes?”

“Interesante.” Dijo, con sus labios sobre mi piel. “Entonces no tenemos que trabajar hoy.”

La forma en que esa afirmación se escuchó, me causó risa. «No tenemos que trabajar hoy» ¿Acaso estaba implicando que de verdad iba a vender dulces conmigo por siempre? Me di la vuelta, obligándolo a apartarse de mí para recostarme boca arriba y, al mismo tiempo en que él dejó caer su cabeza sobre mi vientre, le dije:

“Ahora tenemos que trabajar... ¿Ah?” aludí.

Él se rio conmigo.

“Sí bueno. Creí que tendríamos que ir a buscar los dulces... eso es todo.” Sus manos traviesas buscaron acercarse a mi pecho como si no me hubiera dado cuenta y comenzó a jugar con mis pezones una vez los alcanzó.

“¿Así que por eso me despertaste a las...” me giré para ver el reloj que habíamos tirado al piso la noche anterior y vi la hora, “...seis de la mañana?”

Ignacio seguía jugando con mis pezones mientras que con su lengua le daba sutiles lamidas a mi abdomen.

“¿Qué estás haciendo?” exclamé entre risas a causa de las cosquillas que me hacía.

“Estoy desayunando.” Dijo.

Sus caricias fueron calentándome, mientras que el resto de las cosas que estaba pensando desaparecieron de mi cabeza. Era encantador lo que hacía. De mi ombligo pasó a mis caderas y de ahí bajó hasta mi vulva. En cualquier momento me habría molestado que lo hiciera cualquier otro, pero no él. Comenzó a lamerme lenta y delicadamente el clítoris mientras que su respiración gélida iba humedeciéndome más.

Su boca, se sentía fría y agradable, por lo que asumí que ya se había cepillado los dientes.

Yo gemía y me aferraba a las sabanas mientras que me sentía la mujer despierta a las seis de la mañana más afortunada del mundo. Deberían despertarme así todos los días. Pero su lengua no se quedó ahí. Fue bajando más y apoderándose de mí, de mis sentidos, de mis pensamientos, hasta que se enterró en el interior de mi vagina, sacudiéndome de adentro hacia afuera.

Yo gemía, tratando moverme desesperadamente, pero él sujetaba mi cintura y me devolvía al lugar en donde debía estar, en su boca. Me comía sin precedente, sin nada que dejar. En definitiva, estaba desayunando. Eso me gustó. Sus palabras fueron muy acertadas.

No se detuvo. Subía el ritmo y se hacía cada vez más intenso, más perseverante, presente. Me estaba volviendo loca, me estaba enamorando de todas las formas habidas y por haber. Sus dedos, su lengua, su rostro... todo esto colaboró a que me atacara un exquisito orgasmo matutino que nunca antes

había sentido, no a esta hora, no de esta forma. Doble mi espalda y grité mi éxtasis hasta el techo. Las piernas me temblaban, un palpito en mi pecho me decía que estaba agitada. No podía respirar bien y todo lo que quería hacer era quedarme acostada por el resto del día. Esplendido.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

Al cabo de un rato recordé lo que había hecho y que eso quería decir que estábamos listos para el sexo matutino, pero cuando abrí los ojos, él estaba parado al lado de la cama colocándose una bata.

“Ey...” llamé su atención —aunque todavía no tenía muchas fuerzas para levantar mucho la voz— sin poder moverme aun de donde estaba. “¿Qué pasó?” dije un tanto decepcionada y confundida. “No quieres...” e impliqué lo que se suponía que venía después de eso que me hizo.

Él me sonrió, quitándole importancia, se acercó a mí y me dio un suave beso en los labios.

“Ya vengo.”

Se apartó y salió de la habitación. No supe qué significó todo eso ¿Acaso quiere decir que no tendremos sexo? ¿Es eso normal? Yo estaba satisfecha, ya que después de esa lamida, no me hacía falta más nada, pero, él no recibió nada de mí. ¿Será que debía hacerlo cuándo llegará? ¿Cómo funciona esto? Me dejó intrigada por una media hora.

Al cabo de un rato, entendí que tal vez se tardaría un poco, por lo que me senté en la cama y encendí el televisor. Debajo de este había una cesta de chocolates la cual, tras pensarlo un poco, cogí y comencé a comer. Después de eso, llegó Ignacio con un carrito lleno de comida y una sonrisa de oreja a oreja.

“¿Te gustan los barcos?” preguntó, realmente entusiasmado.

Por un segundo pensé en decirle que no, que la verdad me daba un poco de terror montarme en una de esas cosas, pero, estando con él, viéndolo tan feliz, y sin saber lo que su pregunta implicaba, respondí con un:

“No mucho...” lo bueno fue que no mentí. Me mantuve firme.

“¿Qué no te gustan, no te gustan?” dijo, como si haciendo énfasis en «no te gustan», pudiera determinar lo mucho que no me gustaban.

“No, bueno. No es que no me gusten, no me gusten.” Respondí. “Es que, estar

en el mar, sobre algo que se puede hundir, me da un poco de miedo. ¿Sabes?”

“¿Le tienes fobia al agua?” preguntó como si fuera difícil de creer.

La pregunta me hizo sentir un poco incomoda.

“No bueno, no miedo, miedo de fobia. No sé cómo puedo explicarlo, la verdad...”

“¡Hum!” masculló Ignacio. Acercando más el carrito de comida a mí y sentándose a mi lado. “Entonces, si te digo para ir a dar un paseo en yate, ¿Me dirías que no?”

No sabía qué responder ni qué tan probable era que eso pasara. Aunque, tratándose de Ignacio, seguro era muy seguro que sucediera.

“No lo sé... ¿Tienes un yate?” bromeé, suponiendo que podría o no tener uno cuando lo más lógico era que si lo tenía.

Quería sonar casual, interesante. Tal vez así podría lograr que la conversación pasara a otro nivel o cambiara por completo.

“Tengo varios.” Presumió, introduciéndose una uva a la boca, quitándole sentido a mi pregunta. Se rio justo después de eso.

Dejé caer los hombros ya que no tenía caso decir el chiste que tenía pensado decir para cambiar el ritmo de lo que decíamos.

“¿Qué?” exclamó riéndose, como si lo que dijo no hubiera tenido importancia y no se justificara mi acción.

Me limité a fruncir el ceño y cruzar los brazos.

“¿No quieres ir conmigo entonces?” Inquirió, llevándose comida a la boca. “Creí que tal vez podríamos pasar un rato en el mar, comer ahí y disfrutar del sol.”

Con eso, se me vino a la mente esas escenas de las películas, programas de realidad y videos de música en donde hay personas en el caribe sobre un yate pasándola muy bien, comiendo langostas y dándose clavados en el agua. De cierta forma me llamaba la atención hacerlo, pero, una que otra cosa me daba miedo; como, por ejemplo, morir ahogada.

“Este... solos tu y yo... ¿Cierto?” no sé por qué dije eso, cuando el problema que me preocupaba era otro.

“Sí, solos tu y yo...” aseveró. “Además, no es un yate tan grande. No requiere que vayan tantas personas. Tu y yo seríamos más que suficiente.” Agregó.

Mientras más hablaba al respecto más me llenaba de curiosidad; hasta se podría decir que me estaba interesando la cosa.

“Y, ¿Si pasa algo malo?” aún no estaba ahí y ya estaba fatalizando el asunto. Me encogí en hombros y lo miré desde abajo.

Él se rio, sin siquiera verme y dijo:

“No tiene por qué salir algo mal. No hay razón para que temas por tu vida, sería tonto y un mal augurio pensar que algo malo va a pasar y...”

Pero yo seguía temiendo, y, como no le respondí, se giró para verme. A punto de introducirse una fresa a la boca, se dio cuenta que, en efecto, no estaba bromeando.

“Oh... es en serio.” Constató. “Oh, rayos... no... sí” se notaba apenado, “te aseguro de que no va a pasar nada malo.” Me consoló.

“¿Estás seguro?”

“No mucho...” dijo, no ayudando en lo absoluto.

Le fulminé con la mirada, ya que en realidad no lo encontraba gracioso, pero, tras mantener su postura, me di cuenta que no estaba bromeando.

“No puedo prometerte que no va a pasar nada porque no lo sé...” continuó, “pero te prometo que haré lo posible para prepararnos, evitarlo o cualquier cosa que sea necesaria.”

Pese a que no era muy alentador escuchar que, de hecho, algo podría salir mal, se las arregló para hacerme sentir bien al decirlo y sonreír al mismo tiempo. Pasado un rato hablando al respecto, concluimos que no sería tan mala idea hacerlo, más que todo porque tenía el día libre y podríamos hacer una cosa diferente para variar. Me ofreció un bocado de panqueque y la situación mejoró.

“¿No habías desayunado ya?” Bromeé, mientras que acercaba mi boca a su tenedor, sensualmente. “¿O es que no quedaste satisfecho?”

“¡Ey! No es justo...” se quejó, sacándome el tenedor de la boca. “Esto es... otro tipo de desayuno...” aclaró, tratando de sonar natural.

Ambos reímos y nos dedicamos a comer y ver televisión. Se sentía bien estar con él, no puedo negarlo, y ser tratada con tanto detalle por Ignacio, no solo me gustaba, sino que me hacía sentir que tal vez esta relación sí podía resultar, que podría ser que no era solo sexo o un romance de verano.

\* \* \*

Más tarde, y sin saber exactamente cómo las cosas sucedieron tan rápido, ya nos encontrábamos en el muelle con unos bolsos llenos de ropa y trajes de baño como si fuéramos a una playa al otro lado del país, mientras que veíamos cómo subían la comida al yate de Ignacio.

Sí, ciertamente no era grande, pero no lo era en comparación a un barco enorme. La parte de arriba era como un segundo piso —que también tenía como una especie de terraza—, tenía una punta larga en la que había un jacuzzi y en la parte de atrás en donde se podía acceder a una especie de cuarto —porque aún no sabía que había adentro—, subir una pequeña escalera para acceder al yate, pasar el rato, y otras cosas que no sé cómo decirles porque no tengo idea de cómo se les llama a esas cosas en un barco —porque sé que izquierda, derecha, atrás y adelante, no se llaman así—, me ahorré la sorpresa diciendo:

“Vaya... sí que es grande.” Porque lo era.

Cuando todo estuvo listo nos montamos en el yate y me dispuse a explorarlo. En efecto, era grande tanto por adentro como por fuera. Si se llegaba hasta abajo, se encontraba un baño, una recámara, un mini bar, con una cocina pequeña en donde cualquiera podría preparar una buena comida. Arriba en lo último estaba el lugar en donde se manejaba todo y la terraza que había visto desde afuera. Había salvavidas, sábanas, almohadas, sofás y un gran televisor. Creo que tenía de todo para ser un simple barquito.

“¿Te gustó?” preguntó Ignacio cuando terminé de hacer el recorrido.

Estaba en frente del volante preparándose para poner en marcha el motor.

“Este, sí... es muy bonito.” Dije. Un poco nerviosa por el hecho de que iba a poner en marcha el motor.

Él pareció notarlo, así que me cogió por la cintura, me besó, sonrió y dijo:

“Tranquila, todo va a salir bien.” Me dio otro beso y me soltó. “Siéntate ahí,

todo va a estar bien.”

Atrás de nosotros había unos asientos de cuero blanco. Me senté ahí y comencé a ver a los lados mientras que él manejaba hasta el horizonte. Luego de un rato comencé a sentirme mejor, ya no estaba tan mareada, la sensación de vértigo que me daba al ver hacia el mar desapareció y no tenía ganas de devolverme ya. Luego de que superé mi miedo de que algo malo pudiera pasar, comencé a sonreír y desplazarme por el barco. Luego de una hora manejando, me dio hambre y bajé hasta la cocina, en donde había todo lo que podría desear.

“¿Quieres algo?” Pregunté por el micrófono que conectaba esa parte con la del piloto.

“Sí, tráeme algo de beber, por favor.”

Cuando por fin nos detuvimos, todo comenzó a ser mejor. Llegamos hasta un punto que, no importaba hacia donde vieras, no podías encontrar más que agua, sol y unas formaciones rocosas que me recordaban a un comercial de perfume. Era lindo, la verdad, no cabía duda de que había sido una buena idea ir hasta allá.

“Se supone que por esta parte podremos nadar con calma” dijo.

“Eso es bueno... supongo.” Que lo dijera de esa forma, me dio un poco de miedo. “¿Y cómo por qué podemos nadar «con calma»?” agregué, dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

“Bueno, porque aquí estamos cerca de estos riscos que son lindos, y porque el agua es clara, porque no hay nada peligroso en el agua y porque por allá hay una cueva bien bonita que se parece a una playa bajo techo.” Explicó, mientras que bajábamos a lo que sería el primer piso del yate.

“Entonces estamos solos aquí...” dije.

“Eso espero.” Respondió...

“Entonces... dije, acercándome al borde del yate, “no importa que me vaya a quitar esto, ¿Cierto?” Y me quité la parte de arriba del traje de baño y lo dejé caer al suelo, mientras que lo veía traviesamente por encima de mi hombro.

Y caminé con el torso desnudo, lentamente hasta el jacuzzi que había al frente del yate.

“No, no importa...” afirmó emocionado, mientras que se acercó corriendo para meterse conmigo.

El día estuvo calmado. Nos bañamos, nos besamos, hablamos y miramos al horizonte. Todo era encantador, se podría decir que hasta perfecto. El lugar era mágico, me encantaba lo tranquilo y callado que era, la soledad, el único y sutil sonido de la música que salía del estéreo del yate junto con la voz armoniosa de Ignacio, era lo que más me encantó de ese día.

Me entregué a Ignacio como no tenía idea de que podía hacerlo. Las cosas no habían sido tan emocionantes en mi vida desde nunca. Así que, aproveché cada segundo a su lado. Estaba encantada, tanto, que llegué a olvidar por un minuto que nos encontrábamos solos en el medio de la nada sin ningún tipo de comunicación. Pero, las cosas buenas a veces tienen que acabar.

Primero, creí que estaba bromeando.

“El motor no quiere encender.” Dijo, cuando estuvimos a punto de salir.

Yo, estaba en la recámara secándome el cabello luego de volverme a dar una ducha ya que, en la primera, no me dejó hacerlo. Él apareció de repente, cuando creí que estaba a punto de poner en marcha el yate. Mi primer impulso fue reírme, porque, o sea, era un buen material para una broma grandiosa, sin embargo, creo que me dejé llevar demasiado por la nueva confianza que había adquirido en ese viaje.

“Muy gracioso.” Le dije y me reí sarcásticamente sin dejar de hacer lo mío.

Tenía la cabeza cubierta por la toalla, así que aún no habíamos establecido contacto visual, por lo que asumí que su tono serio y preocupado, era simplemente una buena actuación. Pero, su papel no terminó ahí.

“Es en serio, Carla; el motor no quiere encender.”

Que lo repitiese, le dio un tanto de sentido amargo y retorcido a la broma en la que yo estaba presumiendo no caer. Pero, no sabía si su humor era así de retorcido; estaba diciéndole a alguien que le tenía cierto nivel de miedo a ahogarse y a la sutil posibilidad de naufragar, no me quise arriesgar. Así que, levantando la mirada, me estaba preparando para decirle que se detuviera.

En lo que nuestras miradas se encontraron, me percaté de que en realidad no estaba bromeando.

“No podemos irnos de aquí...” repitió. Mi mundo se detuvo y la mirada se me nubló.

A partir de ahí, literalmente todo comenzó a salir mal.

# Capítulo 14: Ignacio

Durante la primera mitad del día las cosas estuvieron marchando de maravilla. Para ser honesto, no sabía que podía divertirme tanto con alguien, pero sin importar eso, lo hice. Estaba encantado, fascinado por la forma en que Carla se comportaba, en que me hacía sonreír, disfrutar la vida. Con tan solo verla y estar a su lado, sentía que las cosas irían de bien a mejor, que nada me faltaría, que mi mundo estaría completo si le pedía que se quedara.

Y esa sensación que me sorprende de sentir, la llevaba experimentando desde la mañana de ese día, en el que me desperté para besarle la espalda. Por la forma en que me hace sentir, deduje que tenía que hacerlo formal cuanto antes. No era sano estar con alguien y no demostrarle que lo que se siente por ella es real. Luego de que le diera un poco de atención de calidad, me fui de la habitación a buscar el verdadero desayuno y me encontré con mi hermana, quien no parecía tan mala compañía después de todo.

Mi nuevo curso de acción sería hacer todo eso que tenía con ella definitivo y se lo dije a Josefa. Tenía que contarles a mis padres que estaba saliendo con alguien nuevo, fresco, especial y que me llenaba; pero más que todo, pedirle a Carla que me permitiese hacerlo real.

Pero tenía que ser especial. Mientras que caminábamos al elevador y de ahí fuimos al bufete, le estuve diciendo lo que tenía pensado hacer. No sabía exactamente en donde podría ser especial, pero no importaban los detalles, sino el hecho de que estaba preparándome para una nueva resolución. Luego de que nos separamos, continué pensando en mi plan hasta que llegué de nuevo a mi habitación.

Justo antes de abrir la puerta, se me ocurrió hacerlo en el mar, porque, después de todo, nos conocimos en la playa. ¿Qué mejor lugar para hacer una metáfora, que decir que estamos yendo hacia adelante? En mi cabeza sonaba bien. Sí, tuve que convencerla mucho para poder hacerlo hasta que lo logré. E incluso después de eso se podía decir que todo marchaba bien.

Zarpamos, nos divertimos; el día iba de maravilla. Estábamos disfrutando al máximo todo hasta que, justo cuando iba a encender el motor para irnos, todo

empezó a salir mal.

“El motor no quiere encender.” Le di la mala noticia.

Primero creyó que estaba bromeando, es normal, estuvimos bromeando todo el día, así que se lo volví a decir. Tardó unos segundos en creermelo, una vez lo hizo, las cosas cambiaron por completo.

“¿Cómo que no enciende?” Exclamó histérica.

Enloqueció realmente rápido.

“Carla, Carla... mi amor, tranquila.” Traté de acercarme a ella para calmarla... fue un desastre.

“¡No! Tranquila nada. ¡No!” gritó, moviéndose como si las paredes se estuvieran cerrando a su alrededor. “¡Tengo que salir de aquí! ¡Tengo que irme!”

Enloquecida, me empujó del medio y salió corriendo hasta la cubierta. No pude detenerla, simplemente fui tras ella. Cuando subí, la encontré en la proa viendo a su alrededor como si hubiera forma alguna de salir de ahí. Estaba tensa, nerviosa, se notaba que tenía miedo y que lo que me dijo en el cuarto no eran simples exageraciones.

“Carla... ¿Estás bien?” Fatal error preguntarle eso.

“¿Qué si estoy bien?! ¿En serio?” se giró para increparme. “¡No, Ignacio, no estoy nada bien! ¡Estamos perdidos en el maldito medio de la nada! ¡Joder!”

De repente, sintió como si el yate se moviera —cosa que no hizo en realidad—, asumo que por producto de los mismos nervios que la estaban controlando, e intento mantener el equilibrio.

“¿Qué fue eso?” preguntó aterrada. “¿Por qué se movió? ¿Nos vamos a hundir?”

Es realmente difícil estar en esa situación, más que todo cuando no se sabe cómo comportarse o qué decir. Quería poder ayudarla, darle todo mi apoyo, pero ella continuaba rechazándome y dejándose llevar por sus miedos y nervios. Estaba rozando el límite.

Traté de mantener la compostura, en serio, pero no podía soportar verla gritando, maldiciendo ni actuando como una loca. Entonces, fue ahí cuando me

pareció estar viendo a Antonia en persona. Me dejé llevar con ella.

“¡Por el amor de dios! ¡Cálmate, demonios!” Pero en vez de mejorar la situación, la arrastró más al desastre. Grave error.

“¿Qué carajos, Ignacio? ¡No, no puedo calmarme, no puedo, no voy a calmarme! ¿Acaso es que no ves? ¿No ves que estamos perdidos? ¡Qué vamos a morir!” Me miró, tratando de moverse con cuidado por miedo a caerse.

“Joder, Carla, no nos vamos a morir, por dios. Compórtate.” Grité, furioso.

“¿Qué me comporte? ¿En serio? ¿Qué demonios te sucede? ¿Acaso eres imbécil? Estamos perdidos, Ignacio ¡Perdidos! No podemos salir de aquí ¿No lo ves? ¿Cómo carajos quieres que me calme? ¡No puedo!” exclamó.

Como pudo, caminó por el costado sin soltarse de la baranda exagerando cada uno de sus movimientos tal cual se fuera a caer. Era un total desastre.

“Demonios, Carla. Que no te vas a caer.” Exclamé, obstinado de verla exagerando la situación.

“¡Cállate, Ignacio! ¡Cállate!” respondió histérica, sin dejar de moverse hasta la popa e ir al interior del yate.

Me estaba cansando, no podía lidiar con eso; todo lo que intentaba decirle terminaba en fracaso o en ella portándose más como una loca. No podía, es que no podía. Sus palabras eran irracionales al igual que su comportamiento. No dejaba de maldecir, de gritar de decir que nos íbamos a morir y yo intentaba decirle que no era así.

Necesitaba hacerla que parara, que me viera y yo pudiera explicarle. ¿Por qué era tan difícil hablar con ella?

“Antonia, por el amor de cristo, deja la estupidez y mírame.” No medí ninguna de mis palabras, pero ella sí.

Se detuvo en seco, como si hubiera pisado una trampa, se giró lentamente aguantando la respiración —parecía que iba a explotar o no sé— y cuando por fin me vio, sin soltar la baranda, gritó, no furiosa, escandalizada.

“¿Cómo, carajos, me llamaste?”

Me quedé mudo, aturdido, tieso. Eso me hizo recapacitar y, cuando lo hice, entendí que la había embarrado toda.

“Que ¿Cómo carajos me llamaste, Ignacio?” repitió.

“Yo...” traté de decir, pero ¿Qué voy a decir? No puedo acomodar eso.

“¿Me estás comparando con tu maldita exnovia? ¿Es en serio?” Sus ojos parecían dos tomates a punto de explotar, su voz aumento tanto de tono que creí que iba a quedarse muda. “¿Me estás diciendo loca? ¿Te recuerdo a tu maldita exnovia? ¿Ah? ¿Dime?”

Y se soltó de la baranda. De repente, se le olvidó que tenía miedo al mar, al yate a todo. Caminó hasta donde estaba yo sin ningún problema. Se detuvo justo en frente de mí.

“Respóndame Ignacio. ¿Qué carajo quisiste decir con eso?”

Lo peor fue que no me di cuenta que la llamé así sino hasta después que lo hice. Una locura. Sí, no debí hacerlo, de hecho, ni siquiera debí haberla comparado con Antonia. Antonia es una mujer que tiene ciertos problemas de seguridad y autoestima, que se comporta de forma errática y no medita la gravedad de sus acciones. Carla, ella no. Ella está aterrada, está atravesando una crisis nerviosa a causa de un evento traumático. ¿Cómo pude ser capaz de compararla?

“Carla, yo... no quise...” vacilé.

“¿No qué?” Me estaba amenazando con su mirada. De cierta forma estaba comenzando a darme miedo. “¿No quisiste decirlo? ¿No quisiste llamarme como la estúpida loca de tu novia? ¿Ah? ¿No quisiste llamarme loca? ¿Es eso lo que intentas decir?”

¿Qué podía responder a eso, sin que sonara ofensivo?

“No, Carla, yo...” grave error.

“¡Qué! ¿Acaso ahora no piensas que estoy loca! Pero lo pensaste ¿Verdad? Pensaste que estaba loca porque me llamaste como tu exnovia ¿Cierto?” exclamó, acercándose más y más a mi obligándome a retroceder. Yo la veía desde arriba pero aun así no dejaba de ser amenazante.

“Carla, es que... yo...”

“Pero me dijiste Antonia... ¿Cierto?” Inquirió.

“Este... yo...”

“¡Responde!” Cada vez estaba más cerca del borde, literal y figurativamente.

“Carla yo...” hice lo que pude para evitar afirmarlo. No quería morir.

“Eso quiere decir que crees que soy ella, verdad ¿Crees que me estoy portando como ella cierto? ¿¡Ah!?”

“Carla, de verdad lo siento, no fue mi intención yo no...”

“Tú nada...” me enterró el dedo en el pecho y se acercó más, hasta que no pudo seguir haciéndolo.

Cuando me di cuenta, ya estaba en el agua, tratando de encontrar una forma de salir a la superficie. Todo sucedió tan rápido, tan de repente. No supe qué pasó, pero el calor del momento solo sirvió para empeorarlo todo. En lo que logré salir, exclamé:

“Ignacio... no...” ella exclamó, pero su tono de voz cambió; ya no estaba histérica, ni molesta, ni asustada por estar en la deriva; estaba preocupada.

“¿Qué te sucede? ¡Por un demonio, Carla...!” vacilé, luego de darme cuenta lo que estaba a punto de decir.

No podía llamarla loca, no, eso es una ofensa que no quería hacerle.

Pero yo estaba furioso.

“Joder...”

Nadé rodeando el yate hasta la popa para poder subirme, mientras que farfullaba molesto. Carla me siguió tratando de disculparse, de encontrarle un sentido a lo que acababa de pasar. Cuando logré subir, la tenía al frente. No supe qué decirle, ya la verdad no tenía madera para soportarlo.

“Ignacio... yo...” ella trató de disculparse otra vez.

De hecho, traté de decir algo, y cuando abrí la boca, me detuve, respiré profundo haciendo bastante ruido y entré al yate. Cuando estuve en la obra viva, me encerré en la recámara y no dije más nada. No salí de ahí como por dos horas. Tardé un poco en calmarme, en darme cuenta de mi error y de lo que pude haber hecho para arreglarlo.

Por la forma en que todo sucedió, comenzaron a surgir ideas. Las cosas se salieron de control, no pude arreglar nada y ella no supo qué hacer. La peor parte es que prácticamente me lanzó del yate y eso era un arranque de locura

muy poco peculiar. Pensé en todo lo que había pasado y lo que eso implicaba.

Lo que me llevó a formularme la peor pregunta del día: ¿Acaso debo reconsiderar estar con ella? Se sintió raro hacérmela, pensar en el hecho de que tal vez me había equivocado con Carla y que, al final sería exactamente igual que Antonia.

Era un problema que no quería más. Yo dejé a Antonia porque no pude soportar sus arranques de locura, porque no tenía la suficiente estabilidad emocional ni mental como para mantener una relación y, justo cuando creí que todo marchaba bien, me encuentro con Carla y me permito enamorarme de ella en tan poco tiempo. Como si no tuviera control de mis sentimientos. ¿Acaso me dejé llevar? ¿Acaso estoy atravesando por una especie de crisis de mediana edad en donde estoy desesperado por amor? ¿Será por eso?

Supuse que ese había sido mi error.

En silencio, solo y sin ver los diferentes matices, no pude concluir en otra cosa más que: me equivoqué. Fue ahí cuando entendí que, en definitiva, lo mío con Carla no iba a funcionar.

# Capítulo 15: Carla

En el momento en que vi a Ignacio caer lentamente del yate, desapareció por completo todo eso que creí que estaba sintiendo. La verdad, no sé por qué me dejé llevar de esa forma, no por lo de asustarme por morir en el mar, sino por lo que me dijo de Antonia. Sí, me hizo sentir un poco ofendida, pero no era para tanto, no como para intentar matarlo.

“Ignacio... no” traté de decir cuando se hundió en el agua.

Fue la peor escena que había visto. Nunca me había sentido tan mal por algo que había hecho en mi vida como lo hice ese día. Fue aterrador, creí que se había golpeado o algo peor. Cuando lo vi saliendo del agua respiré aliviada, pero solo un poco.

“¿Qué te sucede? ¡Por un demonio, Carla...!” gritó, tratando de mantenerse a flote.

Yo intenté disculparme, en serio. Pero es que el mal ya estaba hecho. Cuando se subió al yate, luego de nadar alrededor del mismo, se detuvo en frente de mí e intentó decir algo. Estaba furioso, nunca pensé que lo vería así. No parecía una persona sensata, ni alguien con quien se pudiera razonar. De cierta forma, me recordó a mi madre molesta, y eso que ni siquiera había dicho o hecho otra cosa.

Sí, durante nuestra discusión estuvo un poco ofensivo y agresivo. En sus ojos se veía que no tenía filtro, que le faltaba tan solo un poco para quebrar de la furia y cometer una locura. Eso me preocupó una vez que lo vi en retrospectiva porque, mientras sucedía, yo estaba igual de molesta. No molesta, furiosa.

Cosas se dijeron y esas cosas implicaban muchas otras mucho más problemáticas. Verlo ahí, todo mojado, furioso, incapaz de hablar porque tal vez sabía que lo que estaba a punto de decir no iba a ser nada bueno, fue lo que me hizo dudar.

¿En serio estaba pensando salir con él? ¿En serio me estaba enamorando de ese sujeto? No tenía ni una semana de haberlo conocido y ya pensaba que era el hombre correcto. Pero todo eso se marchitó cuando lo vi así de furioso. Mi madre se suele molestar así, y ella solía pelear con mi padre de esa forma.

¿Acaso estoy repitiendo el ciclo?

Ignacio se apartó, caminó hasta el interior del yate y se encerró en la recámara. Yo lo seguí, creyendo que era lo más apropiado, pero cuando llegué, no pude entrar. Luego de eso, sentada al lado de la puerta, justo en donde estaba pequeño sofá en frente del televisor, comencé a pensar que tal vez estaba equivocada, que todo lo que hicimos hasta ahora había sido enamorarnos de una mentira.

Era imposible que dos personas que se acababan de conocer se enamoraran tanto como creíamos que lo estábamos. No... eso solo sucedía en las películas. No lo conocía, no sabía casi nada de él, de su personalidad. Y verlo por primera vez molesto, de verdad que arruinó todo lo que me gustaba de él.

En ese instante, a punto de quedarme dormida, me percaté de que, tal vez todo eso había sido un error.

Tal vez, lo mío con Ignacio no iba a funcionar jamás.

# Capítulo 16: Josefa

Desde el momento en que Ignacio me dijo que Carla —porque así se llama la chica de la playa— era realmente espléndida, me dio la impresión de que tal vez estaba dejándose llevar demasiado por una simple erección. Él no era así; el Ignacio que conozco es un hombre recto, que juega bajo las reglas, un poco tradicional y que sabe lo que quiere; pero esto, esto que intenta tener con esa mujer que acaba de conocer, no es normal.

Era claro que no quería defraudarlo, romper nuestro trato de confidencialidad de hermanos, esa especie de pacto absurdo que los dos acordamos en silencio, que, pese a que nunca lo hicimos oficial, ambos respetábamos ese algo que teníamos; nunca nos delatamos y jamás juzgamos al otro. Creo que ese mismo modo de hacer las cosas es el que pongo en práctica para mantener mi amistad con Antonia. Sí, es un poco inestable, pero eso no es su culpa; ella ha intentado darle una solución a eso y yo se lo respeto.

Pero en el momento en que Ignacio se confesó ante mí, me dio cierto conflicto de dualidad. No podía dejar que Antonia lo ignorase y tampoco podía romper nuestro código de hermanos. Sin embargo, me decidí por mi mejor amiga. Decírselo tal vez fue una especie de error; ¿Qué luego de eso encontró de nuevo su vocación? Sí, tal vez, pero no por eso debí habérselo dicho.

El asunto es que tal vez ella también se está dejando llevar, pero como ya dije, no juzgo. Ignacio y Antonia han tenido un camino rocoso para llegar hasta donde están ahora; ambos son dos personas realmente buenas: quieren, aman, se divierten, son amables y demás. Cuando se juntaron, todo me pareció extremadamente agradable, ellos parecían estar destinados a compartir una vida juntos, pero luego todo se echó a perder.

Una cosa llevó a la otra, y los problemas de Antonia la condujeron al desastre. Yo la perdoné, porque después de todo a mí no me afectó sus arranques de celos ni todo eso que hizo en contra de mi hermano, pero Ignacio nunca lo hizo, aunque confío en que podrá hacerlo.

Es por eso que la he estado ayudando, que he dado todo lo que puedo para ofrecerle mi apoyo incondicional, de decirle qué puede hacer y cómo hacerlo;

total, eso es lo que ella quiere: volver con Ignacio. ¿En cuanto a mi hermano? No le puedo decir que he estado colaborado en su contra, además, no es como que esté planeando matarlo; solamente estoy ayudando a mi amiga.

Aunque, de todos modos, me preocupa la forma en que está llevando todo esto. ¡¿Decirles a mis padres sobre su pequeña aventura?! ¿Está loco? Sí, sé que el que lo haga no significa nada; él puede salir con quien le dé la gana y mis padres no tienen cabida en ello, pero, como ya dije, él es un poco tradicional, y presentársela a mis padres es llevarlo a otro nivel. Eso quiere decir que lo que piensa que tiene con ella realmente es serio. No puedo simplemente permitirselo, él no está pensando bien, ni actuando con lógica. Carla puede ser una chica estupenda, buena gente, atractiva... no sé, pero no por eso quiere decir que se ganó el corazón de Ignacio de la noche a la mañana.

El plan era sencillo —hasta donde sé—: hacerle creer a ella que Ignacio aún estaba enamorado de Antonia. ¿Cómo lo íbamos a hacer? Demostrárselo. No podíamos simplemente llegar a ella y abordarla diciéndole como dos histéricas que él no la amaba, que él era un perro y que todo lo que hacía era estar jugando con sus sentimientos. No, teníamos que hacérselo ver.

Pero Ignacio no es así, entonces ¿Qué vamos a hacer? Pues, en función para engañarla a ella, tenemos que engañarlo a él. Seguro, después lo entenderá. El asunto es que espero que lo que esté planeando Antonia no sea demasiado radical.

Veré luego, cuando los dos se estén tomando de la mano como las personas que se aman en realidad. Ignacio me perdonará cuando entienda en realidad qué es lo que necesita en su vida.

Yo solamente quiero verlo feliz.

# Capítulo 17: Ignacio

La peor parte es que todo empezó cuando le di la mala noticia. Es decir, pude haberle dicho que solamente nos habíamos quedado sin combustible porque estúpidamente dejé el bidón de repuesto en el muelle, que eso se podía resolver. Pero no, tuve que abordarlo de la peor forma. Claro está, luego de eso, gritarle cuando estaba atravesando una crisis nerviosa y, para variar, llamarla después Antonia, tampoco fueron una buena forma de manejar la situación. En realidad, todas y cada una de las cosas que le dije estuvieron mal. Realmente mal. Muy mal.

Dos horas pasé encerrado en la recamara, interiorizando muchas cosas. Desde el hecho de que tal vez no estábamos destinados a ser, como el de que todo lo que pasó fue simplemente una discusión cualquiera, nada de lo que preocuparme y que, después de todo, lo pude haber evitado.

Fue un poco agresivo de mi parte pensar que la forma en que reaccionó Carla era lo más pronto a comportarse como Antonia, que eso significaba que era irracional y que la vida con ella no lo valía. Pero tuve que pasar dos horas a solas para entender que estaba equivocado, y que tal vez exageré la situación.

Por lo tanto, cuando entendí eso, decidí salir de la recamara para ir a buscar a Carla y pedirle disculpas. De hecho, justo antes de abrir la puerta, me invadió el rotundo hecho de que tal vez haberla dejado sola por dos horas luego de atravesar por una crisis nerviosa tampoco fue una buena jugada de mi parte. Así que, consciente de mi error, abrí la puerta con apremio para ir directo a buscarla.

Al salir, me topé con su cuerpo descansado sobre el sofá. Primero, creí que se había desmayado, por lo que me acerqué a ella para atenderla, pero justo cuando iba a darle una sutil bofetada y despertarla, ella movió su nariz de una forma muy adorable, demostrándome que en realidad estaba durmiendo.

Por poco la despierto golpeándole la cara; definitivamente no estaba tomando las mejores decisiones en este viaje. Así que decidí dejarla descansando, tal vez estaba muy agotada por lo que hicimos en el día, así que, tampoco la iba a apresurar para pedirle disculpas. Tal vez podría resolverlo con comida ¿Quién

sabe?

Fue por eso que fui hasta la cocina del yate y comencé a preparar dos emparedados con un batido de chocolate. Estaba seguro que tal vez eso serviría como cena ya que, después de ver la hora, me percaté que estábamos pisando las siete de la noche.

“Así que nos vamos a quedar aquí esta noche.” Dije, mientras que cocinaba.

No podía llamar a nadie a esa hora porque seguramente no podrían salir a buscarnos, además que tampoco había urgencia alguna por irnos de ahí, bueno, por lo menos no para mí. Aunque, mientras que Carla esté dormida, tampoco creo que quiera irse muy pronto. Estoy seguro que la mañana siguiente podré resolverlo; tampoco es que esto signifique un gran obstáculo.

En fin, luego de que preparé los emparedados y las bebidas, me dirigí al sofá, tratando de hacer la menor cantidad de ruido posible y me senté en frente de ella. Una vez ahí, comencé a hacer sutiles ruidos para despertarla.

Al cabo de unos cuantos intentos, lo había logrado.

“¿Ignacio?” preguntó, víctima de la confusión después de despertar.

Lentamente se fue levantando del sofá, hasta que por fin se sentó, dándome espacio para sentarme a su lado. Cogí su plato, el mío y me acomodé en el cojín.

Aclaré mi garganta y dije:

“¿Tienes hambres?”

Acto seguido, su estómago sonó. Fue curioso la sincronía que hubo entre una cosa y la otra, lo que me ayudo enormemente porque le sacó una sonrisa, algo que no había visto en horas —se sentían años.

“Sí... creo que sí.” Dijo, acompañada de una sutil risita.

Le entregué el plato y ella me agradeció. Creo que aún no se acordaba de lo que había pasado más temprano, ni siquiera del hecho de que estábamos varados en el medio de la nada, tal cual ella había dicho. El problema era que, aunque me gustaba que no estuviéramos peleando, tenía que disculparme.

“Lo siento...” le dije.

Ella levantó la mirada, mientras que sostenía el emparedado justo en frente de

su boca. Bajé la mía de inmediato. Creo que le frustré el bocado. Traté de no verla, estaba realmente apenado, así que mantuve mis ojos fijos en el suelo, esperando que ella me dijera un no, un sí, o un lo que sea. El silencio instantáneo a lo que eso nos llevó, tampoco estaba ayudando. La noche era callada, no teníamos el ruido de las calles, de las personas ni de lo demás. Era un poco incómodo.

De repente, escuché cómo la corteza tostada del pan, junto con la lechuga, se rompía. Cuando me giré, ahí estaba ella, mordiendo el emparedado sin apartar la mirada de mí, lenta y pausadamente. No supe cómo reaccionar. ¿Acaso no estaba molesta? ¿Acaso no había atravesado una crisis nerviosa?

Pero no apartó su mirada de mí en ningún momento; ni siquiera pestañeó. Acto seguido, se apartó el emparedado de la boca, y comenzó a masticarlo igual: lenta y pausadamente. Yo estaba tieso, quería decir algo, preguntarle si me perdonaba o no. Pero no podía dejar de verla actuar tan natural, pero a la vez tan extraño.

No parecía importarle lo que acababa de decir.

“Yo... siento haberme portado como un idiota...” dije, con la esperanza de que así pudiera responderme.

Sin embargo, ella continuó masticando lentamente hasta que simplemente terminó ese bocado. Después, suspiró y dejó caer los hombros. Justo en ese momento apartó la mirada, lo que me libero un poco de la tensión que estaba sintiendo.

“No tienes por qué hacerlo...” dijo ella.

Definitivamente no me esperaba eso.

“Ya va... ¿Por qué?”

Ella se acomodó en el sofá, sentándose bien y mirando al frente.

“Sé que se me fueron un poco los humos cuando me dijiste lo del motor y yo...” comenzó a explicarme.

“Pero no... fue mi culpa habértelo dicho, tuve que...” pero me detuvo.

“No, Ignacio. Sé que pude haberlo hecho de otra forma, simplemente... me dejé llevar, eso es todo.”

“Pero no es tu culpa.” Agregué. “Atravesaste una crisis nerviosa, eso le pasa a cualquiera.”

“Sí, hasta a tu ex novia.” Insinuó, lo que me hizo callar de repente.

No sabía cómo reaccionar a eso. De hecho, casi nunca sé cómo reaccionar a las cosas que me ponen en una situación tan delicada como esta. Tal vez debí haber dicho algo, mirarla de frente y decirle que en realidad no fue por eso que lo dije, que no lo tomara en serio, pero se me adelantó.

“Sé que no querías hacerlo...” agregó. “Pero creo que tenías razón...”

“¿En qué?” no sabía para donde se estaba dirigiendo eso.

Lo bueno fue que los emparedados sirvieron para romper el hielo.

“En que tal vez si me estaba comportando como una loca...” Se giró con apremio para mirarme. “Y antes de que digas algo... no, el estar temiendo por mi vida no justifica lo que hice.” Bajó la mirada y la regresó al frente, apartándola de mí. “Lo estuve pensando mucho todo este rato.”

Casualmente, yo también.

“Bueno... la verdad es que...”

No me estaba dejando hablar.

“Y bueno, tal vez no me haya portado de lo más normal, pero, estaba pensando que tal vez, deberíamos pensar mejor lo que intentamos hacer aquí...” continuó, pero esta vez yo la interrumpí.

“¿Qué intentas decir?”

“Bueno, como hemos estado llevando muy rápido todo esto, creí que debíamos tratar de llevarlo con calma. Tal vez evitar un poco toda esta sobrecogida de cosas. Tal vez estamos aturdiéndonos con tantas cosas una tras otra y por eso terminamos así... ¿Sabes?” explicó.

Me hizo sentir un poco mal que ella dijera eso, total, no era como que quería que las cosas salieran mal, pero no la culpo, yo también pensé en lo mismo.

“Entonces, estás diciendo que...”

“Sí... que deberíamos...”

“¿Dejar de vernos?”

Nos interrumpimos mutuamente. Y eso nos condujo a otro momento de silencio incómodo. Quería poder evitar todo eso, pero no se me ocurría cómo.

“Tal vez sea lo más sensato.” Agregó ella.

“No lo sé...” intervine. “¿Por qué piensas que debemos hacerlo?” necesitaba mejores razones.

“Porque, la verdad, no nos conocemos y porque lo que acabamos de hacer es un poco radical. Tal vez necesitamos darnos un poco de tiempo para poder saber qué es lo que queremos y...”

“¿Qué es lo que quieres tú?” la interrumpí. Buscando su mirada.

“Quiero.” Vaciló. “Quiero conocerte mejor. Creer que todo esto vale la pena y que no estoy repitiendo los mismos errores que mi mamá.”

Ella levantó la mirada.

“¿Qué quieres tú?”

“Yo quiero lo mismo.” Aseveré. “También quiero conocerte. Estar seguro de que no estoy apresurándome sino aprovechando mis oportunidades.”

“¿Qué hacemos entonces?” preguntó, levantando los hombros.

Su pregunta me hizo pensarlo un poco, no importaba lo que fuéramos a hacer si no poníamos todas nuestras cartas sobre la mesa. Si el problema era que estábamos yendo muy rápido, primero teníamos que definir lo que eso significaba. ¿Qué no nos conocíamos? Entonces...

“Conozcámonos...” propuse, sonriéndole para que viera que todo se puede resolver.

Y eso hicimos; mientras comíamos, fuimos abriéndonos el uno con el otro. Hablamos de nuestros defectos, de nuestras virtudes; de todo lo que creíamos que nos iba a perjudicar en la vida y de las cosas que sabíamos que nos hacían buenas personas. Le dije todo lo que pude de mí porque sabía que no podía ver ningún secreto entre los dos. Ella hizo exactamente lo mismo.

Nos disculpamos por nuestras acciones de ese mismo día, sin intentar justificarnos ni buscar una forma de enmendarlo, solamente reconociendo que habíamos errado y que, en definitiva, todo lo que hicimos durante aquella discusión, había sido una metida de pata. Ambas partes.

Eso nos permitió tener cierto tiempo de calidad que la verdad no esperaba tener en aquel viaje. Al final, éramos dos personas que se conocían mejor que nadie; nos prometimos sacar a relucir cosas que no recordábamos de nosotros, porque, en sí, aquella abertura había sido la mejor idea que pudimos haber tenido.

Ya no éramos desconocidos, ya no sentíamos que estuviéramos distanciados por una brecha de anonimatos y angustias y, reconocimos en voz alta que, realmente queríamos que eso entre los dos si iba a funcionar. Eso era lo que yo quería; afortunadamente, ella también.

Dejándonos llevar por un momento emotivo, entre las carcajadas, las caricias y los abrazos, comenzamos a besarnos con la misma intensidad que lo hicimos la primera vez. Nuestros cuerpos reaccionaron a nuestros impulsos y las cosas sucedieron porque tenían que suceder.

Carla ya estaba prácticamente desnuda, solamente la cubría una delgada tela que dejaba ver la forma en que sus hermosos pezones la levantaban. Nuestras manos hicieron todo el trabajo consiguiendo que nos desnudáramos en realidad, hasta que, en medio de la noche, sobre las aguas calmadas en las que flotábamos, hicimos el amor por primera vez.

Si, ya habíamos tenido sexo, pero eran el objeto de nuestros deseos carnales más salvajes y vivos. Éramos presa de un sentimiento que no podíamos controlar, encantados por lo perfecto que era estar con el otro, lo disfrutábamos como lo que era.

Tal vez no haya mucha diferencia entre una cosa y la otra, pero estoy seguro de que nuestros sentimientos fueron quienes condujeron nuestras acciones de aquella noche. Mientras la besaba, dejaba que su cuerpo se asimilara en el mío. Ella, recibía mis labios con los suyos, con su cuello, con su espalda, sus pechos, su abdomen. Yo también.

Ella apretaba cada centímetro de mi cuerpo con la punta de su lengua. Su mirada era tan traviesa, tan perversa que me excitaba aún más. Sus manos eran suaves, su lengua era perfecta. Me encantaba lo que estaba haciendo. Se sentía tan bien. ¡Joder!

Se detenía en mis pezones, dándome un cosquilleo que la verdad no había sentido antes. Lamió mi cuello, mis labios, mi rostro, mi abdomen. Estaba

obligándome a explorar mi sexualidad.

Yo apretaba su pecho con las manos cada que podía, jugaba con sus pezones y la invitaba a gemir de placer las pocas veces en las que colocaba mi dedo sobre su clítoris.

Mientras me rozaba, me lamía o me hacía suyo de alguna forma, su vulva se desplazaba en mi pierna, obligándola a mover las caderas cada vez más rápido, con mayor ritmo.

Pero aun ni siquiera habíamos empezado.

# Capítulo 18: Carla

El cuerpo de Ignacio era una escultura de carne y huesos. Era difícil resistirse a la forma en que él comenzó a tocarme después de que nuestros corazones se abrieron. Es un tanto cursi, pero no me importa.

Pero esta vez yo me encargué de darle la atención que se merecía. Lenta y pausadamente, tracé caminos de placer por todo su cuerpo, mientras que él se dejaba llevar por algo que seguramente no había experimentado. Sus pequeños pezones, se endurecían ante el tacto de mi lengua, mis labios, mis propios pezones.

Rozaba su pierna con mi vulva húmeda, empapándolo de los jugos que me estaba obligando a producir con su cuerpo, con su aroma, su sensualidad y todo lo que me excitaba de él. Nos besamos, lo hicimos como si no hubiera mañana, mientras que con mi mano estimulaba aquel gran amigo suyo que requería tanto de mi atención.

Durante el día fui tratada como una reina por aquel miembro erecto, firme y carnoso; lo probé, lo monté, lo sacudí y lo hice mío de tantas formas que no estoy segura de si fueron suficientes. Pero ahí estaba todavía, duro y listo para la acción, mientras que lo apretaba y subía y bajaba.

Él se dejaba llevar por el placer, por la sensación embriagante de mi mano rozando su falo firme lubricada por los fluidos de mi propia vagina. Al mismo tiempo, me aferraba a su pierna, moviéndome sutilmente para que mi clítoris sintiera lo que yo sentí al lamerle la piel.

No era suficiente lo que estaba haciendo por él, para hacerlo sentir de maravilla, tan mío, tan nada más mío. Le gemía al oído porque le encanta la forma en que mi vos se quiebra al experimentar el saludable sentimiento de mi vulva apretándose contra su pierna, mientras que movía mi mano al ritmo de mis caderas. Lenta y pausadamente, fui arrastrándolo al éxtasis, no dejándolo llegar todavía ni mucho menos olvidarse de lo que era sentir.

Quería que supiera lo que era el placer, lo que significaba ser amado con el cuerpo y con la mente. Cuando no estaba gimiendo, le susurraba palabras sucias.

“Quiero que me lo metas, que me hagas tuya. Que me hagas gritar.”

Él se dejaba llevar por el sonido de mi voz. Respirando cada vez más fuerte mientras que estimulaba su pene.

“Esta vagina es tuya, mi amor siéntela.” Mientras que movía mis caderas. “Tu pene duro me encanta, lo deseo. Me fascina sentirte entre mis piernas, que me aprietes el culo, que me la entierres en la boca mientras que me miras a los ojos. Me fascina tu cuerpo, tu olor. Quiero ser tuya toda la noche, todos los días. Nunca me aburriré de este pene, mi amor.”

Lo introduje en mi boca, lo besé, lo apreté, lo succioné, lo puse entre mis pechos. Estaba haciéndole todo lo que quería hacerle y lo que él quería que le hiciera, todo eso, sin dejarlo acabar. Cada vez que parecía llegar al clímax, apretaba la punta de su pene y le daba un golpe.

Él apretaba mi culo, mis pechos; me jalaba el cabello y me lamia el cuello. A pesar de que yo tenía el control, no dejaba de buscar estimularme, hacerme sentir amada. Mi cuerpo era suyo y él lo sabía.

“No mi amor, todavía no.” Le advertía, traviesamente, me acercaba a él y le mordía el labio.

No se quejaba, no decía que no le gustaba o que me detuviera. Se dejaba hacerlo y eso me encantaba más; me motivaba seguir haciéndolo. Pero no se quedó ahí; mi boca, ni mis manos, ni mis pechos eran suficientes. Él quería más, y yo necesitaba al hombre que estaba torturando.

Así que apreté su gran falo y me puse en posición.

“¿Estás listo, mi amor?” le pregunté, mirándolo a los ojos mientras que movía suavemente mis caderas acariciando la punta de su pene con mi vulva.

“Eres perfecta.” Respondió, sin apartar la mirada.

Tomé eso como un sí.

Así que, fui bajando, haciendo que poco a poco su pene se fuera introduciendo en mí. Sentía como me abría y se desplazaba en mi interior. No pude aguantar las ganas de gemir, de exteriorizar mi placer. Era increíble, tan grande, tan grueso, tan perfecto.

Juro que pude sentirlo palpitar en mi interior, casi al mismo ritmo de mi propio pulso. Las paredes de mi vagina se aferraban a aquel pene como si no

hubiera un maldito mañana. Aunque metérmelo hasta el fondo no fue suficiente, necesitaba moverme —¡Por fin estaba adentro! Lo amo—, lo deseaba tanto... Cuando pude recuperar la compostura, ya con el pene de Ignacio hasta el cuello, comencé a mover mis caderas adelante y hacia atrás, imitando el vaivén de las olas.

“Me encanta cuando te mueves así.” Dijo, mientras que colocaba sus manos en mis nalgas y las abría y las apretaba.

“Dame más duro, mi amor.” Le dije, porque quería que me nalgueara, que me diera duro.

Mis movimientos se hacían cada vez más intensos para mí —joder qué rico—; sentía cómo su pene se doblaba, cómo quería tener el control, pero no lo iba a dejar. Me apretaba los pezones, me mordía los labios —demonios, es tan grueso, tan... ¡Ah...! Me encanta—, la respiración me fallaba y mis gemidos no paraban de salir. Era increíble tenerlo adentro, penetrándome, moviéndose en mi interior como si perteneciera ahí.

Y él me seguía dando nalgadas —joder, el culo me arde y me encanta—. Yo gritaba cada vez que me daba una, otra, luego otra. Era un placer difícil de explicar, algo a lo que le diría que no en cualquier momento; en cualquiera menos en este.

“Sí... sí... dámelo, dame más duro.”

Me quería mover más rápido —no puedo, quiero más... es tan... tan bueno—, pero si lo hacía, sabía que se iba a acabar.

“Me encantas... eres perfecta. Joder.” Dijo, enterrando su cara entre mis pechos.

“Sí... joder... no puedo más.” Gemí, para luego comenzar a moverme como quería hacerlo. “Sí, sí... vamos.”

Y empecé a moverme más rápido, —¡Sí...! Quiero más. Se siente tan bien—, lo que me llevó a sentir cómo chocaba con todas mis paredes, como me apretaba, me abría. Él me seguía dando nalgadas, me agarraba el culo con fuerza —¡Joder! Quiero cogérmelo todos los días—. Mientras más rápido me movía, más grande era el corrientoso que me recorría el cuerpo. Iba desde mi trasero hasta mi cabeza. No podía más. Era tan espectacular, tan perfecto.

Él me succionaba los pezones mientras que yo sacudía mis caderas sobre su pene. Sus manos no se quedaban quietas —sí, que me siga haciendo eso, sí—, necesitaba más.

“¡Joder! Me fascinas. Dame más duro, ¡Vamos!” le pedí.

De repente, Ignacio apretó mis nalgas, tan fuerte y rudo, que parecía que me las iba a arrancar, pero no, en vez de eso, empezó a moverme a su propio ritmo y después de eso, simplemente explotó todo. Su rudeza y rapidez hacía que todo se sintiera mejor —¡Sí...! ¡Genial! Es tan jodidamente perfecto—. Me levantaba y me dejaba caer sobre su pene erecto, aumentando el ritmo, sacudiendo mis ideas y mi cuerpo por completo —me está ahorcando con su pene enorme—, se sentía tan grande, tan intenso, tan viril.

“Sí, joder... eres perfecta. Tan hermosa ¡Demonios!” exclamó él, mientras me movía más duro. “¡Sí!”

Cada una de sus embestidas hacía rebotar mis pechos, mi cabello, mi cabeza. Sentía que me sacudía hasta el cerebro; no podía pensar más que en que me lo siguiera metiendo, porque eso era lo único que quería. Pasamos de hacer tan sensualmente el amor a tener un sexo intenso y perfecto.

Es que no se puede, simplemente no es fácil de controlar tus más intensos sentimientos y esperar no terminar comportándote como una bestia —mierda, es tan grande—, se sentía tan bien, no quería que acabara jamás.

Luego de eso, Ignacio se salió —¡No! ¿Por qué? No te salgas. No—, me dejó tan vacía, tan deseosa de más. Logró despojarse de mí, dejándome a su lado.

“No... ¿Por qué? Mételo otra vez... Vamos.” Le supliqué, ya no quería estar más al control, solo quería ser penetrada hasta el cansancio.

Pero él no dijo nada —me encantó—, solamente me cogió por la cintura y me dio la vuelta. Ahora estaba boca arriba, con las piernas abiertas y en el aire. Lentamente se fue acercando a mí, preparando su pene para volver a metérmelo. Esta vez él tendría el control.

Y lo hizo —sí... perfecto— se fue introduciendo lentamente mientras que cada centímetro de su falo se iba enterrando en mi cuerpo, mi ser y mi cabeza. No había cabida para el sentimiento, para las ideas, para nada que no fuera sentirlo desplazándose en mi interior, rozando las paredes de mi vagina mientras que su presencia completa se apoderaba de mí.

“Te voy a hacer gritar...” dijo, con una voz pervertida y muy masculina.

Me subió más las piernas, acercando mis rodillas a mi pecho. Grité. Grité porque me llegó de nuevo al cuello.

“¡Ah!” me quejé por el dolor. “Es muy grande... no tan fuerte.” Le dije.

De repente, el momento se vio interrumpido con un evento desafortunado.

“¿Estás bien?” Su tono de voz cambió muy de repente, pasando a ser la de una persona preocupada. Aun así, no sacó su pene de mi vagina.

“Sí... sí...” trate de calmarlo, tras ver que realmente estaba preocupado. “No es nada, solo llegaste muy adentro. Solo dale un poco más suave. ¿Sí?”

Tardó unos segundos en aceptar que no había pasado nada grave, pero una vez lo hizo, continuó con lo suyo. Esta vez, con más cuidado, comenzó a penetrarme evitando que me doliera, dándole cierto sabor dulce al tenerlo adentro. Lento y completo, llegaba hasta el final haciendo —sí... ahí, sí— se sintiera realmente bien. Era espléndido la forma en que me hacía estar a punto de llegar, lo que me enloquecía.

Cada vez que yo gemía con fuerza, que se notaba que estaba a punto de llegar; justo en los: «Sí, sí... así. Dale, vamos, sí...» él se detenía, frustrando mi orgasmo. De no haber sido por eso, habría llegado en tan solo un minuto.

“Por qué te detienes, no.” Me quejaba cada cuanto lo hacía. Él solamente se reía y me veía pervertidamente para luego continuar haciéndome suya.

La noche se hizo larga tan solo porque él no dejaba de seguir probándome, vengándose de las veces que no lo dejé acabar. Cuando por fin me lo permitió, los dos quedamos realmente rendidos. Fue intenso, intenso e increíble.

Al día siguiente, un helicóptero nos despertó, para luego bajarnos el bidón de combustible que nos hacía falta y otro más por si acaso. Ignacio me había explicado lo que nos había dejado ahí, pero la verdad no importaba ya, no cuando estábamos tan bien. Luego de recibirlo, lo llenamos y emprendimos el viaje hacia el muelle ya que se me estaba haciendo tarde para empezar a trabajar.

Aunque, mientras conducía y yo me quedaba a su lado, el día sencillamente mejoró.

“Carla... quería hacerte una pregunta...” intervino de repente.

“Cuéntame...”

“Ya sé que hablamos de que tal vez estábamos yendo muy rápido...” vaciló.

En ningún momento quitó la mirada del frente, como si estuviera conduciendo un coche por la autopista; podía hacerlo, o sea, no era más que agua, pero supongo que el hecho de no verme le daba cierta confianza. No lo sé.

“Aja...” intenté motivarlo para que siguiera hablando.

“Pero no sé... quería saber si te gustaría... no sé, salir conmigo.”

“¿Para dónde quieres ir esta vez?” pregunté, pero pareció que no había entendido su pregunta.

El aclaró su garganta y esta vez sí se giró para verme.

“No... eso no... quería saber si tú, quieres salir conmigo.” Repitió, haciendo énfasis en «salir».

Me pregunté a qué se estaba refiriendo, porque la verdad no entendía sus señales mixtas. Estaba nervioso, pero parecía motivado, decidido, aunque con cierto miedo. Como si yo fuera a decirle que no, pero, la verdad me costaba entender por qué el que me negase podría significar un problema.

“Estar conmigo de verdad.”

Me hizo reír.

“¿Acaso estoy de mentira entonces?” seguí riéndome.

Pero él no estaba bromeando.

“No, no... es en serio yo...” tragó saliva, “no estás entendiendo.” Detuvo el motor, me tomó por los brazos y se inclinó para verme directamente a los ojos, de frente, como si necesitara verlo para poder entenderle.

“Carla... ¿Quieres ser mi novia?”

Ahora todo tenía sentido. Me dejó muda. Claro que quería, pero no podía decírselo, la pregunta me aturdió. Sentía cómo el corazón me palpitaba en la cien, el sonido del viento se fue aplacando hasta dejarnos en silencio casi por completo.

Su mirada se quedó fija en mí, mientras que yo intentaba procesar esa pregunta. ¿En serio me estaba pidiendo ser su novia? De cierta forma creo que

ya lo éramos. Pero que lo hiciera así me resultó muy adorable.

Me soltó y empezó a moverse nerviosamente, viendo para todos lados mientras farfullaba:

“Quería que fuera especial, se supone que te lo iba a decir ayer al atardecer, mientras regresábamos al muelle, pero el motor no encendió, luego una cosa llevó a la otra y pues no pude hacerlo...” Se giró de nuevo para verme. “Y tal vez no sea tan especial como lo había planeado, pero...” Fijó su mirada en mí para agregar con firmeza: “¿Sabes qué...? la verdad no importa, porque lo que realmente importa es saber si realmente lo quieres, si realmente quieres ser mi novia.”

Que siguiera hablando me hacía querer más el decirle que sí, pero no era mi intención interrumpirlo, mucho menos dejar de escuchar lo que tenía que decir.

“Y tal vez suene un poco trillado, pero no te pido que seas mi novia solo porque sí.” Volvió a moverse nerviosamente, apartando la mirada. “Es que la verdad yo creo en la estabilidad, en las relaciones...” Movía las manos de un lado al otro, de arriba abajo, como si estuviera dando una conferencia, una exposición; “... y el noviazgo es algo que respeto y que debe ser en serio ¡Un compromiso...! Y algo que nos haga feliz... no es solo tomarnos de la mano sino pensar en el futuro, en si realmente queremos estar juntos y... y vernos, y querernos todo el tiempo.”

Se fijó de nuevo en mí para acotar levantando el índice:

“Y tal vez nos peleemos otra vez como lo hicimos ayer...” Levantó las cejas como para imprimirle más intensidad. Se mantuvo así por unos segundos y retomó su paso nervioso de un lado a otro. “Pero quiero eso, quiero verte, quiero llorar a tu lado, quiero que me quieras, quiero quererte aún más. Quiero experimentar todas tus decisiones: las malas, las buenas. ¡No lo sé!” Aclaró su garganta comenzó a apartarse más y más de mí. “Yo sé lo que quiero; quiero poder compartir con alguien, sentir que todo va salir bien. Sé que quiero ser feliz, que quiero levantarme todos los días con una persona a mi lado; sentir que si quiero formar una familia sea solamente con ella.”

Me estaba arrugando el corazón. Ya había entendido su punto, pero parecía que tenía mucho más que decir.

“Y hasta que te conocí, creí que la única persona con la que podría tener eso

era Antonia.” Ahí, se giró agresivamente para asegurarse que no había dicho nada malo. Pero la verdad, yo solo quería escucharlo.

Sonreía como una estúpida mientras mantenía mi mirada fija en él; viéndolo ir de un lado al otro, moverse, tropezarse, seguir hablando. Era muy entretenido, era lindo verlo hacer ese tipo de cosas. Él desfogó todo eso tratándolo de hacerlo sonar romántico, lindo; y en su intento desesperado por encontrar las palabras correctas se tropezaba, pero, lo hacía bien.

Guardó silencio por unos segundos, esperando a mi reacción, pero cuando vio que yo le seguía sonriendo, continuó:

“Y bueno, si no me hubieras caído encima, tal vez la habría perdonado y ahora estaría con ella y no contigo. Y, por eso, siento que es el destino que por una razón azarosa y extraña estamos ahora juntos y tengo que aprovecharlo. Aferrarme a eso como si me fuera a hundir,” sus movimientos se hicieron más intensos, pasó de caminar de un lado al otro, a saltar, a querer ir más rápido, y junto con eso, sus palabras también: “y... no sé... bueno, sí lo sé... pero quiero que sepas... no que sepas, no... quiero decirte que la verdad me gustaría ser tu novio y tal vez luego tu pareja de por vida... pero, de nada sirve lo que yo quiera, así sea querer estar contigo por siempre. Lo que importa es...”

Se detuvo en seco, y acercándose rápidamente a mí, volvió a cogerme por los hombros, agregó, dándome la sensación de que era su línea final:

“¿Qué quieres tú?”

¿Qué otra cosa podía decir? No, yo ya tenía mi respuesta...

“Quiero lo mismo que tú...”

Ignacio dio un grito de júbilo. Me abrazó, me besó y gritaba que lo había hecho realmente feliz con eso. Yo no podía estar más de acuerdo.

“Pero Ignacio... los dulces...” le recordé.

“Oh, demonios... verdad...” exclamó para luego poner el motor de nuevo en marcha.

Durante el viaje de regreso, pasamos todo el camino escuchando música mientras que el viento golpeaba nuestras caras porque Ignacio puso el motor a toda marcha; iba realmente tarde. Se podría decir que tanto el día anterior

como lo que sucedió ahí, constituía un muy buen viaje.

Me gustó mucho.

Cuando llegamos al muelle, tuve que adelantarme para ir a mi casa y buscar los dulces. Lo bueno fue que no tuve que darle explicaciones a mi madre, así que solo los tomé y me fui de regreso a la playa en donde había pactado encontrarme con Ignacio. Todo eso, realmente me hizo sentir realizada. Habíamos avanzado un gran terreno juntos, me daba la sensación de que el porvenir era prometedor.

Estaba contenta.

Ávida por llegar a la playa, cogí la primera buseta que llegó. Una vez ahí, hice lo que pude para acomodarme el cabello, incluso si Ignacio ya me hubiera visto despeinada, despertándome o desnuda. La verdad, no importaba si era la primera, segunda o quinta, sino dar una buena impresión.

A lo lejos, logré verlo, así que busqué a llamar su atención. Levanté mi mano y grité su nombre. Sí, todo iba bien, o por lo menos hasta ahí.

“Carla.” Escuché que me llamaron desde un costado.

No estaba acostumbrada a escuchar mi nombre por ahí, por lo que me giré rápidamente para ver de quien se trataba. Para mi sorpresa, era una de las dos mujeres que estaban con Ignacio: su hermana.

“Ey... tú eres...” exclamé alegremente, porque así me sentía.

“La hermana de Ignacio...” me interrumpió. Muy grosero.

Comenzó a acercarse a mí lenta e intensamente. Me puso muy incómoda la forma en que se me estaba acercando a mí, sin mencionar de cómo me estaba hablando y de su mirada penetrante.

“Sí...” vacilé. “Mucho gusto... supongo.” Traté de ser amable con ella, después de todo, era la hermana de mi novio.

“Sí... bueno. No te quiero quitar mucho tiempo.”

“Está bien.” Respondí, sintiendo que ya debería irme.

“Pero la verdad siento que debo advertirte de mi hermano...” la forma en que comenzó a abordar el asunto me hizo preocupar un poco. “Tal vez no lo hayas notado todavía, pero él es un hombre muy peculiar.”

Hasta ahí todo marchaba bien, pero algo me decía que no duraría mucho. Tal vez era igual que la amiga, un poco loca y radical; seguro estaba pensando en hacer lo mismo que Antonia cuando nos conocimos. Aunque, fuera eso u otra cosa, no importaba, porque nada me iba a hacer cambiar de parecer con respecto a lo que siento por Ignacio.

“A él le gusta vivir la vida al máximo.” Continuó. “Y conocer personas nuevas y experimentarlo todo.” No sabía para donde quería ir con eso. “Y bueno, esto...” Hizo alusión a nuestra relación, con un gesto de su mano. “Esto no es nuevo para él... siempre hace eso con todas las mujeres que conoce; cree que son el amor de su vida, pero a la semana ya está con otra, sintiéndose de nuevo como un idiota enamorado.”

Lentamente, las cosas comenzaban a unirse una con otra.

“Estaba segura de que ya te lo habrá a este punto, pero supongo que tengo que preguntar...”

Me hizo tragar saliva.

“¿Ya te pidió que fueras su novia?”

El mundo se detuvo. ¿Cómo lo supo? ¿Qué es lo que intenta decirme? ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? Confundida y preocupada dado a lo que podría significar el que ella me estuviera diciendo lo que, en efecto, acababa de pasar, me hizo suponer lo peor. Aun así, incluso ahí, en medio de ese calor inclemente que emanaba de las palabras de su hermana, aun creía que podría ser una treta o algún juego macabro.

“Ya va... ¿Qué?” le dije, tratando de responderle de modo que no pareciera que me había afectado. “¿Cómo lo sabes?” Tal vez no fue la mejor pregunta, pero sí que fue acertada.

“Porque se lo dice a todas... y, aunque no te conozca, la verdad ya no soporto que lo siga haciendo.”

Resoplé indiferente, como si sus palabras no me hicieran daño, cuando en realidad me estaban comenzando a preocupar más. Todo parecía apuntar a que era cierto: su repentino interés, la forma en que forzó nuestra relación y el que al final, incluso a pesar de que apenas llevábamos cuatro días conociéndonos, él me había pedido ser su novia.

Era una coincidencia demasiado grande.

“Sí no me crees, míralo por ti misma.” Y señaló a mis espaldas. Le hice caso.

Ignacio y Antonia se encontraban a la distancia, dejándose llevar por lo que sea que estuviesen haciendo, mientras que yo, frente a ellos, trataba de creer que todo eso era una mentira. Pero, simplemente no pude. Desde donde estaba, se veía cómo se estaba tragando la lengua de ella. Un poco excesivo, pero eso fue lo pasó.

No creí en más nada, no escuché ninguna otra cosa. Solo estaba ahí, enfrentándome a los eventos que se estaban desarrollando. Nada más importaba. Nada.

“Ese desgraciado...” mascullé, realmente furiosa.

Los dulces se volvieron a caer al suelo.

# Capítulo 19: Josefa

Fue un poco emocionante ver cómo todo salió como queríamos. Bueno, por lo menos logramos que se separaran.

“Ese desgraciado...” dijo Carla, tan furiosa, que parecía que iba a estallar.

Dejó caer la bandeja que sostenía y caminó furiosa hasta donde estaban ellos dos.

“¡Ignacio! ¡Maldito!” Gritó, antes de acercarse por completo.

En eso, él trató de detenerla, tal vez de explicarle que todo eso era un mal entendido, pero no funcionó, el mal ya estaba hecho. Fue una locura. Cogió a Antonia por el cabello y la separó de él tan fácilmente que parecía que se trataba de una muñeca de trapo, la empujó, la insultó y luego se dio la vuelta para gritarle a Ignacio para —más tarde ese mismo día, Antonia me contó que le había dicho que no podía creer lo estúpida que había sido—, acto seguido, darle una patada en los testículos retirarse furiosa.

Me pasó por un lado como si yo no existiera, recogió su bandeja y se perdió en la calle. Fue realmente intenso. Me acerqué a ellos. En el suelo, Ignacio gritó su nombre, tratando de lograr que se devolviera, pero el dolor no lo dejaba moverse ¿Qué tan fuerte le pudo haber dado?

“Amor, amor... mira... querido... no te preocupes por ella... ella no lo vale.” Le dijo Antonia, agachándose para socorrerlo.

“¡Déjame, demonios! No quiero saber nada de ti...” Exclamó Ignacio, realmente furioso, pero sin poder levantarse.

En ese momento me pareció realmente exagerado.

“No exageres, amorcito... no es tan grave” minimizó ella.

“¡Qué no me digas amor... joder! No soy nada tuyo.”

Por un rato, Antonia trató de cosechar los frutos de su victoria, pero Ignacio no la dejaba disfrutarlo como era debido. Me costó un poco mantenerme al margen porque la verdad no me gustaba mucho la forma en que todo resultó. Tal vez pudo ser bueno que la chica se molestara con él de tal forma que nos

aseguraba que no iban a volver, pero ¿Esto? Esto simplemente fue demasiado.

Al cabo de un rato, Ignacio se levantó, aun furioso, y se fue de ahí. Antonia intentó seguirlo, así que yo los seguí a ambos.

“Iggi, amor... espera.” Le pidió ella.

Por un segundo pensé que sería igual que las últimas veces, en las que ellos peleaban hasta que las cosas se salían de proporción y luego simplemente lo olvidaban. Me equivoqué.

Ignacio se dio la vuelta, cuando creí que simplemente seguiría caminando hasta su coche y la pelea continuaría en la habitación del hotel. Se notaba lo furioso que estaba. ¿Cuántas veces lo he resaltado ya? Porque lo estaba realmente.

“No, Antonia... ¡No!” Antonia se detuvo en seco, casi estrellándose con él; ella intentó decir algo, pero él la detuvo: “no... ¡Ya basta! No puede ser que seas tan egoísta y desquiciada. ¿Por, por... por qué tienes que ser así?”

“Pero amor... es que...” intentó defenderse.

“No, Antonia. Cruzaste la maldita raya. ¡No! en serio. La verdad me tienes hasta aquí.” Dijo, levantando el brazo y marcando un tope con su mano muy por encima de su cabeza. “No puedo lidiar con tus estúpidas necedades. No más... no, no, ni siquiera eso... ¿Sabes qué? No tengo por qué soportar nada de ti.” Exclamó.

De repente, se fijó en mí.

“Y tú... ¿Qué carajos? O sea, cómo... ¿Cómo demonios pudiste dejarla hacer...? ¿Hacer todo esto? ¡¿Ah?! ¿Por qué demonios no la detuviste?”

Levanté las manos para librarme del asunto, lo que le hizo enojar aún más.

“¡Ah! ¡Sí es verdad! ¡Tú nunca tienes nada que ver!” exclamó furioso, aunque, de todos modos, no podía hacer nada, así eran las cosas, y siempre lo habían sido.

Por otro lado, yo no podía hacer nada para defender a Antonia; ella decidió hacer eso y estaba muy convencida de que funcionaría. Sí, también sabíamos que algo así podría pasar, pero esperamos que la tormenta se aliviara con el tiempo.

Pero, en el rostro de ellos dos había de todo menos: «esto va a mejorar.» Ignacio no dejaba de maldecir, acercarse agresivamente al borde de su cordura, mientras que Antonia, ella no podía creer lo que estaba pasando, se le notaba.

“Pero Iggi, amor... yo quiero que...” interrumpió Antonia, sacándome del cuadro de nuevo.

No sabía si llorar, si lidiar con eso como una campeona, tratando de presumir una seguridad que todos sabemos que no tiene y muchas otras cosas más que, en el camino para salir al exterior, se perdieron y la dejaron como una indefensa victima ante los ataques de Ignacio. Se notaba lo desesperada que estaba por mejorarlo.

“Es que, que, que eso era lo mejor...” dijo, convencida.

“No, Antonia, no era lo mejor. ¡Tú no tienes por qué decidir qué carajos es mejor para mí o no! ¡No tienes el derecho! No, simplemente no puedes.”

Me costaba verla así. Estaba indefensa. Ella quería poder estar con él, pero no encontró una mejor forma que esa, ahora, estas acciones regresaron y le mordieron el trasero.

“Yo te amo, Ignacio... por favor.” Pidió, a punto de llorar.

De un momento a otro, Ignacio simplemente se cansó. No pudo tolerar más el asunto y se marchó, dejándonos tal cual lo hizo el día que comenzó todo, solo que esta vez iba a ser diferente. Ojalá todo hubiera terminado ahí.

Desde ahí, hasta el día siguiente, tanto Ignacio como Antonia estuvieron rozando el borde de la locura. O por lo menos así lo vi yo.

Ignacio, no salió de su habitación por lo que restaba de día, pidiendo servicio al cuarto como si tuviera preparando bufete o una fiesta de cientos de personas en aquella habitación cuando, a duras penas, dejaba entrar a los mesoneros, quienes salían sin decir nada al respecto. Pero yo lo dejé tranquilo, luego lidiaría con eso.

Por otro lado, Antonia no dejaba de hablar ni de decir que las cosas debían suceder de otro modo, que en este momento debía estar con Ignacio hablando de lo mucho que se amaban o haciendo algo relacionado con su futuro; no separados y peleados con la promesa de que eso nunca se iba a mejorar.

Yo traté de convencerla, de decirle que este tipo de cosas necesitaban tiempo y que no podía apresurarlas por mucho que quisiera, pero ni siquiera yo estaba segura de eso. Lloraba y se tendía en el suelo a morir como si todo el mundo se hubiera caído a sus pies, cosa que me hizo sentir realmente mal. Tal vez sus métodos estaban un poco equivocados y que de seguro solamente estaba teniendo una obsesión nada sana con mi hermano, pero, sus intenciones, a pesar de todo, eran buenas.

Ella solamente quería pelear por lo que creía correcto, cosa que no muchos hacen. Deseaba recuperar el amor que había perdido hace tanto tiempo, luego de esforzarse tanto por mejorar, por cambiar esas locas actitudes que la habían llevado a este punto en primer lugar y, en comparación con la mujer de antes, había cambiado realmente. Y eso era plausible.

¿Todo esto? Solamente fue el resultado de una decisión muy desesperada, pero nada que no se pudiera arreglar con el tiempo. Así que, luego de tantos intentos fallidos para convencerla de que eventualmente las cosas iban a salir bien para todos, salí de mi habitación para —ahora sí— lidiar con Ignacio, quien no había salido de su habitación en lo que iba de día —ya iban a ser las siete de la noche—. Estaba comenzando a preocuparme.

Cabía la posibilidad de que se hubiera encerrado para suicidarse a punta de comida, o que estuviera rodeado de un harén de putas para aliviar la furia que no podía controlar, pero ninguna de esas dos cosas fue tan desagradable como lo que vi cuando logré entrar a su habitación.

“Servicio al cuarto...” dije, tratando de engañarlo.

De todos modos, la puerta estaba abierta, así que me dispuse a entrar y averiguar lo que había adentro. Lo primero que me recibió fue el sonido de una canción tenue en el fondo, como si estuviera viniendo de la habitación de al lado, que, de paso, era un tanto triste y tétrica, junto con el sutil tarareo de Ignacio, lo que me llevó a entender que el sonido provenía de ahí.

“Ignacio... ¿Estás ahí?” Sabía que estaba ahí, pero sentí que era necesario preguntarlo.

Me interesaba saber de qué forma estaba, por si acaso. Pero al ver que no me respondía, volví a preguntar.

“¿Ignacio?”

Así que seguí abriéndome paso al interior de la habitación, acercándome a los lugares en los que me parecía que podría estar, hasta que, en medio de platos y botellas vacías y envoltorios de dulces estaba él, acostado en frente del televisor, sintonizado a la radio satelital y escuchando música de ambiente.

Pero, en cualquier otro contexto eso habría sido normal, pero no en este. Se veía tan vulnerable que pensé que tal vez estaba despechado por haberse peleado con Antonia, por haber creído que podría vivir sin ella y, ahora que lo descubrió de la peor manera, estaba enfrentándose a esa cruda verdad.

Pero ese solo fue mi primera suposición, un poco apresurada y poco real, para ser honesta.

“¿Estás bien?” pregunté, acercándome solo lo suficiente a la cama, pero no tanto como para tocarlo. Me dio la impresión de que tal vez oliese mal.

Él no dejaba de tararear la música con los ojos cerrados, como si tuviese auriculares puestos y no pudiera escucharme, pero yo estaba siendo perfectamente clara, así que no era por eso.

“Ey...” llamé su atención, infructíferamente. “¡Ey... Ignacio!” Volví a llamarle.

No me respondía, no dejaba de tararear ni abría sus ojos, lo que me molestó demasiado. Me acerqué y le di un golpe en el hombro; o me prestaba atención, o me prestaba atención.

“¡Ignacio! ¡Háblame, joder!” logré que me viera.

Abrió los ojos, hastiado y fingiendo sorpresa.

“¿¡Ey, por qué me pegas!?”

“¡Por qué no me respondes! ¿Qué carajos te sucede?”

Miré de nuevo a mi alrededor, pero esta vez para demostrarle con simple gesto que nada de lo que estaba pasando ahí era normal, ni siquiera sano.

“Pues estoy escuchando música. ¿Acaso no ves?” se defendió, haciéndome suspirar de frustración.

“No es eso a lo que me refiero...” intenté decir.

Ignacio, hizo como si ya no importara escucharme, cerró los ojos y retomó su posición inicial.

“Bueno ¿Y? Sea lo que sea, estoy seguro de que no me importa.”

Su tono de voz seco, su comportamiento evasivo y la forma en que me estaba tratando, fueron señales suficientes —sí claro, porque lo demás no resultaba tan específico— de que algo no andaba bien. Y, a pesar de que estaba en la misma posición que con Antonia, este contexto era completamente diferente. Con él podía razonar eventualmente.

Por lo que, en medio de todo ese desastre, comencé a recoger las cosas, abrir las cortinas y ponerle un poco de color a aquella habitación. Durante todo ese rato Ignacio no dejó de comportarse como un idiota e ignorarme, mientras que seguía tarareando cuan canción sonase en la radio. Al terminar, todo estaba como si nada hubiera pasado, lo único que no pude cambiar, fue la apariencia demacrada y depresiva de mi hermano.

Tendido aun en la cama, sin prestarme atención ni decirme nada, y bajo una luz diferente con más vida, lo detallé mejor. La ropa que tenía estaba sucia, desde la camisa hasta los pantaloncillos. Se notaba en sus medias que había limpiado el piso con ellas al caminar. Tal vez no olera mal, pero seguía pareciendo obvio que no se había bañado desde que llegó de la playa aquel día.

En su rostro, se notaban lo mucho que estuvo durmiendo, y todo el rato que estuvo haciéndolo; todo eso, a deshoras y sin prestarle atención a en qué momento del día se encontraba. Era ineludiblemente claro. Me dio un poco de lastima.

Busqué espacio para sentarme a su lado. Tras suspirar y dejarme invadir por el aire con el que su comportamiento depresivo estaba invadiendo aquella habitación perfectamente animada, le pregunté:

“Qué tienes...”

Tal vez era una pregunta un poco ordinaria, incluso hasta insignificante. Tal vez era obvio lo que tenía, pero, sin importar eso, necesitaba saberlo.

“¿Qué crees tú?” respondió, prestándome atención al fin.

“No lo sé...”

“Pues deberías saberlo...” agregó. “Ustedes me hicieron esto.” Aseveró.

Pero las preguntas estúpidas no se quedaron ahí.

“Aja sí, pero ¿Por qué estás así?” No lograba verlo, nada justificaba su

comportamiento.

“Oh, vamos, Josefa, no es tan difícil.” Increpó, girándose para verme. “Sabes muy bien por qué, y también sabes muy bien que fue lo que hiciste... tu...” movió su índice, señalándome con desdén, “tu eso... eso que haces cuando te lavas las manos ¡Todo esto!” señaló, aludiendo a lo que estaba a su alrededor antes de que lo limpiara... “También es tú culpa. Todo esto es tu culpa.”

Me miró agriamente por unos segundos, para luego dejarse caer de nuevo en la posición que tenía cuando llegué. Y, aun sin haber sido muy específico, sabía muy bien qué era lo que intentó decirme. Todo lo que involucraba desde Antonia hasta su ruptura con Carla. Fue en ese momento en que empecé a ver las cosas de otro modo.

“Así que sí...” suspiró “sabes muy bien qué tengo.” Continuó. “Y... ¿Sabes qué?” me miró, “todo estaba yendo de maravilla, y parecía que seguiría así... pero no... ustedes dos tenían que aparecer y lo arruinarlo todo ¿Cierto?” Volvió a ver hacia el frente “Era muy necesario.”

Que lo dijera de esa forma, cambiaba por completo lo que intentábamos lograr. Me resultó curioso que, pese a que estaba afligido y seguramente molesto, su tono de voz era severo, pero no tanto como para hacerme retroceder. No la levantó demasiado, ni se dejó llevar por la ira, ni. Podría estar molesto, pero parecía resignado.

“Y es que... o sea. ¿Qué carajos?” Masculló. “¿Por qué demonios lo hicieron?” mucho más calmado que antes.

Su actitud calmada me permitía sentir que, fuese lo que fuese que dijera, no sería grosero, aunque estuviese en todo su derecho de serlo.

“Queríamos hacerte reconciliar lo de Antonia ¿Sabes? Hacer que volvieran...” básicamente eso fue lo que hicimos.

“Hum... claro. Lo de siempre.” Respondió.

Y como me lo esperaba, no desdeñó nuestras acciones, por lo menos no de forma agresiva.

“Bueno, sí” continuó él “pues... y se les ocurrió la brillante idea de arruinarme la relación con Carla ¿No?... hum... sí, bueno, bien; supongo...” asintió lentamente fingiendo comprensión, “tienes razón, si lo veo así, suena

como que igual de mal ¿Verdad?” agregó sarcásticamente.

Estábamos teniendo un momento de calidad entre hermanos, una especie de comprensión que no sé si puedo explicar muy bien. Te sientes a gusto, indiferentemente de si eso de lo que estás hablando es objeto de ira o no. Aunque, a pesar de todo eso, seguía sin entender por qué tenía que echarse a morir de esa forma.

“Pero, es que, o sea, solamente es una chica. No es como que no puedas conseguir otra...” sin darme cuenta, ya había aceptado que Antonia no tenía oportunidad.

Me pregunto cómo se sentirá cuando lo sepa.

“Sí... puede ser...” corroboró desanimado. “Pero no es lo mismo...”

“¿Por qué? ¿Ah?, o sea, no es la gran cosa o está cubierta de oro.” Argüí.

“No creo que importe demasiado...” agregó.

“Sí, bueno, pero, no parece que no te importe mucho.” Intenté decir.

“No... eso no...” reparó. “Lo que no importa es que no esté cubierta de oro... creo que... realmente no necesita estarlo.”

Lo miré, tratando de deducir por qué tanto interés en ella. Y seguí escuchando.

“Es que es diferente porque... de verdad me gusta estar con ella. No sé de qué otra forma decirlo. Este... me gusta mucho. La verdad... me gusta mucho.” Agregó. “Me gustaba estar con ella y, y así solo hubiera sido unos cuantos días... se sintió bien y me gustó, me hizo feliz. Y quería repetirlo ¿Sabes?”

Lentamente pasó de ser una simple conversación entre hermanos a un hermano abriéndose al otro.

“Pensé que todo estaba bien esta vez... que, que podría estar tranquilo con alguien; pero de verdad estarlo. Sin problemas, sin tener que medir lo que hago porque, de algún modo se iba a molestar o hacer alguna...” vaciló, “alguna cosa que no me gustara.”

Ignacio dejó de verme desde hace rato. Sus ojos, estaban fijos al frente, como si estuviera viendo la pared debajo del televisor, pero, no directamente a ella, o a través de esta. Parecía que no veía nada en realidad.

“Me gusta mucho. A mí... a mí me gusta estar con ella, sentirme bien. Me

gusta, me, me, me gusta... cómo me hace sentir, cómo se siente ella cuando está conmigo. Todo eso... eso que tuvimos valió la pena. Y de verdad me gustó.” Suspiró resignado. “Pero luego pasó esto y, ahora no...” hizo un mohín con los labios y luego dejó de hablar.

Verlo así, redefinía lo que vi cuando entré a la habitación. Este era un hombre vulnerable, alguien con sentimientos fuertes a los que no les temía, pero que, a pesar de eso, se dejaba dominar por ellos.

Por un momento no solo me sentí mal por él, sino por lo que habíamos hecho. Lo que tenía no era una simple obsesión absurda e irracional, ni mucho menos algo que se pudiera curar de la noche a la mañana; para prueba un botón. Todo eso, me demostró algo importante que, a pesar de que le estaba dando importancia a los sentimientos de mi mejor amiga, debí también velar por los de mi hermano.

Yo podía evitar todo eso. Y, de hecho, aun podía hacerlo.

## Capítulo 20: Carla

La ira no me dejaba pensar. Pero más que todo eso, incluso más que el estar rozando el borde de cada uno de mis benditos sentimientos, no era solamente la ira lo que me controlaba. Era una combinación de todos y cada una de las cosas que podía sentir, que llegué a sentir en algún momento y esas que no pude experimentar. Estaba indignada con Ignacio, con la estúpida de su ex —o su novia... no sé—, con su hermana y con todas las cosas habidas y por haber.

De nuevo, llegué a la casa sin los dulces, sabiendo que mi madre tendría ganas de reclamármelo. Pero no me importaba, no iba a dejar que eso me dominara, ni siquiera que fuera un obstáculo.

“Hija... llegaste antes... ¿Cómo te fue? Estaba a punto de salir a trabajar... ¿Todo bien?”

Pero no le hice caso. Dejé la bandeja en la mesa de la sala sin mediar palabras y subí directo a mi habitación. El resto del día fue una maldita desgracia. No sabía qué más hacer, así que en el momento en que la ira se desvaneció, le dio paso al llanto. Y lloré.

Lloré como si no hubiera un mañana, como si las cosas que me pasaron hubieran sido mi culpa y solamente mía por haberme permitido creer; creer en que él me quería de verdad, en que todo funcionaría y que saldría bien. El reconocer que fui una ingenua me hizo sentir aun peor, incluso más que cuando entendí que Ignacio no era para mí.

¡Pero la peor parte no fue esa! La peor parte era que, aun con todo lo que pasó, seguía sintiéndome bien por él, seguía sintiendo que lo amaba con todo lo que podría amar a alguien incluso después de habernos vistos unos cuantos días. Fue terrible.

¿Cómo se puede llegar a eso? ¿A sentirse así por alguien?

Estaba sufriendo.

Durante todo el día no hice más que lamentarme, luego entrar en un cuadro de furia, después llorar de nuevo; de último, me resigné por completo y me convencí de que estaba mal. De eso, pasé a no permitirme llorar, tratar de

resolverlo en mi mente y dejar de pensar en que los «tal vez...» o los «quizás si yo...». No. No me podía permitir nada de eso.

Al día siguiente, ya había aceptado por completo mi destino. No me importaba más nada ni nadie, ni mucho menos lo que iba a suceder después. Resignada, bajé a la cocina, cogí los dulces —sin desayunar, ni saludar a mi madre— y me fui de la casa directo a la playa. Durante toda la mañana, sentí que debía concentrarme en eso y venderlo todo como estaba acostumbrada a hacerlo, sin pensar en las estúpidas enseñanzas de Ignacio. Pero el negocio estaba flojo y las ventas para nada buenas.

Sin embargo, seguí así. Continué intentándolo hasta que me resigné —otra resignación enorme en lo que iba de semana— y reconocí que por muy imbécil que Ignacio pudiera ser, su método era mucho mejor que el mío. Luego del medio día y de usar lo poco que había ganado para almorzar algo, decidí emplearlo e, incluso, aumentar un poco el precio para recuperar todo lo perdido.

A penas comencé a hacerlo, las cosas empezaron a cambiar. Fue un poco estresante, dado que no podía dejar de pensar en él mientras lo hacía, más que todo porque tenía que fingir estar bien, feliz y contenta, llegando incluso a creérmelo de verdad. Pero sobreviví. Superé ese reto y vendí todos los dulces tal cual lo había aprendido de Ignacio. Era bueno —supongo.

Ya eran casi las seis cuando terminé con el último dulce, así que de seguro muchas personas que no tenían coche iban a usar las busetas o colapsarían todas las vías para irse de regreso a sus casas, a sus hoteles o demás. Tal vez no tan exagerado como me lo imaginaba, pero servía de excusa. No quería llegar muy pronto a la casa, así que decidí caminar.

Caminé porque quería pensar, sentirme afligida y nostálgica, supongo que era porque así funciona el cuerpo cuando una se siente mal, desea extender esa sensación de penuria hasta el final. Así que eso hice, y fue jodidamente doloroso. Como a eso de las siete y media llegue a mi casa, sintiéndome un poco mejor, luego de interiorizar que todo ese dolor era parte del aprendizaje: no podía confiar en cualquiera.

Y se supone que debí haber aprendido eso con las cosas que le sucedieron a mi madre —¡Joder! Y eso que ella me lo dijo—, pero no lo hice y ahora heme aquí.

“Carla...” escuché que una voz de mujer, agitada y a mis espaldas, dijo.

Me giré por reflejo. Es decir, todos ahí sabían mi nombre, de seguro alguien quería algo de mí, y como yo soy bien estúpida y considerada, me di la vuelta para ofrecerle mi atención. Cuando enfoqué quien era, todo se fue al carajo.

“¿Qué demonios haces aquí?” exclamé, al detallarla mejor.

“Carla, tenemos que hablar...”

“¡Oh, hablar...!” me escandalicé. “Sí, tenemos que hablar ¿Cierto? Qué bueno.” Dije con sarcasmo, comenzando a tratarla con desdén.

Sin embargo, ella se quedó ahí para escucharme.

“¿Entonces quieres hablar? ¡Bien! Hablemos...” decidida, me acerqué a ella para enfrentarla, tal vez darle unas cuantas bofetadas, no sé; lo que el calor del momento me permitiese. “¿De qué quieres hablar? ¿Eh?”

Me acerqué lo más que pude a su rostro y traté de infligirle el mayor miedo posible —que sí a un paso de distancia—. Me comporté como una desquiciada.

“Quiero disculparme...”

De inmediato, las cosas cambiaron de color. Sí, eso no fue suficiente para calmarme, pero sí para llenarme de curiosidad. Así que me aparté, un tanto confundida, sin quitarle la mirada de los ojos.

“¿Disculparte?”

“Sí... por lo que pasó ayer.” Explicó.

Cada vez me llenaba más de curiosidad.

“¿Exactamente por qué? ¿Por decirme la verdad?”

Ella suspiró, notablemente afligida, y dejó caer sus hombros para decir:

“Por lo que te dije de Ignacio.”

De inmediato, me regresó la ira.

“¡Ah...! Ya veo.” Creí haber entendido. “Con que es eso.” Asentí, fingiendo estar de acuerdo. “Sí, sí, tiene sentido ¿Cierto? Estás aquí porque él te lo pidió. Seguro quiere estar con sus dos putas porque una no es suficiente ¿Verdad?” intenté aplicar el sarcasmo más ofensivo que existiera; no quise

medir mis palabras con ella. Pensé que tal vez así, podría retirarse con la cola entre las patas.

Sin embargo, mantuvo su postura pasiva y no se movió.

“No... no vengo por eso...” dijo. “Todo lo que pasó ayer fue un mal entendido...” explicó.

“¿Un mal entendido? ¿En serio?” Pregunté sarcásticamente, sin creerle en realidad.

“Sí... todo fue un plan de Antonia y mío.” Agregó, alimentando más mi curiosidad. “Queríamos que creyeras que ellos dos seguían juntos para que dejaras a Ignacio y así poderle dejar todo a Antonia.”

De cierta forma, tenía sentido, aun no le creía, pero tenía sentido. Pero también tenía sentido lo que me dijo en la playa, por lo que, o era una mentirosa insensible o en alguno de los dos casos estaba diciendo la verdad. El asunto era saber cuál de esos era.

Me limité a hacer silencio y dejarla hablar.

Ella mantuvo la cabeza abajo, como si estuviera apenada.

“Se supone que íbamos a esperarlos en el muelle el jueves en la tarde, pero como no llegaron, decidimos hacerlo en la playa al día siguiente...” continuó con su explicación. “Sabíamos que Ignacio se te iba a confesar porque el día anterior él me dijo que quería hacerlo, que quería formalizar lo suyo contigo y luego contárselo a nuestros padres; que fue lo que yo le dije a Antonia, y por lo que decidimos poner en marcha lo nuestro de una vez.”

Hizo una pausa.

“¿Entonces?” la curiosidad me estaba comiendo. Si eso era verdad, cambiaba por completo todo lo que había pasado.

“Fue por eso que cuando te hablé ayer en la playa, traté de convencerte de que era un patán, para que, justo cuando Antonia lograra besarlo, tú los vieras y te creyeras todo.”

“Ajá sí... pero Ignacio la besó...” intervine.

“Fue más rápido de lo que lo recuerdas... él intentó explicarte, pero no dejaste... ¿No te acuerdas?”

Me hizo dudar un poco, pero mi ira era más fuerte que eso.

“Bueno, no sé... pero si es cierto... ¿Por qué no vino él mismo a decírmelo? ¿Ah?”

“Porque sabía que no le creerías.”

“Tiene razón... no lo iba a hacer.” Aseveré. “De hecho, tampoco te creo a ti.”

Ella levantó la mirada, en una combinación de apenada y decidida y agregó, sin contemplaciones:

“La verdad no me importa si me crees o no. Pero de todos modos tengo que decírtelo porque hice mal. Y estoy tratando de arreglarlo.”

“¿Y si no?” le reté.

“No me importa... habré hecho lo que pude.” me miró sin vacilar, manteniéndose firme ante mi amenaza.

Fue ahí cuando interioricé que ella era más alta que yo. Durante todo ese tiempo estuve enfrentándola como si no fuera nada, pero ahora que ella se enfrentaba a mí, me recordó su verdadero tamaño.

“Y si eso no es suficiente, le tocará a Ignacio venir a convencerte, y si eso tampoco funciona, intentaré una vez más. Pero si no, simplemente lo dejaré, porque, si no eres capaz de perdonarlo por algo que él no hizo y que no fue su culpa, entonces no lo quieres tanto como él te quiere a ti.” Me bombardeó.

Había tanta confianza en sus palabras que me recordó a la manera en que Ignacio vendía los dulces. Sí qué fue un pensamiento azaroso, y que no tenía mucho que ver con lo que estaba pasando, pero, el asunto era que, de cierta forma, ellos estaban comportándose del mismo modo, demostrando que lo que sabían tenía más de veraz y útil que cualquier otra cosa que yo podría decir con ese nivel de confianza. Eso me hizo pensar.

Era difícil no creerle, más que todo porque en su mirada estaba encendida esa llama que aplacó por completo la pena que sentía cuando comenzó a hablar. Así que me quedé callada. No porque no pudiera responder a eso, sino porque me hizo pensar y, si algo así se podía dar un lujo como ese —aunque fuera por lo más mínimo—, merecía que lo considerase.

Así como consideré todo lo que sentí por Ignacio mientras lo sentía y que me convenció de que realmente me estaba enamorando de él.

“Bueno... lo intenté...” intervino ella, interrumpiendo mis pensamientos. Se preparó para dar la vuelta, tomó aire y agregó: “mañana lo intentaré de nuevo, mientras aún está caliente el asunto.”

Y se giró. Su repentina seguridad aumentada, la forma en que me aseveró que lo iba a hacer, me aturdió por unos segundos. Luego de dar unos pasos, reaccioné.

“Espera...” le dije. “¿Es en serio?” Tenía que preguntar.

Ella se giró.

“Sí... totalmente.” Aseveró de nuevo.

“¿Cómo puedo estar segura?”

“No lo sé...” dijo. “Supongo que solamente tienes que confiar en mí.” Me miró, levantando los hombros, queriendo decir que no podía hacer más que eso. “Sé que es difícil, pero es todo lo que te puedo ofrecer...”

Y con eso, colmó el vaso de mi entendimiento del asunto. Decidí darle una oportunidad.

“Este... lo pensaré.”

Ambas nos miramos fijamente, consciente de que, tanto una como la otra, estábamos haciendo todo lo que podíamos. Justo antes de que se fuera, le detuve:

“Ey...” vacilé. “¿Cómo supiste en donde vivía?”

Ella sonrió, como si estuviera esperando que se lo preguntara y respondió:

“Estuve buscándote todo el día... cuando te vi en la playa, esperé el momento apropiado para acercarme y decirte todo esto, pero, no dejabas de ir de un lado al otro ni de hablarle a las personas.”

Me la imaginé viéndome a lo lejos, bastante callada y misteriosa.

“Pero no pude...” continuó. “Así que en lo que terminaste, te seguí mientras caminabas esperando que te detuvieras y así fue como terminé aquí...” explicó.

De repente recordé que días atrás, su hermano había olvidado este mismo camino de regreso.

“Este... si quieres te puedo acompañar de regreso.” Me ofrecí, de nuevo, tratando de ser realmente considerada.

“No, tranquila...” sonrió con descuido. “Recuerdo el camino... buenas noches.” Se despidió con una sonrisa y se dio la vuelta.

Por un rato me quedé viendo cómo lo hacía, pensando si tomaría el cruce correcto. Cuando me percaté de que en realidad recordaba el camino, suspiré y me dispuse a entrar a mi casa. Una vez adentro, saludé a mi madre, le entregué las ganancias del día y que equivalían a la de ayer y hoy, y subí a mi habitación sin decir ni una palabra más.

Estaba dispuesta a pensarlo realmente, a considerar si en realidad debía perdonarlo y si todo lo que me contó Josefa era verdad. Necesitaba tiempo ciertamente, así que decidí tomármelo esa misma noche.

Si estaba de acuerdo, iría hasta el hotel, le pediría a Ignacio que me disculpara por golpearlo en los testículos y le explicaría que sabía lo que había pasado y que no le tenía rencor. En su defecto, dejaría que todo siguiera como estaba sucediendo, no verlo más nunca y seguir con mi vida. Ya que, total, todo eso dependía de mí.

Tan solo faltaba ver qué cosa saldría de todo el tiempo que tenía planeado pensar.

\* \* \*

A la mañana siguiente, sentía que debía hacer algo de inmediato. Lo que una vez fue confusión y penuria, ahora estaba repleto de pensamientos positivos y decisiones arriesgadas. Sí, al final todavía estaba esa posibilidad de que las cosas salieran mal, de que él me estuviera mintiendo y que nada en este mundo pudiera reparar el daño hecho, pero, así como las cosas podía ser «o lo uno o lo otro», no dejaría que eso definiera mi destino. Tenía que intentarlo.

Cuando llegué al hotel, le pedí a Esteban que me llevara hasta la suite de Ignacio para confrontarlo, decirle lo que tenía en mente y ver en qué resultaba todo esto. Mi intención era decírselo todo, explicarle todo, su punto, el punto de Josefa, tratar de entender las decisiones locas de Antonia y mi punto.

Le ofrecería la opción de dejarme ponerlo a prueba, una en que, durante el tiempo que yo considerara pertinente, evaluar si en realidad todo lo que pasó era cierto o una farsa. Y que, mientras eso pasaba, tratar de fortalecer más lo

que, por toda esa semana, estuvimos forjando. A como yo lo veía, era una gran oferta ya que, me permitía asegurarme de que nada de eso iba a ser en vano — o tal vez sí— y, a la vez que lo disfrutaba, en que él me demostraba lo mucho que —según él— me quería, compartiría con el hombre al cual, en tan poco tiempo, había aprendido a amar.

Pero eso era tan solo una propuesta, algo romántica y descabellada, pero ¿Qué importaba no? En esta negociación, ambos ganábamos y ambos aprendíamos algo. Esta semana no sería en vano; persuadiría mi camino al éxito e intentaría aferrarme a mis ideales, incluso arriesgándome a enfrentar la separación con Ignacio. Tenía que confiar. Ya llevaba confiando todos estos días ¿Por qué detenerme ahora?

Toqué la puerta de su habitación, esperando ansiosa a que él apareciera.

“¿Carla?” Dijo sorprendido, mientras se le dibujaba lentamente una sonrisa.

De repente, pareció recordar el golpe que le había dado entre las piernas y se protegió, lo que me hizo reír, un poco avergonzada por mis actos.

“Descuida, no vine por eso.” Le aseguré. Él sonrió un poco temeroso, pero quitó sus manos de sus testículos.

“¿Entonces por qué?” en su mirada se notaba una serie de dudas e incertidumbres que estaba dispuesta a resolver.

En ese momento, me preparé para proponerle lo que tenía en mente.

# Capítulo 21: Epilogo

Ver a Ignacio feliz me da cierto confort que no sé cómo explicar. Me costó un poco aceptarlo, entender que las cosas tenían que ser de este modo y que no importaba lo que intentara, no iba a lograr estar a su lado ni porque lo quisiera mucho. Tal vez en su momento funcionó, nos amamos y fuimos felices, sí, pero el tiempo fue sabio y me demostró lo contrario. Así que asumo que probablemente eso era lo que debía pasar. ¿Verdad?

Sí, también me costó aceptar que frustrarle ese deseo suyo de ser feliz con la persona que realmente ama. Sencillamente no podemos negar que Carla le dio lo que necesitaba y que no se cansa de corresponderle el amor.

Después de mucho, por fin veo que estuve equivocada en intentar frustrarlo, o incluso en pensar que era exclusivamente para mí. Supongo que es mi culpa, o tal vez no; ya no importa. Estuve mucho tiempo resentida por lo que sucedió después de intentar arrebatárselo; con él, con ella, con Josefa, con el mundo. Yo sentía que no podía amar a más nadie tanto como lo amaba a él y eso fue lo que me condenó a tantos años de tormento, a auto compadecerme por un simple capricho.

Sin embargo, él tuvo la decencia de acercarse a mí y abordarlo de nuevo, aceptar mis disculpas a pesar de que nunca intenté molestarlo después de que lo entendí. En su momento me pregunté por qué lo hizo y resultaba que Carla se lo había pedido. No tengo idea de por qué lo habría hecho, qué le motivo a decirle que me reintegrara en su vida y por qué tenía que ser yo, de entre todas las personas.

Poco importa ahora, supongo que hizo bien. Luego de reconciliar nuestras relaciones, en que por fin pude verme de nuevo con Josefa —a quien extrañé a todo dar—, todavía sentía algo por Ignacio, a pesar de que ya no era la misma.

Intenté superarlo muchas veces: conocer a otras personas, hacer más amigos, reconectarme con los que había perdido. Todo lo que pudiera ayudarme a estar ocupada a enseñarme que nada de lo que tenía con él era exclusivo y que, en efecto, podía amar a otros de esa misma manera.

Fue un camino difícil, Ignacio se comprometió luego de cinco años con Carla,

Josefa encontró su vocación y también se casó. Aprendí que la vida continua sin importar qué. No me iba a morir por no estar con un hombre al que alguna vez amé con locura, ni tampoco era como que no iba a poder amar a otra persona del mismo modo; una vez que me deshice de muchas ataduras, mi vida cambió para mejor.

Las cosas con Carla se resolvieron; repito, por alguna extraña razón decidí incluirme en su vida como si en algún momento hubiera importado, y eso me hizo reconsiderar la forma en que la veía ya que, en un momento, acepté lo suyo con Ignacio, más no que hubiera sido con ella.

Se puede decir que con el tiempo nos hicimos amigas. Curioso. Y todo marchaba muy bien, aunque, teniendo mi éxito, mis amistades, mis relaciones antiguas y muchas otras cosas más, algo me hacía falta. Lo que sentí por Ignacio era el conjunto de una vorágine de sentimientos que necesitaban ser enfocados en una cosa, en una persona o se iban a consumir hasta que acabasen con mi vida. El tiempo pasó y estuve a punto de rendirme hasta que, en un evento de caridad al que asistí, me encontré con el hombre más maravilloso que puede existir.

No había comparación alguna con Ignacio; era diferente en todos los sentidos. Esa misma diferencia, fue una de las cosas que me gustaron. Nos conocimos, nos entregamos el uno al otro y, antes de que me diera cuenta, había compartido con él tres años de mi vida.

Ahora estoy aquí, observando cómo Ignacio sostiene a su primogénito mientras que saluda a Carla quien está a mi lado, sosteniendo un ramo de flores. Los votos se dicen, los anillos se entregan y luego, un tal Jorge y yo, nos preparamos para protegernos de los granos de arroz que nos empiezan a lanzar.

¿Quién iba a imaginar que las cosas terminarían así? ¿Qué la vida como la conocía cambiaría de la noche a la mañana? La verdad, creo que, si Ignacio nunca hubiera conocido a Carla, yo jamás hubiera superado lo que sentía, ni redirigir esos sentimientos hacia algo más especial; hacía mi relación con Jorge.

Es por eso que ahora soy feliz viendo a Ignacio y a Carla feliz, con sus hijos,

amor, su familia. Es por eso que ahora también son mis amigos, porque sin ellos no sería quien soy hoy. Hago lo que me gusta, soy quien quiero ser y la vida me es suficiente y grata. Estoy agradecida con ellos, con las circunstancias y con la forma en que las cosas resultaron.

Pues qué curioso ¿No? Que un final feliz, tan poco probable como cualquier otro, fuera el motivo por el cual ahora estoy llorando de alegría.

*Fin*